

JORGE E. LONSDALE
MANFREDO KEMPPF SUAREZ

TRADICIÓN DE CINCO GENERACIONES

1989

© Rolando Diez de Medina, 2013
La Paz - Bolivia

INDICE

Prefacio
Prólogo
Los años difíciles en Potosí
Oruro y la esperanza
La industria crece
Oruro queda atrás
María
La Paz por aquel entonces
Alejandro Vásquez
Howson y Lonsdale
La guerra
El regreso a casa
Mis primeros años
Mi tío Alejandro y la Coca-Cola
Vascal
El cuartel
Estudiante en Londres
Matrimonio y revolución
Gisbert, el revolucionario
En Estado Unidos
Vendedor
Gerente

De vuelta en USA
En Bolivia nuevamente
Destilería Boliviana
A toda vela
Los años 70
Tommy Lonsdale
María a la eternidad
Una negociación oportuna
Lucho Navarro
¡Adelante con Coca-Cola!
Presidente de la CEPB
Diplomático oficioso
Hotelero
Banquero
Los acontecimientos de 1980
Oficina Central
Tentación para volver a Europa
Vascal 1989
Enseñanza y deporte
El Centenario
Bibliografía

PREFACIO

Vale la pena decir que el 31 de julio es un aniversario más de Vascal y que, por eso, estamos festejando el Centenario en esa fecha, aun cuando los cien años de la industria de bebidas gaseosas se cumplieron en mayo del presente año. No se tiene preciso el día exacto en que don Braulio Maldonado inició sus actividades industriales en aquel lejano 1889, pero desde ahí arranca la tradición de cinco generaciones, que, sin interrupción, nos dedicamos a la fabricación de gaseosas. Este libro está dedicado a ese esfuerzo y trata de ensamblar los datos históricos recientes con un tiempo ido del que se tienen vagas referencias, y donde, por tanto, se ha tenido que recurrir, a veces, a la imaginación.

"Centenario" narra tres aspectos simultáneamente, que están de hecho entrelazados: la empresa, la familia y el entorno histórico y social de su época. No se trata, entonces, de una "historia" en el estricto sentido de la palabra, sino de la descripción humana de una familia de industriales. Además, una buena parte del libro es prácticamente mi autobiografía, que espero no sea pretenciosa, y que más bien cumpla con mi deseo de alentar a los jóvenes empresarios a luchar sin tregua y sin miedo para imponerse aquí y fuera del país. Si tan sólo logro impulsar a algunos de ellos a abrirse campo como lo he hecho yo, este libro habrá cumplido su cometido con creces.

Dedico el presente libro, en primer lugar, a mi esposa Bebe, sin cuyo apoyo mi vida no habría sido la misma y sabe Dios qué caminos y qué destinos me habría aguardado. Se lo dedico a mi madre, que en los últimos años de nuestra vida ha seguido con amor e interés todas nuestras actividades, sirviéndonos de guía y de consuelo. Y naturalmente lo dedico a mis cinco hijos, mis "cinco estrellas", que son Cynthia, Tommy, Eddie, Vivian y María, para quienes y por quienes he hecho una gran parte de lo que esta obra narra.

Y cómo olvidarme de los pioneros que son protagonistas principales de la obra empresarial y de las presentes páginas: mi bisabuelo Braulio Maldonado, mi recordada abuela María Maldonado y mi tío Alejandro Vásquez Maldonado. Para ellos mi recuerdo más emocionado.

Sin la colaboración de mi querido y gran amigo Manfredo Kempf, este libro seguramente que hubiese sido una secuencia de memorándums, balances y actas de Directorio, lo que no era, en absoluto, mi deseo. Gracias a su imaginación, a su pluma y a su dedicación, este libro se ha hecho ameno y fácil de leer, como lo podrán apreciar los amigos y las personas que se interesen por conocer cien años de nuestra historia, a través del prisma de los empresarios, de una misma familia, íntegramente entregados al trabajo.

J.E.L.

La Paz, Junio de 1989.

PROLOGO

LA PERSONA MAS QUE EL LIBRO

Siempre me ha parecido preferible que los libros se presenten solos. Por eso, en estas líneas me ocuparé más bien del autor de la obra.

Está descrito en las páginas que siguen el curioso episodio de mi primer encuentro con Jorge Lonsdale allá por los años 50. Dos bolivianos y sus familias, que no se conocían, que no sabían mutuamente de su existencia, casualmente fueron a vivir en dos casas separadas por diez metros de distancia en un suburbio residencial de clase media de una ciudad de 15 millones de habitantes: Forest Hills, donde está el famoso Club de Tennis de los campeonatos mundiales, en Nueva York.

Allí compartimos, los Lonsdale y los Montenegro, las tareas que se deben hacer personalmente cuando no hay una empleada doméstica; esa empleada doméstica de horario completo -pensé más de una vez- que con su trabajo traza la línea divisoria entre la civilización y la barbarie. La civilización que es poder salir de la casa cuando uno quiere, para ver espectáculos, oír conciertos, disfrutar de todo cuanto puede dar una gran ciudad, porque en la casa quedan los niños seguros, bien cuidados y la mayor parte de las tareas domésticas las hace la empleada. La barbarie, que es la vida elemental, la cocina, la lavandería, la crianza de los niños con su interminable estela de pañales y todo lo demás, incluido el barrido de la acera delante de la casa o la limpieza de la nieve en invierno, antes que se congele, para lo que es necesario echarle sal, cosa que la señora de Lonsdale, no entrenada todavía, quiso hacer, elegantemente, con un bonito salero de mesa.

Por las noches, salía con Jorge a hacer largas caminatas y así empezamos a conocernos, a construir un extraño puente de amistad entre un ingeniero electricista con alma de empresario y un periodista con antecedentes de bohemia artística y literaria. Un tema que saltaba obsesivamente al primer plano de las interminables conversaciones, era lo que Lonsdale llamaba todavía "la patria", con una especie de ingenuo amor que de alguna manera, aunque ahora seguramente dice "el país" en vez de "la Patria" creo que no ha desaparecido de su espíritu.

Cambio de escena, varios años por medio, y volvemos a encontrarnos en Bolivia, en los años 60. Aunque nuestras casas ya no están juntas, hay cosas que no han cambiado: la obsesiva preocupación de Jorge por todo lo que se puede hacer y se debería hacer en Bolivia. O los pasos furtivos que, mientras hablamos, alternativamente nos llevan a Jorge y a mí hasta el inmenso tocadiscos de su casa con altoparlantes en todas las habitaciones: yo, para bajar el volumen de la música y Jorge para subirlo. A propósito de la melomanía de Jorge Lonsdale, creo que si no hubiese mediado la tradición empresarial de su familia, nada le habría gustado más que ser director de orquesta, no sinfónica sino de música popular,ailable.

Pero el empresario está dando sus primeros pasos. Asociado con la enorme firma National Distillers de los Estados Unidos, instala lo que hoy es la Destilería Boliviana para fabricar licores y algo de perfumería. Me propone trabajar como encargado de Relaciones Públicas y acepto, añadiendo este nuevo ítem a las muchas y muy variadas cosas que he hecho para ganarme la vida.

Fui testigo y, en alguna medida, uno de los actores del drama del nacimiento de una nueva industria. La instalación de la Destilería; las pruebas; el misterio de que el sistema de purificación del alcohol daba algo más de dos puntos más arriba de la pureza esperada, la del standard internacional. Las hipótesis de los técnicos bolivianos y extranjeros sobre el origen de este

fenómeno, hasta el hallazgo de la razón por el ingeniero químico Mario Balcázar; los 3.600 metros de altura de La Paz.

La introducción de los productos en el mercado. La lucha para convencer al consumidor de que se podía hacer en Bolivia un whisky comparable con el importado, puesto que se usaba genuina malta escocesa traída en barricas selladas, agua de montaña y un alcohol más puro que el standard internacional. Las pruebas que hicimos para demostrarlo; entre otras, un "deguste" con doce o catorce periodistas a quienes se les dio a beber muestras de varios whiskys extranjeros y de nuestro producto en vasos simplemente marcados con números. Sólo dos acertaron en encontrar la diferencia.

Luego, las largas excursiones nocturnas para ir a verificar, en toda clase de lugares de consumo de la ciudad, cuál era la aceptación de los productos. Heroicas y cordiales excursiones difíciles de olvidar, con un grupo de buenos compañeros de trabajo que verdaderamente disfrutaban su tarea. Con ellos llegué a la convicción de que una gran parte de la clase social que en Bolivia bebe whisky no bebe el licor, sino la etiqueta.

En cierto momento, el control de la fábrica que todavía estaba en Estados Unidos, decidió que había personal supernumerario y decretó el despido, entre otros, de tres o cuatro altos empleados, uno de ellos, yo. Jorge tuvo que destituirme. Nuestra amistad nunca se empañó, quizá porque tuve otras pruebas de lealtad de Lonsdale. Como cuando habiendo sido yo Ministro de Cultura e Información del Presidente Luis Adolfo Siles caí con él, con su gobierno. Al regresar a casa, después de dos o tres días de precavida ausencia, encontré que, entre varios amigos que llamaron preguntando por mí y ofreciendo su ayuda en caso necesario, dos habían dejado mensajes inolvidables: el embajador argentino que me ofrecía asilo o alojamiento incondicional y Jorge Lonsdale, con sólo dos palabras: WELCOME BACK. Bienvenido, si quería volver a mi antiguo trabajo.

No me toca a mí juzgar los méritos de Jorge Lonsdale como empresario. Es un campo que no conozco; pero tiene que ser bueno, eficaz, por la forma en que ha administrado y acrecentado sus negocios y los cargos que ha desempeñado en la comunidad empresaria. El libro al que estas líneas sirven de prólogo es, seguramente, el mejor testimonio de estas verdades.

Sólo puedo dar fe de la calidad humana de Jorge Lonsdale como persona, como honorable heredero de una tradición familiar, como hombre de bien, como ciudadano firmemente imbuido de los deberes que él tiene con "la Patria".

Los lectores podrán formar su propio juicio sobre los méritos de este libro autobiográfico. Mi opinión no podría ser totalmente objetiva porque en este caso, soy más amigo que crítico y estoy contento de que así sea.

Walter Montenegro

Junio de 1989

LOS AÑOS DIFICILES EN POTOSI

Cuando mi bisabuelo Braulio Maldonado se instaló en Potosí allá por la década de los 80 del siglo pasado, Bolivia padecía los años duros de la derrota con Chile y todo empeño para ganarse la vida se convertía en una prueba de valor y sacrificio.

A los inconvenientes que siempre había tenido el país por su mala administración, que lo hacían pobre de solemnidad, y a una población casi analfabeta y alborotada, se sumaba en los años de la postguerra, el pesimismo y la frustración generalizados. No existían industrias que fueran más allá del simple artesanado; se tenía que arrancar los minerales a pico y pala sin saber cómo comercialarlos; y lo único tal vez rentable era, como en todas las épocas, el comercio, o la explotación brutal de los indios, para que produjeran lo necesario para llenar la olla en las casas de los patrones.

Mi bisabuelo llegó a Potosí, viniendo de su tierra cochabambina, cuando la gran Villa Imperial de antaño estaba totalmente abandonada a su suerte, decadente al extremo que, al decir de Arguedas, ni siquiera existían noticias locales, y a falta de ellas los potosinos se informaban por noticias viejas que llegaban de otras ciudades de la República, mientras que las novedades de la villa se limitaban a especular sobre la sequía, las lluvias, los cumpleaños y las muertes. Don Braulio, que había contraído matrimonio con doña María Uzieda y que procedía también del valle benéfico de Cochabamba, donde nunca ha faltado la inquietud cultural y el alegato político, notó desde el primer instante que entre "preocuparse por las lluvias o los obituarios lo mejor era trabajar y a eso se dedicó con todo su esfuerzo.

Pero, ¿en qué trabajar donde no hay mercados ni transporte? ¿Cómo hacer empresa a merced del celo de los vecinos y el vocinglerío político? ¿Cómo construir si los brazos sólo se mueven para la farra y la camorra? Entonces, como hoy, cualquier empeño empresarial estaba plagado de trabas y guardando las distancias del tiempo, hace un siglo, los problemas eran más o menos los mismos: falta de mercados, deficientes comunicaciones, hostilidad o indiferencia del Estado y vivir al capricho de una mano de obra que se mueve entre el buen trabajador y aquel otro de la indolencia y el San Lunes.

Como antes y después en nuestra historia, el ajetreo político y el encono entre los adversarios, no tenía límite. Si bien habían pasado los años peores del más abusivo despotismo, persistía esa pasión negativa que es tan propia de nosotros, y los duelos verbales, el libelo, la trampa y la intriga, reinaban donde estuviera instalado el gobierno o donde conspirara la oposición. Por entonces la oratoria ágil y demoledora se mezclaba con la pluma burlesca y punzante lo que era infinitamente mejor que las negras épocas en que el tiro nocturno acallaba las voces de los prisioneros o del atrevido idealista que pretendía levantarle la voz al poder pretoriano.

Ahí estaba, pensando en grandes empresas, don Braulio Maldonado, confiado en que pronto correrían los ferrocarriles entre la planicie y los cerros, rumbo al mar; aguardando el momento en que pudiera apostar su sudor contra el frío y salir triunfante. Pensaba, seguramente mi bisabuelo que Potosí tendría que volver a ser la grandiosa urbe que atesoraba tantas riquezas, que colmaba las cajas reales de la Corona, que se comparaba en población con las ciudades más importantes de Europa, pero, sobre todo, que era mimada por el interés, ese interés con cara de perro que la había vuelto altiva y orgullosa. Y seguramente que en las noches frías, cuando el viento cortaba como el acero, leyendo penosamente a la luz de un candil, también oía los lamentos de millares de mitayos que se quedaron atrapados en las profundidades del Cerro Rico, enterrados en los socavones, ofreciendo sus vidas jóvenes a cambio de que cese el sufrimiento, ofreciendo su alma al diablo y maldiciendo aquel codiciado mineral que tenía como dueño al hombre blanco, barbado y fulmíneo.

Si el Cerro ametrallado, perforado de arriba abajo, ya no podía colmar de plata los galeones que a merced de corsarios y piratas cumplían sagradamente con su remesa a la Casa de Contratación de las Indias, con el gobierno de Aniceto Arce, elegido en 1888, se vislumbraba la esperanza, una vez que se empezó a construir el ferrocarril Uyuni-Oruro que empalmaría con la perdida Antofagasta, es decir con el mar y con los lejanos mercados.

Finalmente, después de tantos desatinos y tragedias, que culminaron con la Guerra del Pacífico, se estaba imponiendo la cordura y el buen criterio. El presidente Arce, con su empuje, con su visión empresarial, se hacía oír ante la insensatez y el derrotismo y estaba dando un vuelco al alma nacional. Cuando Aniceto Arce optó por el ferrocarril hacia el Pacífico, no faltaron los solemnes y sentenciosos ediles, acartonados y llenos de desconfianzas y complejos, que, como cita Alfonso Crespo, condenaban con densas resoluciones al Presidente, por el temor de traer a Chile hasta el altiplano, y que secundando a esas ideas retrógradas y timoratas, empezaron a aparecer algunos muros pintarrajeados con una leyenda que decía: "Abajo el ferrocarril. Viva la llama". Por supuesto que Arce, hombre de voluntad y riñones, no se dejaba amilanar con absurdos de tal naturaleza y por su decisión las llamas se quedaron acarreado su carga milenaria, al paso del indio, y el ferrocarril irrumpió por la meseta, cruzando los Andes, y aligerándole el lazo que estrangulaba al país.

Curiosamente, después de un siglo, la mentalidad no ha cambiado mucho en algunas personas que padecen de cierto masoquismo patrioter. Haciendo referencia a la barbaridad de aquel: "Abajo el ferrocarril. Viva la llama", hoy, cuando se negocia con necesidad y premura la venta de gas natural al Brasil, podríamos decir que hay gente que estaría dispuesta a pintar en las paredes: "Apaguen el gas. Prendan las velas".

Con Arce, la rigidez cadavérica de la nación empezó a dar señales de vida y ciertos movimientos, por tenues que fueran, hicieron ver que Bolivia vivía y que deseaba vivir plenamente. El país empezó a tomar color. La derrota del 79 y la ocupación de nuestro Litoral, que era una herida abierta, ya no sería toda la preocupación de los bolivianos, y si bien su recuerdo permanecía imborrable, había que ponerse en marcha y volver a intentar escalar la cima. Así lo entendieron Arce y con él muchos empresarios y pioneros que se decidieron por el trabajo y el riesgo. Así lo entendió también don Braulio Maldonado, quien decidió dejar Potosí y trasladarse donde llegaría el ferrocarril y donde ya aparecían los primeros indicios de una riqueza aparentemente maravillosa: el estaño. Había que mirar hacia Oruro y marchar hacia allí. Como él y por aquella misma época pensaban igual Simón Patiño, José Avelino y Félix Avelino Aramayo y otros muchos que irían a jugarse la suerte y la escasa fortuna perforando cerros y haciendo volar piedras en busca del brillante mineral que ya era codiciado por las grandes industrias del Viejo Mundo y de la insurgente Unión Americana.

Dejando atrás la villa Imperial y cargados de hijos, don Braulio y doña María partieron un día en 1888 hacia Oruro, acomodados en una carreta, con algunas mulas y un par de peones, abriéndose paso entre caminos anegados por el agua y el lodazal y sobre las resbalosas piedras de las laderas y los barrancos profundos. Viaje penoso el que hicieron, soportando el frío y la ventisca que no cesaban, sin refugio digno ni seguro a lo largo de los senderos y sin socorro posible en caso de necesidad. Sólo la visión de unos cerros oscuros, unas llamas sueltas y algún pastorcillo pétreo, separaba el trecho entre un rancherío y otro. Casuchas de adobe o simplemente barro, sin ventanas, con techos de paja y cercas de piedra, era lo que se encontraba en la majestuosa inmensidad vacía del territorio nacional.

ORURO Y LA ESPERANZA

Mi atrevido bisabuelo llegó a Oruro con prole crecida, talegas y petacas y se instaló en una casa céntrica, de un solo piso, con un gran patio para esparcimiento de los niños, pero donde se formaban remolinos de tierra que invadían las habitaciones y el salón. Oruro no debió ser un pueblo muy atractivo por entonces, porque, además del clima ventoso y frío que se ensañaba contra sus resignados moradores, no tenía ni los más elementales servicios públicos que requiere una ciudad.

Si le creemos a don Alcides Arguedas, Oruro tenía las apariencias de una "aldea grande", enclavada "en medio de la llanura gris y pelada de vegetación y al pie de unos cerros chatos y horadados por túneles de las minas...". Sus calles eran estrechas, sin empedrado y sin aceras. Como en Potosí, no había alcantarillado, ni luz, ni agua corriente, que había que comprarla por cántaros. Parece que el aburrimiento y la monotonía eran el pan diario, pues no había más oficio luego del trabajo, que encerrarse en la tertulia de amigos para el "comentario sañudo y procaz de las debilidades de cada uno" y desde luego para barajar las cartas, echar los dados, y culminar en la borrachera.

Este no era el ambiente que había buscado don Braulio Maldonado y de ninguna manera se acomodaba a su carácter rudo y ambicioso. Además ya no quería perder ni un día de su tiempo. Era el momento de emprender alguna empresa exitosa que le proporcionara un bienestar para su querida María y para los niños que nacían sin dar sosiego a la sacrificada madre.

Fue así que mi bisabuelo se decidió por instalar una pequeña fábrica de cerveza para proveer sólo al mercado de Oruro, donde los cerveceros estaban a la orden del día y de la noche. La cebada había que traerla a lomo de bestia o en carros, hasta la pequeña fábrica y la malta había que importarla. Hizo una empresa netamente familiar donde los hijos, desde jóvenes, tenían que ayudar en los quehaceres empresariales. Así los dos mayores, Isaac y Delfín, tenían que vérselas con el transporte de insumos pasando largas jornadas en el campo, negociando con los indios y recorriendo con las bestias cargadas por las infernales sendas que, de acuerdo con la época del año, variaban entre el tierral hostil o el lodo.

Luego, ambos atendían también la fábrica y tenían a su cargo la distribución del producto en todas las fondas y cantinas de la ciudad.

Don Braulio había adquirido experiencia cervecera en Cochabamba, donde participó en la construcción de una fábrica de cerveza, que quedaba más arriba de donde posteriormente se instaló la Taquiña. Esa experiencia se la transmitió a sus hijos mayores y el aprendizaje del negocio les serviría luego, cuando fueron mayores y tuvieron que abandonar la casa paterna.

María hija, la tercera de los hermanos, era la predilecta de su padre y trabajaba en la parte de la administración, demostrando, desde niña una inteligencia y dedicación poco comunes que la convirtieron en la más allegada consejera de don Braulio Maldonado. Y fue precisamente María, la mimada, la que sin buscarlo encontró el camino del éxito y la gran veta líquida para la empresa de su padre.

En las reuniones dominicales del medio día, cuando bajo el sol don Braulio y algunos amigos tomaban cerveza y comían picantes, discutiendo sobre Arce, Camacho o Baptista, sobre los liberales y los demócratas, María escuchaba en silencio y luego protestaba en voz alta porque no le gustaba la cerveza y su padre le había prometido hacerle una gaseosa dulce. Cuál sería la insistencia de la jovencita que don Braulio, para darle gusto, elaboró un refresco con un sabor muy similar al de la actual "Papaya". Este refresco, elaborado sólo para el consumo de la casa y los deseos de María, fue probado por los amigos y por los chicos del vecindario, con tanto éxito que

todos sugerían a don Braulio que hiciera la fabricación en forma industrial, asegurándole la mejor acogida al producto.

Fue así que en el año 1889 -no está precisa la fecha exacta, pero era en Mayo- don Braulio Maldonado empezaba a producir refrescos, actividad familiar que continúa hasta nuestros días, a lo largo de todo un siglo, y que mi abuela María Maldonado, la jovencita a quien no le gustaba la cerveza, me narró incontables veces, emocionada y feliz.

En aquel año de 1889, y en el mismo mes, en la Iglesia Matriz de Oruro, contraía matrimonio un joven buscador de minas estañíferas de 28 años, que con el tiempo sería conocido como uno de los magnates más grandes del mundo. El novio era Simón Patiño, oriundo de Cochabamba, como don Braulio Maldonado, y la novia Doña Albina Rodríguez Ocampo, casi una niña de sólo 16, de añeja familia orureña, cuyos antepasados se habían destacado, más de un siglo antes, luchando al lado de Sebastián Pagador contra los españoles.

Mientras la Empresa Maldonado, ahora también fabricante de refrescos, crecía sin detenerse, en el país y en Oruro particularmente, se producían acontecimientos de trascendencia. En efecto, el 15 de mayo de 1892 se inauguraba el ferrocarril de Oruro a Uyuni en un marco festivo que acogió a miles de personas procedentes de todos los pueblos y aldeas circundantes, que se reunieron con regocijo y sorpresa junto a los monstruos de fierro que echaban humo y ensordecían con sus pitos. Marchas militares y banderas eran el ambiente para este acontecimiento trascendental, donde el Presidente Arce lucía las insignias del mando y emocionado, según refieren los historiadores, expresó: "He concluido mi obra. Ahora podéis matarme".

LA INDUSTRIA CRECE

Cuando en Oruro los hombres arañaban los cerros en busca de estaño y la mayoría regresaban de los agujeros mezquinos, pobres, enfermos y con las manos vacías y sangrantes, don Braulio Maldonado prosperaba a grandes pasos, saltando de una pequeña fábrica doméstica a otra organizada empresarialmente aunque sin perder su carácter familiar que, como hemos visto, sería la estructura de todo su andamiaje.

Había nacido la "Papaya", que no se elaboraba precisamente con el extracto de esa fruta, sino con esencias de durazno, manzana y otros sabores y en poco tiempo los refrescos de don Braulio habíanle hecho olvidar sus inicios cerveceros, más difíciles y menos lucrativos. El comercio en la ciudad se desarrolló notablemente y aunque el auge minero no había llegado todavía a su mejor momento, existía dinero y actividad suficiente para quienes desearan emprender trabajos de cualquier naturaleza.

El gobierno de Mariano Baptista transcurría con normalidad, sin embargo no estaba exento de problemas y el más peligroso de todos era el odio regional que iba creciendo día a día y que se traducía en permanentes agravios públicos y en escritos de prensa donde se recriminaban, con encono y sin tregua, Sucre y La Paz, una y otra tratando de hacer valer su importancia y hegemonía en la República. Ciertamente que el factor político, traducido en un liberalismo insurgente y aparentemente revolucionario, era el caballo de batalla en contra de lo que se podía designar como el "viejo orden", una suerte de "ancienne regime" de fines de siglo.

Por entonces conmovió a toda la ciudadanía un hecho de sangre que jamás quedó definitivamente aclarado, como casi todos los asesinatos en Bolivia. El ex-Presidente Hilarión Daza, de muy triste accionar en la Presidencia de la República y de peor recuerdo aún por su comportamiento durante la guerra del Pacífico, regresó al país luego de muchos años de exilio en París. Hasta ahora es muy difícil determinar cuál fue el móvil que lo hizo volver, y mientras algunos le atribuyen insensatas ambiciones políticas otros piensan que más bien venía a Bolivia a esclarecer algunas conductas oscuras durante la guerra con Chile que comprometería a encumbradas personalidades de entonces.

Lo cierto fue que Daza se embarcó en el ferrocarril en Antofagasta el 26 de febrero de 1894 y dos días después llegó a Uyuni, cerrando la noche, "oscura y fría", donde "el viento de la meseta silba en la desnuda llanura de sal...". Allí, pese a la oscuridad y al frío salado que describe Alcides Arguedas, no faltaron ebrios y vagos que recibieron al ex-Presidente con "muertas" y también con pedradas que se estrellaron contra los vidrios. Daza fue llevado a la oficina del jefe de estación hasta que los curiosos se dispersaron, ateridos, dos horas más tarde. Si Daza pensó que con la retirada de la chusma ebria y furiosa estaba por fin a salvo, se equivocaba completamente, porque, quienes lo iban a asesinar, no eran los alborotadores callejeros, sino los que estaban con él, justamente en la oficina del jefe de estación.

Es así que "cuando no transitaba ni un alma" por la aldea de 600 habitantes, Daza salió a la calle, seguramente que hacia su alojamiento, en medio del intendente y de un teniente coronel del Ejército, seguido por una escolta de soldados. No había caminado mucho cuando los acompañantes de Daza se separaron de él y cuando el ex-Presidente se dio cuenta de la intención, apenas balbuceando las palabras "me traicionan", certeros disparos de fusil le hirieron mortalmente por la espalda dejándolo tendido en un charco de sangre.

El crimen fue la comidilla en Oruro durante meses y no hubo momento libre donde la tertulia no se centrara en los tiros que acabaron con Daza. Unos no entendían lo que había pasado, pero otros, los más, los que combatieron en la guerra, pensaban que aquello tenía que suceder tarde o temprano y que Daza se lo tenía merecido.

En los últimos años del gobierno de Mariano Baptista y los comienzos de Severo Fernández Alonso, la Empresa Maldonado había crecido tanto y sus productos estaban tan

acreditados que don Braulio no pensó nada mejor que expandir su negocio a otras ciudades de la República, pero eso significaba nuevas inversiones, imposibles de hacer sin recurrir al crédito, y la necesidad de administraciones eficientes, experimentadas, que no le causaran dolores de cabeza ni tampoco el tener que trasladarse, cada vez, en lo que fuera, de un lugar a otro. No en vano habían pasado los años y aún cuando el bisabuelo no era viejo, sus fuerzas ya no eran suficientes para seguir bregando diariamente con un trabajo tan pesado.

En su matrimonio con doña María Uzieda, don Braulio tuvo ocho hijos, prole suficiente entonces y ahora en cualquier sitio. El mayor era Isaac que desde muy joven supo del negocio; le seguía Delfín que también trabajó desde mozo con su padre; y luego venía María, la preferida, y sucesivamente Antonieta, Tránsito, Rafael, Angélica y Julio. Cuatro hombres y cuatro mujeres tenía el matrimonio Maldonado Uzieda, lo que les aseguraba una nutrida descendencia y la confianza de una leal sucesión en la actividad comercial emprendida con tanto sacrificio. Don Braulio Maldonado no pensó ni en cobijar a sus hijos bajo el alero del hogar ni menos desperdiciar la experiencia que habían acumulado trabajando, desde niños, a su lado.

Isaac Maldonado, el mayor de los hijos, se fue a vivir a Cochabamba. Dejó Oruro por motivos de salud, ya que el clima le producía problemas respiratorios que no le permitían desarrollar sus actividades a plenitud, lo que le resultaba extremadamente molesto. Isaac se había casado en Oruro con doña Agustina Soria Galvarro, con quien tuvo dos hijos: Eduardo y Alfredo. Enviudó joven y al poco tiempo se volvió a casar, esta vez con la hermana de su difunta esposa. Margarita, quien le dio otros dos hijos: Elvira y Jorge.

A su llegada a Cochabamba, Isaac Maldonado compró una casa-quinta en la zona de Colcapirhua, a unos 9 kilómetros de Quillacollo, por el camino viejo. La casa era una pequeña y antigua alcoholería y cervecería, llamada la "Nacional". Isaac Maldonado, había adquirido lo que quería, y de inmediato acondicionó un lugar para instalar su fábrica de soda.

Seguramente que recordando a su padre, don Braulio, Isaac hizo también una empresa familiar y trabajó con sus dos hijos mayores, Alfredo y Eduardo. Continuó con la elaboración de la soda, y montó una fábrica de hielo sobre unas estructuras que ya existían en la casa rural. Cuando el trabajo se fue volviendo más pesado por la diversidad de actividades que había puesto en marcha, entraron a colaborarle su esposa Margarita, mujer de mucha voluntad, y sus hermanas Tránsito, que permanecería soltera y Angélica que luego se casaría en Sucre.

Pero no todo quedaría ahí, porque don Isaac compró también una amplia propiedad que pertenecía a la Cervecería Boliviana Nacional, donde asimismo, existía una obsoleta fábrica de cerveza. Rehabilitó la fabriquita e instaló una cervecería en ese lugar, que estaba ubicado en la calle 16 de Julio, entre Perú y Colombia. La ventaja para la elaboración de la cerveza es que allí existía una vertiente natural, que, según cuentan, fue considerada "la caja de agua" de la ciudad en los tiempos de la Colonia. Luego vendrían a este lugar una parte de la fábrica de soda y con los años una nueva fábrica de hielo, moderna, que Isaac fue a comprar a la Argentina.

Mientras él y su mujer se quedaron atendiendo la empresa de la calle 16 de Julio. Eduardo y Alfredo, con su tía, se quedaron a cargo de las instalaciones de Colcapirhua.

El próspero negocio de refrescos, cerveza y hielo, llegó a su término con la muerte de Isaac Maldonado y en vista de que sus hijos Alfredo y Eduardo tuvieron que movilizarse al Chaco, para pelear en la guerra. Terminada la contienda los dos hermanos se quedaron durante muchísimos años en Tarija, donde Alfredo, fiel a la tradición familiar, instaló otra fábrica de soda, haciéndolo partícipe a su hermano Eduardo.

Pasados casi 60 años de entonces, uno de los hijos del segundo matrimonio de Isaac Maldonado, Jorge, quien también lleva el nombre de su padre, es hoy Gerente de Finanzas de nuestra planta cochabambina de Piñami, y una de las hijas de Elvira, también del segundo

matrimonio de Isaac, está casada con Joaquín Rojas, nuestro actual Sub-Gerente en la misma planta.

Mis bisabuelos, Braulio y María, volvieron a la patria chica a través de su sangre y hoy sus bisnietos, por parte del hijo mayor, siguen en el negocio que se inició en Oruro, y desde el eterno e insondable más allá deben sentirse orgullosos de su progenie.

Su segundo hijo, Delfin, se quedó en Oruro a cargo de la fábrica matriz. Al mando de aquella vieja planta donde Delfin había puesto el sudor desde jovenzuelo, con una producción diaria de apenas cuatro docenas de botellas, elaboradas en una máquina manual, por sólo tres empleados, que eran su venerado padre, su hermano Isaac y él. Descienden de esa rama la señora Lucha Maldonado de Rivero, una de cuyas hijas contrajo matrimonio con Alejandro Klaric, quien trabajó en la planta de San Pedro, en La Paz.

La hija Antonieta se casó con el francés Pablo Andreu y el matrimonio se instaló en Potosí, también a cargo de una planta de la Empresa Maldonado. Hoy en día son descendientes de Antonieta, Carlos y Pablo Andreu. El viejo don Braulio Maldonado tampoco se olvidó de los páramos potosinos de sus primeros años a la hora de expandir su industria de refrescos.

Angélica y Julio se instalaron en Sucre donde Angélica se desposó con Joaquín Zelada. Ella tuvo en su matrimonio cuatro hijos: Adela, Jorge, Pepe y Oscar. Sus descendientes son ahora los propietarios de la panadería "Zelada". Empresarios al fin, si no era en el trabajo con las gaseosas el éxito fue igualmente seguro en otro campo, como es la acreditada industria panificadora.

Julio, el menor, vivió toda su existencia en la capital de la República y se dedicó a una profesión liberal: fue dentista. Alguno, entre los ocho hermanos, no le tuvo apego ni a las máquinas embotelladoras ni a las gaseosas.

De María y Tránsito Maldonado Uzieda nos ocuparemos más adelante.

Queda por decir, sin embargo, cuando hacen tantos años que desaparecieron mis bisabuelos maternos, cuánta admiración despiertan en nosotros, sus descendientes, los que heredamos su amor por construir, por crear, por desarrollar. De una u otra manera las familias, por su educación y por tradición, se apegan a alguna actividad y como existen los hombres de letras, los científicos, habemos los empresarios que nos hemos hecho así, como algo natural, como si hubiéramos nacido para generar trabajo y riqueza.

El empresario, sobre todo en Bolivia, ha sido sinónimo de privilegiado, de aprovechador. Se lo ha malentendido como a un beneficiario del estado. Eso ha dejado como herencia la política gubernamental populista e irresponsable, enemiga del trabajo creativo, que quiso vivir a costa del esfuerzo ajeno y que no tuvo miramientos para arrebatar lo honradamente ganado, o alentar al estado a convertirse en fiscal torpe y escamoteador de la libre iniciativa.

En Bolivia, entonces y ahora, el empresario tiene no sólo el mérito de su propio esfuerzo y sacrificio, sino el mérito del riesgo total. Sabemos bien que toda empresa entraña un riesgo calculado y eso es inevitable, pero la pérdida por hostilidad y falta de garantías, eso lo soportaron mis antepasados uno a uno, lo he conocido yo, y espero que se aminore para mis hijos y mi descendencia. Esto no sólo por el deseo de que la vieja empresa iniciada en Oruro perdure por siempre, sino porque la inversión, la iniciativa, la creación de empresas, serán los que salven a Bolivia y la engrandezcan definitivamente.

ORURO QUEDA ATRÁS

Mientras la familia Maldonado se dispersaba por La Paz, Cochabamba y Potosí, instalando nuevas plantas, y sólo se quedaba en Oruro Delfin Maldonado, bregando con su viejo oficio, en esa ciudad se producían algunos acontecimientos que no sólo conmoverían a Bolivia, sino que serían motivo de comentario en el mundo entero algunos años más tarde.

En efecto, en los primeros días del siglo, cuando 1900 despertaba todavía inocente, don Simón Patiño, minero cuarentón e infatigable, se encontró con la suerte, con una suerte que él y doña Albina estuvieron buscando con muchísimo sacrificio. Iban a cobrar, con creces, por el esfuerzo desplegado a través de años, durante interminables días y noches de fatiga, tiempos de austeridad, preocupación y deudas.

En "La Salvadora", una mina más entre las muchas existentes por los linderos de Potosí y Oruro, minita que, con intuición, defendiera y conservara don Simón Patiño, se encontró una extraordinaria veta brillante, que, los trabajadores mineros creyeron, al principio, que era un rico filón de plata. Patiño marchó de inmediato a hacer examinar las muestras del descubrimiento, curiosamente esperanzado en que el hallazgo no fuera plata sino estaño. Según uno de sus biógrafos, cuando a Patiño le dijeron que las muestras bien podían ser de plata había pensado que todos sus planes se desbarataban, tal era la importancia del estaño por entonces.

"La Salvadora" resultó ser un emporio de estaño, seguramente que una de las minas más ricas del mundo, con casi el 60% de mineral fino, es decir que Patiño tenía la fortuna en las manos con sólo arrancarla del cerro. Y empezó de inmediato el trabajo, en gran escala, con nuevas cuadrillas de trabajadores, que "a golpes de martillo y picota" horadaron la veta y sacaron el estaño para tritularlo en el primitivo ingenio que tantas veces sólo había triturado piedras sin valor y las esperanzas de Don Simón y doña Albina.

Los comentarios en Oruro por entonces se referían al extraordinario hallazgo y a la necesidad que había tenido Simón Patiño para defender a tiros de fusil su pertenencia, acosado por rapaces aventureros, amigos de lo fácil y de lo ajeno, que ambicionaban sentar sus reales en la mina descubierta. Patiño demostró que, también a tiros, era un valiente y que no estaba dispuesto a ceder un palmo de lo que había logrado con tanto esfuerzo.

Igualmente. Aramayo, Fricke y otros mineros hacían un arduo trabajo en Oruro, cuando Patiño se había convertido en el más importante de todos ellos. Eran los años del gobierno liberal, los días del revés que nos dio con tanta torpeza el chileno Koning, años de penurias y humillaciones todavía, pero cuando ya se vislumbraba una próxima recuperación a través de la industria estañífera. No obstante que empezaban las señales de bonanza en el país y en especial en la ciudad de Oruro, los Maldonado se dispersaban, como hemos visto. Oruro quedó atrás y el centro de las acciones de la empresa se fue desplazando principalmente hacia La Paz, ciudad con mayor población donde se podía esperar que el negocio prosperara más. Desde hacía muy pocos años. La Paz se había convertido en la sede del gobierno y el traslado del poder y de las grandes actividades al valle de Chuquiago la hacía atractiva para la gente que pretendía crear empresa.



La señora María Maldonado, protagonista principal en las cinco generaciones de empresarios.

MARIA

Cuando Braulio Maldonado llegó a Potosí, desde Cochabamba, traía, además de su mujer, por lo menos a tres de sus hijos, Isaac, el mayor, Delfín, y María que había nacido en 1876. No sabemos si alguno más nació en Cochabamba o si fueron fruto de los años de espera, de frío y viento de Potosí y Oruro.

María era una niña cuando llegó a Potosí y jamás olvidó el clima templado y los valles fértiles de su tierra natal. El cambio fue un contraste para su carácter dulce y afable, pero fue también el tónico necesario para conformar su personalidad austera.

Cuando la familia se trasladó a Oruro, María estaba en plena pubertad y al inaugurarse la pequeña fábrica de refrescos, la niña cumplía 13 años. En esta ciudad creció y se hizo mujer y allí tuvo a sus amistades y también se enamoró. No abandonó el hogar mientras vivió su padre, a quien amaba, y sólo partió para La Paz, en 1908, casada con Don Natalio Vásquez y con su hijo Alejandro, de un año, en brazos. Al año siguiente, en 1909, nacería su segundo hijo, una nena, Luisa. Cuatro años después estaría viuda, con dos hijos de corta edad a cuestas y construyendo una empresa que la había iniciado con su esposo en 1910.

Mi abuela María era una mujer realmente excepcional y su recuerdo me produce, a medida que pasa el tiempo, las más grandes emociones. La fijo a menudo en mi retina de niño y la veo ordenando y dirigiendo; mandando a los hombres y enseñándoles. Mujer vital, segura de sí misma, hecha en la escuela del trabajo y del sacrificio, jamás la vi con su tiempo libre, que no fuera para escuchar a quien necesitaba hablarle o para disfrutar de su familia en la intimidad del hogar. Educada en un ambiente de abnegación, la vida le enseñó a defenderse sola y a velar por los suyos, a tiempo de hacer de sus hijos y nietos lo que su padre hizo de ella.

Habiendo, desde jovencita, conocido los afanes y desvelos de una industria incipiente y pobre, casi artesanal, sin haber tenido una buena instrucción que entonces no existía en nuestras pobres ciudades, tuvo un talento natural, producto de su inteligencia y su observación, que la hizo comprender las cosas más difíciles. Lo demás, el coraje y el temple, los traía desde la cuna.

Al faltarle los padres, y luego cuando enviudó, lloró a sus muertos, pero rápidamente se sobrepuso y reemprendió sus tareas. Sabía que sólo ella podía sacar adelante el pesado fardo que le había quedado. La pequeña fabriquita de Oruro que producía cuatro docenas de botellas de refrescos diarias, quedaba en el recuerdo. El padre y los hermanos encaramados y transpirando sobre un artefacto manual era cosa pasada. Mi abuela María ya había conformado una verdadera empresa, en el barrio de San Pedro, que sería la simiente de lo que vendría después.

María Maldonado fue una auténtica empresaria, seguramente la primera en su género de nuestro país. Dirigió una empresa donde tuvo que imponer productos que inicialmente no eran aceptados en el mercado. Tuvo que adaptarlos a las exigencias de los consumidores venciendo obstáculos difícilísimos. Persistió en el negocio: hizo cambios en la empresa: consultó. Personalmente asumió todas las responsabilidades y mientras cuidaba de sus hijos pequeños, madrugaba para poner a andar la fábrica en el claroscuro del amanecer.

La primera fábrica había sido instalada en una pequeña casa, en lo que ahora es la calle Cañada Strongest, en la zona de San Pedro. Luego pasó a funcionar en la calle Nicolás Acosta, también en San Pedro. Era por el año 1920. Ante el crecimiento de la empresa la abuela María inició la construcción de una moderna fábrica, en el mismo sitio donde estaba la casa vieja de la Nicolás Acosta. Inició los trabajos en 1927 y un año después estaba construida la edificación con una visión extraordinaria que hasta el día de hoy, 60 años más tarde, sigue siendo nuestra base de operaciones.

La nueva construcción, además del señorío de sus líneas y de su comodidad para aquellos años, se convirtió en la industria más moderna de la ciudad. La fábrica funcionaba en la planta baja y la residencia de la familia en el segundo y tercer piso. En el segundo piso está lo que entonces era el hall mas grande de La Paz, con 300 metros cuadrados de superficie, y que hasta hoy, pese al correr del tiempo, se lo puede admirar, porque en él, con su belleza y capacidad, se han cobijado hasta un millar de personas en algunas fiestas.

Doña María Maldonado, segunda generación en nuestra historia, manejó el timón de su empresa hasta después de la guerra del Chaco, fecha en que la firma adoptó el nombre de "Fábrica de Soda Water". Hoy mismo, con toda seguridad, los jóvenes de entonces recordarán con nostalgia, los envases de vidrio que se tapaban con una bolita de cristal, que actuaba por la presión del gas del refresco. El producto principal por entonces era la Cidra de Manzana, aunque también se fabricaban bebidas de otros sabores, como la guinda y la papaya.

De la fábrica ubicada en la Nicolás Acosta salían a diario los fuertes peones, con espalda y brazos de granito, que se echaban sobre sí pesadas cajas de hasta 24 botellas, sujetas por un ceñido cordel a su pecho, y a paso de trote repartían los productos a los diversos clientes en los diferentes barrios de la ciudad. Si en Oruro, cuando vivía don Braulio, un solo hombre, en dos viajes, hubiera repartido toda la producción del día, con los años eran cientos de botellas diarias las que se vendían a un mercado que reclamaba el producto. La calidad logró ser impuesta por doña María Maldonado y no había sino que seguir adelante.

María Maldonado consolidó la tradición familiar en muchas cosas, pero sobre todo en cuanto hacía al trabajo. Fue por eso que cuando los hijos crecieron, tuvieron que ayudar en el manejo del negocio, lo que era necesario como formación y disciplina para los muchachos, que fueran aprendiendo el oficio y pudieran atenderlo después, cuando llegara el momento. Las grandes empresas se han hecho por tradición de muchos años y de generaciones y eso lo tenía en mente la abuela María y fue algo que legó a sus hijos y sus nietos y que ahora recogemos con el mismo convencimiento.

Con esas enseñanzas César Alejandro, el mayor, se convirtió en ayudante directo de mi abuela, para todos los menesteres que ella considerara necesario y Luisa, la menor, mi madre, se manejó como cajera de la empresa hasta el día en que se casó.



Edificio construido por la señora María Maldonado
En la calle Nicolaes Acosta, en el barrio de San
Pedro. Actual Oficina Central de la empresa.

LA PAZ POR AQUEL ENTONCES

Hacia fines del siglo pasado, el centro hegemónico del país se había trasladado a La Paz, una vez que se consolidó la revolución liberal, bajo el "antifaz" del federalismo. Desde 1898 hasta 1920 gobernarían los liberales, girando en torno a Montes, en un período fecundo para la República, pero que tampoco estuvo exento de errores y dificultades.

Los problemas internacionales fueron los primeros que tuvo frente a sí el liberalismo y apenas encumbrado Pando en el gobierno, se desató el litigio del Acre, donde, después de algunos duros combates, se tuvo que ceder extensos territorios al Brasil, que estaban alejados y desguarnecidos, en lo más profundo e inaccesible de nuestras selvas amazónicas. Sin mayor trámite el Brasil se anexó al Acre y a nosotros no nos quedó más remedio que aceptar la situación a cambio de una triste compensación.

Pero si la pérdida de regiones ignotas y salvajes nos afectó en el ánimo, luego de que columnas de militares y civiles tuvieron que marchar a pelear en las peores condiciones, ante un adversario mucho más poderoso, lo ocurrido con Chile nos hundió en un abismo. La firma del tratado del 20 de octubre de 1904, impuesto por el enemigo que detentaba nuestro litoral y que además de cercenarnos un rico territorio, nos aislaba del mar, provocó las más dolorosas

reacciones y un resentimiento con Chile que perdura hasta hoy y que será una llaga sangrante para siempre.

Montes acababa de hacerse cargo del gobierno cuando se suscribió el Tratado con Chile y de inmediato se dedicó a fortalecer y ordenar a la Nación, previniendo que se produjeran nuevas desventuras. Hizo una revolución en todos los campos, revolución con un sentido patriótico, dentro de la racionalidad y el esfuerzo general. Según Finot la marcha del país recibió gran impulso y la administración de Montes echó las bases para hacer reformas decisivas. La instrucción pública y la educación popular fueron objeto de un tratamiento preferencial. Se modernizó el Ejército Nacional y se prestó gran atención a las comunicaciones.

Durante los años del gobierno liberal, La Paz se convierte en el centro de las decisiones y del poder, al extremo de que nada importante se hacía sin el asentimiento del gobierno central. La historia de los liberales, que había empezado con el señuelo fácil del federalismo, llevó al país a un absoluto centralismo que ha perdurado hasta nuestros días.

La ciudad, en época de los liberales -segundo gobierno de Montes- tenía algo así como cien mil habitantes y al decir de Arguedas los tiempos no eran nada fáciles para la gente desde el punto de vista económico. Al parecer la carestía era grande y la población sufría limitaciones que la afligían por la decadencia del comercio y de la actividad agrícola.

La sociedad de entoces, aunque refinada por la riqueza y los viajes, vivía recatadamente por la falta casi absoluta de diversiones y espectáculos. Dice Arguedas que son los clubes y el cinematógrafo los que distraen a las gentes, pero no como antes, las fiestas bulliciosas, las excursiones campestres, las visitas domingueras, que han decaído casi del todo.

Sabemos, sin embargo, que la sociedad adinerada de La Paz, hacía una estrecha vida de relación entre familias y que, precisamente, se realizaban alegres reuniones en los salones elegantes, así como en las residencias campestres que estaban por San Jorge u Obrajes, donde la charla, la música y las viandas eran deliciosas y abiertas a los caballeros y damas de condición.

En el Club de La Paz, Hotel París, Teatro Princesa, se reunía la sociedad paceña para la tertulia o el espectáculo. En una ciudad aún pequeña, pocos eran los lugares elegantes, pero los había sin duda. Además los caballeros y las señoras, los jóvenes y señoritas, podían vestir a la última moda europea, acudiendo a casas comerciales finísimas donde nada faltaba, aunque seguramente que a precios muy altos.

Sombreros de fieltro "Borsalino", zapatos "Walk-Over", guantes "Dent's", ropa interior de lana "Doctor Jaeger", se podían conseguir en la calle Comercio. Como también sombreros "Stetson", camisas "Arrow", cuellos "Van Heusen" y navajas "Gillete", "Auto-Strop" y "Durham Duplex". Además perfumes "Atkinson", cigarrería inglesa, pipas BBB y raquetas y pelotas de tenis "Slazengers". En "La Sevillana" o en Casa Mardili estaban los más cotizados licores y vinos, conservas europeas, galletas y bombones de las marcas "Cadbury", "Nestle" y "Fry".

Las damas podían encantarse con las joyas de F. Buck o Núñez de Arco, o con las sedas de "La Camelia", o con las últimas novedades de París en confecciones y sombreros de "El Louvre". Así también, en la calle Mercado, en "Aux Modes Parisiennes", casa que databa de 1892, las señoras adineradas podían adquirir mercadería fina, pieles para invierno, pañuelos delicados, paraguas, ropa interior de seda y hasta tónico para la caspa.

En Duncan Fox y Co., las amas de casa tenían a la mano harina "El Globo", fósforos de palo "Vulcan", leche condensada "La Lechera", leche evaporada "Bordens", crema para calzado "Nuggets", jabón para lavar "Sunlight", mantequilla irlandesa "Golden Spray", galletas "Mc Kay, y velas nacionales -lo único nacional de las ofertas- "La Victoria" y "El Sol".

Entonces como ahora, pocos tenían acceso a los artículos caros e importados y la mayoría de los moradores de la ciudad apenas comían lo que les ofrecía el buen o mal trabajo del día y vestían, sin posibilidades de cambiarse jamás, con la bayeta de la tierra. Según el citado Alcides Arguedas, no había cambiado el extraño aspecto de las ciudades con su aglomeración de autóctonos y sus trajes heredados del colonaje, que daban a los viajeros el convencimiento absoluto de que el elemento indígena era el que todavía predominaba en las ciudades bolivianas.

Así, entre pocos pudientes y muchos descontentos, cayeron los liberales en 1920. Su derrumbe fue inevitable porque la gente se había cansado y pese a las muchas obras de la administración liberal, se había llegado a un punto de saturación y cansancio que en Bolivia, más que otros lugares, no es difícil que suceda. Fue derrocado Gutiérrez Guerra y una junta de gobierno compuesta por Bautista Saavedra, José María Escalier y José Manuel Ramírez, convocó a elecciones para una convención nacional, donde se reformaría la Constitución, junta que, desde el primer momento, mostraba la cabeza visible de don Bautista.

No le tomó mucho trabajo a Saavedra desembarazarse de sus incómodos socios, formando una mayoría que obedeciera a sus planes, y con eso, alcanzando el "quorum estricto", fue ungido presidente. Con las virtudes, que no le faltaban, y con su irrefrenable deseo de mandar, recurrió al halago popular y la exacerbación del "paceñismo" para asegurarse de un respaldo que se lo negaba la clase alta. Dice Finot que Saavedra, desconfiando también del ejército, lo desarmó todo lo que le fue posible, creando una milicia especial con el nombre de Guardia Republicana. Sin atentar contra la vida humana don Bautista Saavedra tuvo que recurrir permanentemente al estado de sitio, al destierro y al confinamiento de sus adversarios, pero así gobernó y empujó el carro del Estado y dentro de tantas trabas hay que reconocer que lo hizo mejor que muchos otros que estuvieron en situaciones parecidas.

Así, entre caídas, amenazas, desmembraciones, picardías y frustraciones, llegamos al centenario de la República. Cien años de vida independiente que aparentaban mostrar el inicio de una nueva época, alejada de guerras y cuartelazos, el final de una etapa de inmadurez, abusos e improvisaciones. No obstante, quedaban por delante muchos sufrimientos aún, y Bolivia, en vez de sacudirse de sus propios errores, estaba a punto de ingresar a una fase nueva, terrible, donde a la guerra y al despojo territorial, se sumaría el encono y el odio entre hermanos.

Así estaba Bolivia aquel año de 1925. Pobre y al borde de los golpes militares. Con un presidente provisional, don Felipe Guzmán, luego que hubiera sido cancelado el mandato del presidente electo don José Gabino Villanueva, porque Saavedra se enteró, por chismes que nunca faltan en la política, de algunas indiscreciones que habría hecho su amigo y sucesor en el cargo.

Y así estaba también La Paz, por cierto, aquel año del Centenario, cuando doña María se aproximaba a sus 50 años, casada en segundas nupcias con el señor Samuel Howson, y cuando mi madre, Luisa Vásquez Maldonado, se casaba a sus floridos 16, con el ingeniero inglés Thomas Lonsdale.

ALEJANDRO VASQUEZ

Hacia comienzos de siglo mi abuela María conoció en Oruro al hombre de quien se enamoraría y con quien se casaría después. Era don Natalio Vásquez, varón de coraje, entregado al trabajo y que se había hecho de una buena situación en la ciudad. Natalio Vásquez era un hombre maduro cuando se casó con María Maldonado y supo comprenderla y ser su sostén en las faenas diarias, uniendo esfuerzos, cuando decidieron trasladarse a La Paz a fines de 1908, con un bebé de meses, Alejandro, que sería muy importante en el destino de la empresa que se instalaría y con el tiempo le daría su nombre.

Natalio Vásquez fue infatigable luchador cuando, poco a poco, se iba montando la primera fábrica en el barrio de San Pedro. El, personalmente, dirigía a los peones en la construcción, sin el socorro de ingenieros ni de técnicos. Los abuelos, juntos, vieron levantarse los muros de adobe y participaron, ajustando pieza por pieza, en el montaje de la embotelladora de soda. Elaboraron los sabores de sus productos y tuvieron que modificarlos como dijimos antes, para adaptarlos a las exigencias de un nuevo mercado donde inicialmente la aceptación era escasa. La brega no era sólo entonces con la producción sino con el reto de vender, para lo que había que tener paciencia, pero más que nada gastar zapatos en las callejuelas mal empedradas de La Paz.

Cuando la fábrica empezó a marchar mejor, súbitamente, en una mañana de aguacero y granizo del año 1913, mi abuelo Natalio murió. Junto a él estaba, impedida de hacer nada, mi abuela María y sus dos niños que, sin entender mucho, estaban empezando a recibir las primeras lecciones dolorosas de la vida. El hombre de la casa se marchó en aquel día de lluvia y el lugar lo asumió doña María en ese mismo instante. Los tiempos de Oruro la habían hecho de una madera dura de romper y pese a la pena inmensa del amor quebrado en la plenitud, ya tenía decidido velar por sus hijos y también por ella.

Mientras al año siguiente y en los cuatro sucesivos el cañón tronaba en Europa y las noticias de la guerra se las leía en La Paz con la indiferencia que trae la distancia de los acontecimientos, María trabajaba duramente y su hermana, la inteligente Antonieta, también se quedaba sola, a cargo de una fábrica similar, en Potosí, por la ausencia de su esposo el francés Pablo Andreu, que se enroló bajo las órdenes de Jofre y Foch, para nunca regresar. María y Antonieta se quedaron sin marido, con hijos, y peleando por sus destinos a brazo partido.

De la unión de mis abuelos nacieron mi tío Alejandro y mi madre, el primero el 26 de febrero de 1908 y mamá el 15 de mayo de 1909, en La Paz. Tuvieron una infancia feliz en el hogar y por cuestiones de educación tuvieron que separarse cuando eran todavía muy niños.

Mi tío Alejandro estudió en el Instituto Americano, hasta sus 11 años, edad en que mi abuela decidió enviarlo a terminar sus estudios básicos a un internado en Londres, Inglaterra. El muchachuelo llegó a encontrarse con un país de post-guerra, que, aún siendo vencedor, estaba con todas las heridas del combate. Llegó a una ciudad fría y tremendamente austera y en el colegio estuvo sometido a la rigurosa disciplina británica, célebre entonces por la desconsideración en el trato con los alumnos, donde los palmetazos en las manos era el castigo más benigno. La alimentación se basaba en carne de carnero, coles y papas, a lo largo de todo el año. Quejándose de hambre, tenía que levantarse a las seis de la mañana, casi siempre oscuro y neblinoso, y acostarse a las ocho, después de hacer sus deberes, cuando la oscuridad se había impuesto horas antes.

Sin embargo, los cursos pasaron uno tras otro, los amigos se hicieron más amigos, el idioma acabó siendo totalmente familiar, y Alejandro Vásquez fue teniendo cada día una idea más vaga de sus cerros y sus indios. Era un jovencito hecho y derecho cuando acabó sus estudios

básicos y le tocó dejar Londres. Se embarcó en Liverpool a bordo de un vapor con destino a Nueva York, dejando atrás al imperio en decadencia, aunque siempre soberbio y orgulloso.

El contraste ha debido ser grande cuando desembarcó en el puerto de Nueva York, bajo la majestuosidad de la Estatua de la Libertad y en una nación en movimiento constante, donde el tiempo era oro y los millones de inmigrantes se disputaban el favor de ser recibidos en esa tierra rica y laboriosa. Mi tío Alejandro ingresó a la Universidad de Columbia, donde hizo la carrera de medicina que le llevó otros largos años. Sin embargo la medicina jamás fue de su entero agrado.

La vida en Estados Unidos fue muy distinta a la de Londres y él se adaptó muy rápido a las costumbres ya la forma de ser de los norteamericanos. Quedó encantado con la simplicidad de su gente, con su pragmatismo, y con su modo de vivir. De inmediato observó que toda actividad comercial estaría, en el futuro, ligada a esa gran nación que despertaba con una fuerza incontenible.

Pero, sabía que tenía que volver a Bolivia, y deseaba hacerlo.

Corría el año 1931 y hacía doce años que estaba lejos de su patria y de los suyos. Una vaga idea tenía de La Paz y de su barrio de San Pedro, tan vaga era su idea de Bolivia como el idioma español, que lo había perdido casi del todo.

Mi tío Alejandro regresó a Bolivia, muy joven todavía, pero con una buena formación y con la experiencia de sus épocas pasadas en Inglaterra y los Estados Unidos. Volver a su tierra y enamorarse fue casi una sola cosa. Es así que tras un noviazgo breve se casó, en 1932, con la señorita Graciela Estenssoro Machicado, hija de don Sebastián Estenssoro Rivero y Doña Angela Machicado Coello, y nieta del veterano del Pacífico y el Acre. Miguel Estenssoro, quien además había cruzado el Chaco, en el siglo pasado, formando parte de la expedición Campos.

Precisamente en el Chaco se estaba encendiendo la mecha de la guerra en aquellos días felices para los recién casados. En algo más de medio siglo Bolivia iba a encarar su tercer conflicto internacional y éste sería el más largo, el más duro y el que más sangre costaría, aunque el territorio en disputa no tuviera el valor económico ni sentimental, que, como por ejemplo, la costa marítima arrebatada por Chile. Sería como dijo Roberto Prudencio, una guerra sin odio, porque fue una guerra sin amor.

Si en 1928 el presidente Hernando Siles había tenido el tino de eludir la guerra, luego de los incidentes del fortín Vanguardia, en junio de 1932 no sucedió lo mismo cuando la primera sangre de bolivianos y paraguayos se derramó en los arenales fundidos del Chaco. Después de los acontecimientos de laguna Chuquisaca y de nuestras represalias contra los fortines paraguayos de Toledo. Corrales y Boquerón, parecía que el holocausto era inevitable y que Marte había tomado su espada y su escudo para señalar el camino del combate.

En medio de un enorme fervor cívico y de multitudes que pedían la guerra. Bolivia velaba sus armas, en verdadera desventaja frente a su adversario, porque, como siempre, la distancia y el acceso al teatro de operaciones eran casi insalvables. Los jóvenes corrieron a los cuarteles a alistarse y todos querían participar en esa aventura romántica, dispuestos a ofrendar sus vidas, sin pensar en nada más que en defender el honor y la soberanía nacionales. Era el mismo espíritu juvenil que durante la gran guerra del 14 colmaba los andenes de las estaciones europeas retando a la muerte pero sin pensar seriamente en ella. Eran los viejos quienes miraban los acontecimientos con cautela y temor, pero comprendiendo que sólo un milagro podría detener esa fatalidad que se avecinaba.

De La Paz empezaron a partir los convoyes de trenes hacia el sudeste atestados de los jóvenes combatientes que llegarían a la línea de fuego en meses. Habría que viajar en tren, en camión y luego a pie para verle la cara al adversario, si antes el aspirante a héroe no era evacuado a un hospital de campaña por la disentería o los estragos del clima. Miles de muchachos eran

enviados al frente, pero una vez allí faltaba todo y en la más grande desorganización había que dar la cara a un enemigo intrépido, que actuaba en su medio, y que hacía una guerra silenciosa, casi nocturna, basada en el cerco y la emboscada.

Mi tío Alejandro, como también mi padre a pesar de su nacionalidad inglesa, estuvieron en el andén de la estación, con el uniforme de jerga, la frazada a la espalda y el fusil al hombro. Partieron en distinto tiempo pero con la misma emoción de las marchas militares, los cantos guerreros, los besos de las madres y las esposas, de las novias y las hermanas. Con las lágrimas de todos, hombres y mujeres. Los cuñados se fueron al Chaco en medio de vítores y bullicio y allí tendrían la oportunidad de conocer a fondo lo que era el país, con sus sombras y sus luces y ser testigos de los actos heroicos, las debilidades, el compañerismo, la mezquindad y en suma de todo lo grande y lo miserable que tiene el hombre.

HOWSON Y LONSDALE

Don Samuel Howson está ligado íntimamente a mi familia por varias razones que son insoslayables. Una, que se casó con mi abuela María, de donde resultó siendo abuelo mío, cuando nací. Dos, que mi padre, Thomas Lonsdale, era su sobrino carnal, hijo de una hermana suya, y que vino a Bolivia precisamente a requerimiento de su tío Samuel. Y tres, que con el paso del tiempo mi relación personal con la familia Howson no varió, aunque Samuel Howson se hubiera divorciado de mi abuela, y que más bien se ha prolongado a través de su hijo Leslie, primo hermano de mi padre y tío mío pese a que por la edad y la experiencia el que hacía las veces de tío era yo.

Don Samuel Howson llegó a Bolivia como pudo haber llegado a la Argentina, Chile, o a algún país del Africa o del Asia. Corría el año 1919 en Inglaterra, época difícil de postguerra, como hemos visto en el capítulo anterior, cuando Samuel leyó en el "Times" de Londres un anuncio en el que se requería los servicios de un ingeniero joven para trabajar en Bolivia. Tal vez sin saber lo que sucedería, tal vez hasta por curiosidad, Howson, todo un aventurero por entonces, contestó y fue aceptado. De inmediato se vino a La Paz en aquellos interminables viajes, cuando el tren subía resoplando por la cordillera, y uno de sus trabajos iniciales fue la electrificación en Chulumani. Tuvo pues que trasladarse hasta Yungas para aplicar sus conocimientos y hacerse conocer como hombre competente. Para un inglés, acostumbrado a todos los climas y todas las gentes, su llegada a la Bolivia de entonces ha de haber sido una experiencia simpática y sin mayores dificultades. En todo caso, en esos años, Bolivia no estaba peor que la India.

Hasta ahora no sé por qué motivo, mi abuela María estaba financiando parte de esas obras de electrificación de Chulumani, pero en todo caso, esa fue la forma en que Samuel Howson y María Maldonado v. de Vásquez se conocieron. El matrimonio se hizo en 1923.

Mientras mi abuela continuaba con la fábrica de bebidas gaseosas, Howson se dedicó al negocio de las importaciones, con capital que había logrado ahorrar y con una participación financiera de mi abuela María. Ambos se convirtieron en socios de la empresa importadora y don Samuel pasó a ser el Gerente General de la flamante actividad. La firma se constituyó en una de las importadoras más grandes de automóviles, inicialmente con toda la línea Chrysler, para finalmente quedarse solamente con Dodge. Los permanentes viajes a Estados Unidos que hacían los esposos Howson les abrieron muchas puertas como para conseguir las mejores representaciones de aquella época, cuando los motores y los bocinazos espantaban tanto a las bestias como a los peatones.

Naturalmente que por esos años no eran muchos los automóviles que recorrían las calles paceñas. Conducir un auto no dejaba de ser un lujo extraordinario. Y si bien eran muy pocos los caballeros que entonces conducían, ver a una señora en el volante era cosa de comentario. Sin embargo mi madre, joven y soltera todavía, manejaba con gran habilidad por cuestas y pendientes, y tuvo el primer brevet que se extendió a una mujer en Bolivia, lo que no deja de ser un galardón para ella y la convierte en la aventajada pionera de las miles y miles de señoras que, con diversa habilidad y suerte, ensordecen y taponan nuestras estrechas calles de hoy.

Hacia 1925 la Compañía Industrial Boliviana Ochoa y Unzaga representaba a los automóviles y camiones Fiat; Héctor Lorini aparecía como único importador de los coches Studebaker; y la Compañía Automotriz Boliviana anunciaba para la venta automóviles Packard y camiones y omnibuses marcas Reo y Brockway. Como se puede ver Samuel Howson tenía competencia en el mercado y desde luego que mucho que hacer para imponerse en un medio que no era el suyo.

Sin duda que Howson necesitaba ayuda y más que nada gente de entera confianza y que entendiera del negocio. Fue así que pensó en su sobrino Thomas Losadle, aquel hijo de su

hermana, y no dudó en ofrecerle un buen cargo en la empresa. Thomas Lonsdale era un ingeniero joven que había combatido en la guerra del 1914 en Francia, conocía mucho de vehículos y de mecánica, y se hizo cargo de la sección de talleres desde que llegó a Bolivia en 1924.

Thomas se alojó en casa de sus tíos -mis abuelos- y al poco tiempo estaba enamorado de la jovencísima Luisa con quien se casaría el 5 de diciembre de 1925. Al año siguiente nací yo, el mayor de cuatro hermanos, y mi padrino de bautizo fue, por supuesto, mi abuelo Samuel Howson.

Mi padre trabajó duramente a lo largo de varios años en la empresa Howson donde se convirtió en un puntal muy importante. Además de sus labores diarias, era una persona inquieta y alegre que buscaba permanentemente alguna actividad que llenara su tiempo. Entre otras cosas era un excelente conductor de automóviles y sé que corrió en varias competencias, al parecer con gran éxito.

Pero, con los años, llegó 1932 y la guerra con el Paraguay. Pese a su nacionalidad británica, se enroló en el ejército y partió rumbo al Chaco para aportar con su concurso en defensa de su patria de adopción. El inglés tendría su lugar en las maestranzas del parque automotor de Villamontes que siempre vivía maltrecho y sin repuestos. Y en una oportunidad sería herido, cuando probando un tanque de guerra, recibió un disparo de fusil en un brazo. Como anécdota, vale la pena recordar que en ese acontecimiento iba en el tanque el entonces Comandante del Ejército en Campaña. Gral. Hans Kundt, y que él mismo, con sus manos y un alicate, le extrajo el proyectil paraguayo incrustado en sus carnes. Curiosamente un alemán y un inglés se encontraban luchando en un ejército que no era el propio contra un adversario a quien no conocían y en un territorio absolutamente extraño y distante. Mi padre era oficial de nuestro ejército.

LA GUERRA

La guerra del Chaco fue una prueba terrible para Bolivia, donde, desde el inicio, se advirtieron algunos de los males que siempre han estado presentes en la República, entre otros, el desorden y la improvisación. Desde las primeras acciones de armas se pudo notar que existía una incomprensible desinteligencia entre el Gobierno -concretamente el presidente Salamanca- y el Comando del Ejército. Y no sólo que existieron puntos de vista diferentes, sino que, lo peor, ni el Sr. Salamanca estaba dispuesto a escuchar con mucha paciencia a los militares, ni éstos a obedecerle. Desde la incursión del Mayor Moscoso a los "pahuiches" paraguayos que estaban en las orillas de la laguna Chuquisaca (Pitiantuta para el Paraguay), se empezó a ver, con descorazonamiento que era una la forma de pensar en La Paz, sobre la conducción de las operaciones, y otra muy distinta la que tenían los jefes militares del Chaco.

Hay que admitir que Bolivia pecó de improvisación, posiblemente subestimando al adversario, cuando se empeñó en incursiones más allá de sus líneas, en el momento de las represalias ordenadas contra Toledo, Corrales y Boquerón. Parece que la Cancillería no le hubiera transmitido al presidente Salamanca, ni éste al Ejército, que nuestros últimos plenipotenciarios en Asunción, don Bailón Mercado y don Luis Fernando Guachalla, habían advertido que Paraguay, en un par de semanas, podía poner sobre las armas, en medio del Chaco, el equivalente de todas las tropas que tenía Bolivia entonces, y que en un mes podría tener un verdadero ejército de 8000 hombres con los que nos arrollarían, como ciertamente sucedió.

Por otra parte, a propósito de improvisación, mientras Paraguay podía navegar libremente el río de su nombre hasta Puerto Casado y de ahí embarcar a sus tropas en tren hacia el interior del Chaco, hemos visto que nosotros llegábamos hasta nuestros fortines en semanas, si no en meses de camión o caminata y los soldados arribaban agotados y enfermos, aún antes de haber intercambiado un tiro con los "pilas", que los aguardaban en los recodos de los caminos, mimetizados, con el dedo en el gatillo, entre el bosque chato y espinoso y los caraguatales.

La improvisación diplomática, otro de nuestros vicios que venían desde la fundación de la República, hizo que en el momento más grave, pero cuando aún se podía salir airoso y honorablemente del pleito, nos encontráramos huérfanos en la comunidad americana. Es así que, por no tener amigos permanentes, como los tenía el Paraguay, a la hora de la verdad nos quedamos solos, aislados, hasta amenazados y con el estigma de que éramos nosotros los guerristas y los agresores. Y así lo creyó el mundo entero con escasas excepciones.

Desgraciadamente ambos países beligerantes, Bolivia y Paraguay, se creían con derecho a la posesión de todo el Chaco. Los títulos coloniales nos favorecían a nosotros de modo más contundente, pero resultaba que los paraguayos también tenían frondosos alegatos jurídicos e históricos que los hacían conocer a los cuatro vientos. Mientras Bolivia reclamaba todo el Chaco Boreal hasta la confluencia de los ríos Paraguay y Pilcomayo, es decir hasta la ribera frente a Asunción, los "pilas" también hablaban del "Chaco Paraguayo" que era prácticamente toda la zona en litigio. En la cuestión chaqueña los paraguayos respetaban, como un mandato patriótico, lo que dijera su héroe nacional Francisco Solano López: "Ni más allá ni más aquí del Parapetí".

En esas condiciones era extremadamente difícil llegar a un acuerdo y por eso mismo fracasaron sucesivamente todos los intentos, en especial de Bolivia, de alcanzar un arreglo basado en la mutua conveniencia antes que en los títulos virreinales. Quijarro, Ichaso, Tamayo, Pinilla, llegaron a acuerdos prácticos y convenientes para ambas partes con los paraguayos, pero lo acordado pasó directamente al basurero del Palacio de los López.

La única presencia boliviana sobre el río Paraguay y que duró poco por el propio temor del gobierno de Bolivia, fue la del explorador y pionero cruceño Miguel Suárez Arana, que había fundado Puerto Suárez en la bahía de Cáceres y que luego fundaría Puerto Pacheco en lo que hoy

es Bahía Negra. Bastaron unos tiros de una cañonera paraguaya para que los pocos hombres que estaban en el puerto lo abandonaran para siempre. Corría el gobierno de don Aniceto Arce.

Los reiterados fracasos diplomáticos dieron paso a que los dos países más pobres de Sudamérica se agredieran, sin que los grandes pudieran hacer nada por detenerlos. Bolivia, que llevó a cabo una guerra de tipo colonial, por la distancia del teatro de operaciones y la ausencia de poblaciones importantes en la región, ni siquiera llamó de inmediato a una movilización general y se convocó a unos miles de reservistas que además fueron llegando al Chaco como con cuenta gotas, al decir de nuestros propios militares.

El primer gran encuentro de la campaña se produjo en Boquerón, cuando los paraguayos, al mando de Estigarribia, atacaron el fortín con 5000 hombres donde estaba lo más granado de su ejército. El ataque, como sabemos, fracasó y se convirtió en un asedio que duró veinte días y donde menos de 500 soldados bolivianos, obedeciendo ciegamente al teniente coronel Marzana, labraron una página de oro para nuestras armas y detuvieron lo que pudo ser una marejada que arrasara con nuestras posiciones en el Chaco, en vista de que, detrás de Boquerón, no había un verdadero ejército para detener a Estigarribia.

El mando paraguayo duplicó el número de sus tropas para poder doblegar a los héroes de Boquerón y se cuenta que cuando irrumpieron en el fortín, se quedaron sorprendidos de encontrarse con un puñado de famélicos sobrevivientes, sin comida, sin agua y sin municiones, que, prácticamente, habían detenido a casi todo el contingente paraguayo en el Chaco.

Como era de esperar Estigarribia libró una guerra de comunicaciones en el sofocante "desierto verde". Hizo precisamente lo contrario de lo que se le había aconsejado al alto mando paraguayo en caso de una guerra con Bolivia, que era replegarse hasta el río Paraguay y esperar allí al ejército boliviano. Estigarribia entendió que aquello era suicida porque, según dice Querejazu, permitiría la concentración de las tropas bolivianas y la posibilidad de masivas ofensivas que podrían darnos la victoria. Entonces Estigarribia decidió librar el combate en el centro del territorio en disputa, en la línea de fortines, allí donde faltaba todo, donde el que conocía el terreno sobreviviría y el que no moriría. La ventaja estaba, desde luego del lado de los soldados "pilas", que además de su arrojo comprobado en más de una guerra, eran hombres conocedores del monte y que sabían arreglárselas para burlar a la naturaleza hostil.

La guerra de comunicaciones, esa guerra de guerrillas, le dio resultado al Paraguay, porque le permitió explotar al máximo las malditas condiciones del medio ambiente. El cuatreaje y el cerco, los famosos "corralitos", la intercepción de los caminos y sendas, hizo que la guerra convencional estuviera fuera de sitio. Sólo después de muchas experiencias dolorosas fuimos aprendiendo a pelear como el enemigo y a no dejarnos sorprender por esos partisanos descalzos.

Estigarribia no volvió jamás a pretender caer en otra sangría como la de Boquerón y sólo en Villamontes, porque pensaba que tenía la victoria en la mano, no le quedó más recurso que el asalto costoso en vidas. Nuestros soldados aprendieron a esquivar el "abrazo" del adversario y a responder con una guerra de permanente movimiento, también de emboscada y de muerte a traición. Aprendieron a caminar como jaguares y a ver en la obscuridad. Busch fue un ejemplo del felino salvaje y en permanente acecho.

Pero la guerra se perdió irremediamente. Pese a que los contrastes eran aliviados con el envío de nuevos contingentes al frente de batalla, y a la construcción del puente sobre el Pilcomayo, la sangría y el costo económico había sido muy grande. 50000 jóvenes, de aquellos que cantaban en los andenes al dios Marte, se quedaron para siempre enterrados entre los quebrachales. La guerra fue en serio, duró tres interminables años, y los bolivianos nos quedamos solos, peleamos solos, cuando los Saavedra Lamas urdían intrigas monumentales contra nosotros en Buenos Aires. Y no es que deseemos atribuir nuestra derrota a fantasmas, ni que queramos restarle méritos a un adversario audaz, porque el lamentable e irrefutable testimonio está en la

correspondencia intercambiada entre el mandatario paraguayo Eusebio Ayala y su Embajador en Argentina. Vicente Rivarola, hoy recogida y hecha pública en el libro "Cartas Diplomáticas".

Volvimos derrotados una vez más, arrastrando sufrimientos y frustraciones, y en ese contingente humano que venía cabizbajo, con el fusil silencioso, estaban Alejandro Vázquez y Thomas Losadle, y mis tíos Eduardo y Alfredo Maldonado. Atrás habían quedado para ellos los servicios motorizados de transporte y las maestranzas donde se reparaban aviones, tanques y camiones. Casi todo había quedado incendiado en los caminos o atrapado en las islas de monte. Las cascabeles y las alimañas habían hecho de esos fierros viejos sus cubiles. Hoy todavía, en esas sendas de muerte, quedan, además de las cruces de palo, las carrocerías oxidadas de lo que fue nuestro Ejército en Campaña.

EL REGRESO A CASA

La guerra se detuvo el 14 de junio de 1935, luego de agotadoras negociaciones diplomáticas en las que participó como secretario, mi futuro suegro Carlos Salinas Aramayo, que todavía provocan polémicas y que aún apasionan los espíritus de los investigadores y de los actores que pese a los años sobreviven. La discusión se centra en si la firma del armisticio fue oportuna o si fue una falla garrafal en momentos cuando Bolivia podía hacer desalojar al adversario de sus posiciones frente a Villamontes y el Parapeti.

Es incuestionable que el ejército paraguayo había sufrido enormes bajas, que estaba agotado y que, sobre todo, había extendido infinitamente sus líneas de abastecimientos, convirtiéndose en vulnerable a una poderosa contraofensiva que podría dejarlo cercado lejos de sus bases. Sin embargo, no es menos cierto que Estigarribia continuaba activo y que sus hombres, antes que defenderse, siguieron acosando a las tropas bolivianas, prácticamente hasta el cese mismo de las hostilidades.

Se dice, por un lado, que Bolivia pudo recuperar todo el territorio perdido si la guerra se prolongaba por unos meses más. Otros no lo creen así y afirman que si desgraciadamente se entregaron enormes extensiones al enemigo de entonces, aquello era irreversible, pero que, por lo menos, se había salvado la zona petrolera y se conjuraba el peligro de que una derrota más de nuestras armas abriera el camino al Paraguay hacia Santa Cruz y Tarija, poniendo en riesgo la seguridad de regiones incuestionablemente bolivianas.

Creemos que existen razones atendibles en una y otra posición, pero no es nuestro deseo y menos nuestro cometido emitir juicios definitivos sobre un tema que todavía está abierto a la investigación histórica y que tal vez nunca convenza totalmente a las partes en disputa.

El hecho concreto es que los hombres hacen las guerras cuando quieren y las detienen de la misma manera. Los jefes y oficiales ordenan ataques sangrientos, repliegues igualmente mortíferos, fusilan a los desertores, maltratan sañudamente a los prisioneros, también mueren ellos mismos desde luego, pero al final todo queda en nada. La sufrida tropa obedece y paga las consecuencias de lo que no ha hecho y es la que se queda tumbada en la arena o en el fango o grotescamente engarzada de los espinos del monte seco.

Así se quedaron casi 100000 soldados de ambos bandos en el Chaco, cuando, de repente, llegó el armisticio, y aquel medio día del 14 de junio del tercer año de guerra, bolivianos y paraguayos, salieron como ratas de las trincheras y del bosque para olerse como los animales y después fundirse en un abrazo. Un minuto antes todavía habían muerto los últimos combatientes, pero en esta guerra sin odio, no fue necesario esperar nada para que los contendientes se estrecharan bulliciosamente, para intercambiar recuerdos y comentar sobre la guerra, donde habían muerto tantos amigos y también hermanos.

Los jefes de uno y otro ejército y sus estados mayores se reunieron también y pronunciaron emocionados discursos, atribuyéndosele méritos al contrincante de ayer y brindando por la paz. "Se formaron grupos y se comentó la guerra como si hubiese sido un evento deportivo", dice Querejazu.

Pero el jolgorio de los primeros días pasó, y pasó también la alegría de sobrevivir a la matanza. Se acabaron los brindis y comenzaron a discutirse los términos de la paz, la desmovilización de los ejércitos, la repatriación de los prisioneros. Una herida abierta había quedado en el alma de los combatientes, que ya no regresaban cantando, como en los fríos andenes del Altiplano tres años antes. Los jóvenes de entonces regresaban viejos, sufridos, resentidos y dispuestos a modificar muchas cosas en el país. La guerra había sido muy larga y demasiado dura para olvidar en unas horas. Sobre todo la imagen de la patria en los confines de las fronteras era desoladora, casi humillante, y la juventud curtida por la desdicha regresaba decidida a cambiar las cosas.

MIS PRIMEROS AÑOS

Cuando los soldados se desmovilizaban del Chaco, yo era un niño de 9 años que en la vieja casa de la calle Nicolas Acosta jugaba a la guerra con mi hermano Carlos, un año menor. Como yo era el mayorcito y por supuesto el mas grande, hacia de "boliviano" y Carlitos de "paraguayo", asi por lo menos, en la ficcion, todas las batallas las ganaba Bolivia, aunque una vez quede tendido en el piso producto de un mortero en la cabeza, que no era otra cosa que una bolita de acero, que me lanzo certeramente el "paraguayito".

Fui el primogenito del hogar de Thomas Lonsdale y Maria Luisa Vasquez Maldonado y vi la luz, por primera vez, en La Paz, en el barrio de San Pedro, un 10 de Noviembre de 1926. Me bautizaron, para que fuera un gran cristiano, en la Navidad del mismo año. Y mis padrinos fueron, mi abuelita Maria y mi "abuelastro", si vale el término, Samuel Howson. Como en casa no nos parabamos en chicas, me bautizo el obispo de entonces y tal honor me costo que no tuviera un certificado de bautizo debidamente registrado, y que en realidad fuera un "barbaro" hasta muchos años despues, cuando me registraron como católico, apostólico y romano, en la iglesia de San Agustin.

Naci, como decia, en la vieja casa de la Nicolas Acosta, que mis abuelos la tumbaron para construir la actual. Durante la construcción nos fuimos a vivir a la casa Howson, en la plaza Venezuela, donde nació Carlos. Una vez terminado el gran inmueble que hoy ocupa VASCAL, volvimos al barrio y como he dicho, en la planta baja funcionaba la fábrica, mientras que en los pisos altos estaba la casa solariega que nos cobijaría hasta 1935 en que nos fuimos a vivir a la calle 20 de Octubre. En los años de la Nicolas Acosta aprendi a gatear, caminar, correr, patinar y montar bicicleta, en el enorme hall que mi abuelita construyó en el segundo piso, precisamente para que yo y los nietos que vinieran despues, no tuvieran que salir a la calle ni al parque que estaba a sólo una cuadra y media. El hall donde hice todas mis travesuras y donde chille y me moje, es el mismo de hoy, donde tantas veces recibo a mis buenos amigos y donde mi abuela Maria hacia reuniones multitudinarias.

Tengo un recuerdo muy tierno de lo que era la casa y el barrio, seguramente porque fui feliz con mis padres y mi abuela Maria y porque empece a hacer mis primeras amistades y mis primeros palotes en el Instituto Americano, cercano a casa, donde curse el kinder y los dos primeros años de la primaria.

Dice otro sanpedrino, Alberto Crespo Rodas, que "vivir en San Pedro conferia como una identificacion especial, quiza un modo de ser, y era como pertenecer a una cofradía, cuyo cuartel general era la plaza con un kiosco y eucaliptos inmensos entre el panoptico y la iglesia... alli se desarrollaba durante tres dias la fiesta del Santo, con misa y procesiones, verbenas y fuegos artificiales, en medio de calles embanderadas y globos de papel que se elevaban con aire caliente basta que se perdian en la oscuridad del cielo, si no se quemaban en medio de la ascencion, mientras el vecindario daba vueltas alrededor de la plaza y una o mas bandas de musica tocaban sus instrumentos, entre faroles y puestos de vendedoras". Recuerdo, como si fuera ayer, que de la mano de mama y arrastrando a Carlitos, saliamos alguna vez a la plaza y siento hoy los olores a chicharron, los sones de huayños y cuecas y veo a los borrachitos oscilantes en los atardeceres de fiesta.

La recuerdo con nitidez a mi abuela María, que era el alma de la casa, alta y bien plantada, buena moza, vestida siempre a la ultima moda, coqueta y con colores claros, sin los remilgos de las señoras de su edad. Los trajes negros y los rostros severos de la epoca no iban con ella, que utilizaba bien la moda, los cosméticos, y sobre todo aquella sonrisa a flor de labios. Era la autentica empresaria que trataba con toda clase de personas y que mostraba su perfil de mujer vital. En el brillo de sus ojos nos reflejamos nosotros, hijos y nietos, y mi padre que era un hijo mas en la familia.

Mi abuela Maria ya habia pasado el medio siglo de vida, sin embargo no puedo olvidar de que en la casa de la Nicolas Acosta, en reuniones juveniles, se distraia con mi tio Alejandro y con mi madre y con amigos como Victor Paz Estenssoro del Black Cat Club y Hernan Siles de la Fraternidad TAU y otros tantos a quienes vi a menudo a la hora del te y en las tertulias del anochecer.

En 1935 nos fuimos a vivir a la Av. 20 de Octubre, en Sopocachi Bajo, en la última cuadra, que aun era de tierra. Por supuesto que tuvimos que cambiar de colegio y con Carlos ingresamos a La Salle, donde, tras una ausencia de un año en Londres, permeneeramos hasta el bachillerato. Allí cambiaria de amigos y como estaba mas crecido me incorpore a un grupo, mas bien una pandilla del barrio, donde haciamos fechorias con los Ormachea, los Salinas, los Arnal y una muchachada de rompe y rasga, donde las travesuras y los puñetazos eran pan de todos los dias. No puede escapar a mi memoria aquella tarde en que mi hermano Carlos, Javier Salinas, Alvarito Cariaga y yo, nos enfrentamos a golpes en un cenital que hoy es el ingreso a la Avenida Kantutani, con otros cuatro mozalbetes del San Calixto. En aquella oportunidad mi adversario fue Eduardo Ackermann y en la repartija de sopapos yo acabe con la nariz echando chocolate, el ojo en tinta y Eduardo con la boca sangrante.

Cuando estuve algo mas crecido y siendo el primero de mi clase, me converti en un bailarín consumado, amigo chacotero, y buen deportista, hincha fanático del "Bolivar". Fui comandante de la Brigada de Scouts y estaban a mis ordenes Fernando Illanes, Gonzalo Artieda -mi actual consuegro- Luis Garcia Meza y mi muy querido Marcelo Quiroga Santa Cruz, irónica victima de la cruel política boliviana, justamente el día en que Luis Garcia Meza capturaba el poder político a la fuerza en las luctuosas jornadas de Julio de 1980.

Como olvidar ahora a mis amigos del alma, compañeros de curso, Jorge Gonzales Quint, que sigue trabajando conmigo; Jorge Otero, Jorge Diaz, Reynaldo Martinez y el recordado y llorado Hugo Berrios, con el tiempo nuestro medico de cabecera de todo el grupo. Los seis amigos de la infancia, con nuestras señoras, nos reuníamos hasta hace poco periodicamente para disfrutar del añejo cariño de los tiempos idos que no se borran con nada.

Las vacaciones las pasábamos, Carlos y yo, en Cochabamba, junto a mi abuela que se traslado a vivir allí, una vez divorciada de Samuel Howson, habiendo dejado la fábrica en manos de su hijo Alejandro. Tenía una casa grande en Quillacollo que todo el año estaba lista para recibir a cualquiera de los hijos o nietos, con las camas tendidas. Era por entonces una aventura los viajes en tren hasta el valle, jugando con amigos entre el coche comedor y nuestros vagones. Una parada antes de Cochabamba, precisamente en Quillacollo, nos bajabamos y ahí estaba mi abuelita Maria, con su hermana y compañera, mi tia Transito, esperandonos con los mozos para que nos ayudaran con el equipaje. Como por entonces no habian taxis ni nada par el estilo, nos íbamos a pie hasta la casa, comentando sobre lo acontecido en los últimos meses, riendo, abrazándonos, y andando por aquellos caminos intransitables pero tan queridos, bordeando la campiña verde y saludando en cada trecho a los campesinos que salían de sus casitas minusculas para ofrecernos algo de comer o de beber.

Con mi abuela jugabamos a las cartas, juego que ella aprendió en vieja sólo para entretenernos, y siempre se hacia ganar conmigo y con Carlitos y con eso nos dejaba en nuestros bolsillos unos quintos para nuestros gastos. "La gota de agua labra la piedra", me decía, cuando se dejaba ganar con la baraja. "¿No ves que ya juegas mejor que yo?".

Con el producto de esos centavos ganados de mentira, un día casi morimos farreando con Carlos y con un muchachote mayor que ayudaba a mi abuela y a tia Transito en la casa, y que nos llevó a una chicheria en Quillacollo. Carlitos jamas habia probado un trago de alcohol, mientras que yo lo habia hecho por curioso y dañino con otros amigos traviesos de mi edad, en un memorable cumpleaños de mi padre, aprovechando los conchos dejados sobre las mesas.

En una ocasión, tarde de sábado, el muchachón, cuyo nombre ya no recuerdo, nos llevó a una fiesta enorme que se realizaba a pocas cuadras de donde vivíamos. La gente humilde del lugar agasajaba a un político, pariente de alguien que no se quien era, pero del que nunca olvidare su facha ni su comportamiento. El fue centro de todas las atenciones y sonreía y levantaba los brazos como un Cesar victorioso. Habian sones de cueca de una bandita que estaba cerca a la mesa del politico y que no dejaban de soplar y golpear el bombo casi sin respiro. Corria cerveza y chicha entre los invitados, pero el verdadero torrente pasaba junto al agasajado, que se echaba seco tras seco por el garguero mientras todos lo "doctoreaban". Vestia de negro, con sombrero negro y puesto además, y pesaba unos cien kilos por lo bajo. Quede impresionado por sus dedos gordos y cortos con que se aferraba a los vasos de trago y con su boca desdentada que sin embargo no le impedía reir a carcajadas.

El político gordinflón y grosero no podía quedarse sin agradecer el agasajo de sus admiradores con un buen discurso, así que, por primera vez, hizo callar a la fatigada banda y se puso de pie apoyandose pesadamente sobre sus dedazos gordos. Se levanto el cabello de la cara, que se le volvió a caer, y rió como un idiota. Miro a la concurrencia, que guardaba silencio, y volvió a reir echando un hipo fenomenal. "¡Ufff!", dijo, y se derrumbo hasta el suelo, quebrando una de las sillas de madera pintada de celeste. Lo quisieron alzar entre todos y finalmente decidieron arrastrarlo hasta acomodarlo en la hierba, junto a un árbol, donde ronco babeando, con la cara cubierta de moscas y los ojos semi-abiertos y bizcos.

Entre tanto atardecia y el muchachon acompañante se había emborrachado y no dejaba de darnos lo que le caía en las manos. Con Carlos bebimos cerveza, chicha y coctelitos, hasta que nos indispusimos. La tía Transito nos rescato porque dio con nosotros, mientras mi abuela María y los mozos nos buscaban por otros lados. El muchachon huyo y solo lo volvi a ver en la tarde del día siguiente, con los ojos en compota. Mi abuela me pidió que no volviera a beber hasta que fuera mayor, cosa que cumplí. Yo, por mi parte, tambien aprendí algo, y es que si bien es cierto que hay politicos decentes, jamás sería político y ni siquiera entraría a formar parte de un partido. Tal mi impresion de aquella tarde del "trancazo" en Quillacollo.

Las vacaciones en Cochabamba las pasábamos entre los huertos y almacenes de la casa solariega, haciendo diabluras y divirtiendonos con la abuela, o viajando en tranvía a la ciudad, lo que se convertia en una excursion por el tiempo que demoraba en ir y volver. En los viajes en tranvia nos deteníamos, a menudo, en Santa Rosa, donde vivían los Grosberger y allí con Pepe, Samuel y Mario, montábamos a caballo y batíamos todo el campo en busca de aventuras.

En la casa, fuera de los juegos, cuando oscurecia y ya habíamos cenado, la abuela María se ponía al piano y tocaba unas bellas cuecas con un sentimiento tal que nos contagiaba. Sus pequeñas manos hacian saltar las teclas y con su mirada incisiva y pícara nos animaba a bailar y se reía mucho de nuestras torpezas cuando no lo hacíamos bien.

Entre el colegio, los amigos de La Paz y las vacaciones entrañables en Cochabamba, se paso mi niñez y hoy cuando han pasado tantos años, no puedo menos que ponerme nostálgico.

MI TIO ALEJANDRO Y LA COCA-COLA

Alejandro Vásquez era un hombre de grandes inquietudes y a su vuelta de la guerra se rebanó los sesos pensando en hacer algún negocio rentable y sólido. Empezó en el comercio como representante de los cosméticos Elizabeth Arden, lo que no era atractivo ni en lo personal ni en lo económico, porque eran productos finos y caros para un mercado reducido y pobre. Luego fue representante, por un tiempo, de la fábrica de calzados Bata y de otros productos que le concedió un grupo checoslovaco. Con los checoslovacos también, instaló una destilería de gin, bebida que tuvo mucha aceptación en el público, pero que estaba sujeta a la importación de materia prima de Inglaterra, como el enebro, que era problemático, y años más tarde, más difícil, porque los barcos ingleses que se aventuraban a apartarse de sus costas se iban al rondo del mar por la acción de los submarinos alemanes.

Entre esos intentos de hacer empresa, conoció en 1938 a Frank Fawcett e hizo una sociedad con él, cuya meta central era conseguir la franquicia de la Coca-Cola, para embotellarla en Bolivia y la compra de las instalaciones de Soda Water, que habían pertenecido a la abuela María. Entonces se formó Vasquez Maldonado y Cia. Sus primeros contactos con Coca-Cola Co., fueron ese año.

Corría el año 1940, cuando Alemania se enseñoreaba militarmente en Europa y los Estados Unidos estaban todavía al margen de la conflagración, tiempo en que don Alejandro concluyó sus negociaciones con The Coca-Cola Export Company de Nueva York. Ante sus reiterados requerimientos, la gigantesca empresa envió a La Paz a uno de sus personeros, el simpático señor Velez, de nacionalidad cubana. Mi tío, que era un joven de algo más de 30 años, lo tomó por su cuenta a Velez, y no le dejó ni respirar durante todo el tiempo que estuvo en La Paz, hablándole de la bondad del negocio. Del mercado existente, de las instalaciones embotelladoras, del crecimiento que habría en pocos años y de todas las maravillas habidas y por haber.

Velez, naturalmente, no era un novato ni había venido a Bolivia a hacer favores, así que escuchó mucho, observó y habló lo estrictamente necesario. Regresó a Estados Unidos con dos preocupaciones: la juventud del audaz y entusiasta empresario y su solvencia económica. La primera vez se podría obviar, siempre que existiera la segunda.

Alejandro Vasquez estaba loco de optimismo esperando por horas la respuesta de Coca-Cola a través de Velez o de cualquier otro ejecutivo. Pero pasó la primera semana sin que sucediera nada y luego pasó la segunda. Su esposa Graciela lo animaba y le pedía paciencia, pero Alejandro Vasquez no entendía lo que sucedía cuando llegó el tercer mes sin respuesta. Todos los proyectos y las ilusiones se estaban cayendo al fondo del abismo porque la apreciada y deliciosa Coca-Cola se tornaba esquiva. Pero fue justo al tercer mes que Velez dio señales de vida para decirle que lo habían sometido a la más rigurosa investigación de sus antecedentes y de su solvencia bancaria y que, luego de aquello, la Coca-Cola Export Company, había decidido nombrarlo su único representante en Bolivia con la correspondiente franquicia para embotellar el producto.

La Coca-Cola, por entonces, era el refresco que más se consumía en el mundo. "Desde hacía muchos años que había copado el mercado norteamericano y ya estaba en plena expansión por otras naciones y continentes. Desde la época en que John S. Pemberton creó la Coca-Cola en 1886, el producto había tenido que pasar por muchas etapas hasta llegar a imponerse. Comenzó a producirse en una farmacia de Atlanta, cuando la fuerza de tracción eran todavía las nobles bestias, y siguió su progreso con el joven y dinámico Asa G. Candler, hacia fines del siglo, cuando por las calles de los Estados Unidos aparecían los primeros automóviles en competencia (con los coches de todo tipo tirados por caballos. Ya en algunas ciudades de la Unión se comenzaban a ver



La propaganda de Coca Cola en La Paz de los años 40.

en las tiendas y fuentes de soda, lo que durante décadas sería tan clásico: "Tome Coca-Cola". Y empezaron a aparecer las primeras publicidades con bellas chicas vestidas al estilo de la "belle époque", que, mostrando una botellita, la clásica, más pequeña que la actual, solamente usada hoy en pocos lugares del mundo, entre los cuales está La Paz, dirían: "Tome Coca-Cola, Deliciosa y Refrescante". La actriz Hilda Clark, sería una especie de promotora exclusiva de Coca-Cola hasta comienzos del presente siglo, adornando, con su belleza para el gusto de entonces, las propagandas del delicioso breva.

La industria se fue expandiendo y el consumo se hizo cada vez más grande, hasta que, en 1923, se convierte en presidente de la compañía Robert Woodruff, quien revoluciona y expande el negocio a niveles gigantescos y convierte a la Coca-Cola en un producto con demanda mundial. Con una publicidad, también revolucionaria, la Coca-Cola se convirtió en un emporio casi sin competencia, y no existía lugar donde no se apreciara su propaganda, con los artistas más cotizados de la época, ni donde no se observarían sus instalaciones y sus enormes flotas de camiones distribuidores. Se había creado, desde la farmacia de Atlanta, una de las empresas más grandes del mundo, y eran ahora los rascacielos de esa ciudad los lugares desde donde la Coca-Cola llegaba al mundo entero.

El 24 de diciembre de 1941, Alejandro Vasquez lanzó al público paceño la primera botella de Coca-Cola, tamaño original pequeño, y esa botellita se la ofreció a su madre, mi abuela María, que probaba la primera Coca-Cola hecha en Bolivia. La mitad de esa histórica botella mi abuela me la dio a mí que estaba como siempre a su lado y me convertí en el primer chiquillo, de los millones que vendrían después, que bebí Coca-Cola en el país. Recuerdo que Frank Fawcett y mi tío Alejandro sonreían radiantes con el acontecimiento.



Alejandro Vásquez Maldonado, el creador de Vascal.

VASCAL

El 31 de julio de 1943, y a pedido de Coca-Cola Co., se fundó la Sociedad Anónima Vascal. El nombre de Vascal viene del anagrama de **C. Alejandro VAsquez** Maldonado. Fueron socios fundadores de la flamante empresa, los señores Guillermo Morris, Frank Fawcett, Alejandro Vásquez, Hector Macdonald y Thomas Lonsdale, mi padre. El capital inicial de Vascal era de \$ 2.650.000,00 con 2400 acciones en poder de los socios fundadores y 250, en caja, a emitirse.

El primer Directorio constituido en aquella tarde soleada del invierno paceño, estuvo conformado por Guillermo Morris, como Presidente: Hector Macdonald, Primer Vice-presidente: Thomas Lonsdale, Segundo Vice-presidente: Frank Fawcett, Tesorero: y Alejandro Vásquez, Secretario. Y el primer Gerente General fue don Frank Fawcett y su plantel administrativo quedó con mi tío Alejandro Vasquez como Sub-Gerente: Ladislao Moravek, Administrador; Jose Camacho, Contador; Beatriz Zegada, Cajera; y los auxiliares Laura Zegada, Teófila Salazar, Julio Canedo, Aldo Gómez y Benigno Carvajal. Esos fueron los pioneros de la compañía que seguiría los pasos de la Empresa Maldonado en Oruro, de Soda Water en La Paz y en la misma ciudad, Vásquez Maldonado y Cia.

Los comienzos de la nueva sociedad fueron llenos de éxitos. La producción en octubre de 1943, fue de 27.855 cajas de refrescos, con una recaudación de 668.532 bolivianos. La fábrica y las oficinas se establecieron desde el momento de su fundación, en la calle Nicolas Acosta 566, donde todavía existen instalaciones de la empresa. En ese mismo año de la constitución de la sociedad, el señor Lewis, Gerente de Coca-Cola Company, Costa del Pacífico, sorprende a todos

con el envío de sus felicitaciones, porque los resultados obtenidos en producción y ventas, habían excedido los conocidos hasta entonces en Sud America y constituían un verdadero record.

Desde los primeros momentos los ejecutivos de la empresa tuvieron la firme intención de ampliar sus actividades a otras zonas y en agosto de 1946, el Directorio autorizó a la Gerencia a adquirir terrenos para una nueva fábrica y además decidió intentar ampliar sus operaciones a Cochabamba.

Además en 1947, Vascal S.A. introducía al mercado el Producto FANTA, de gran aceptación. En 1948, Vascal asiste por primera vez a una reunión internacional de fabricantes de Coca-Cola, en la ciudad de Atlantic City, EE.UU. y allí sus representantes -mi tío Alejandro entre ellos- exponen sus opiniones sobre la producción y el mercado.

Al año siguiente, mientras Vascal subía en producción y ventas, falleció súbitamente el primer Gerente de la sociedad y fundador de la misma, señor Frank Fawcett, y desde entonces, durante largos y fructíferos años hasta 1974, ocupó la Gerencia General de Vascal, mi tío Alejandro Vásquez Maldonado. Con él se establecía la tercera generación industrial en nuestra familia.

A medida que el volumen de las operaciones de Vascal crecían, se vio la necesidad de dividir funcionalmente su estructura orgánica en oficinas regionales. Como hemos visto, la primera de las oficinas regionales fue La Paz, y esa oficina, a cargo de don Alejandro Vasquez, fue la que tuvo que soportar las penurias y avatares que vendrían con las crisis políticas y sus derivaciones económicas, que aparecieron a partir de los años 50.

Durante 1950 el directorio autorizó el lanzamiento de Naranja Vascal, Sabor Propio, que tuvo que hacerse para afrontar la falta de concentrados, que no se pudieron importar por la restricción en la otorgación de divisas de parte del gobierno. Además, se tuvieron que realizar gestiones ante The Coca-Cola Company para que la empresa tomara nota de la situación y no se corriera el riesgo de perder el mercado que tanto esfuerzo había costado ganar.

Vascal estaba consolidada de todos modos, pero, como siempre ha sucedido con la libre empresa en Bolivia, a lo que nunca ha escapado la industria, el gobierno trataba por todos los medios a su alcance, de poner trabas a su desarrollo y si no presionaba a través de medidas legales, recurría a formas de extorsión, de chantaje, para lograr la sumisión de las empresas a sus caprichos e intereses.

EL CUARTEL

Los bellos años del colegio, de los amigos, entre los cuales, Jorge Gonzales Quint, Jorge Otero, Jorge Diaz, Hugo Berríos, y Reynaldo Martinez serían los mejores hasta la vejez, las chicas y las vacaciones, pasaron mas rápido de lo que creí y de golpe y porrazo me encontré con que terminaba la secundaria, en La Salle, como presidente de mi curso, del colegio, y además como el mejor alumno. Sin falsas modestias no podía estar mas satisfecho de esa mezcla extraña de muchacho "wasquiri" y al mismo tiempo popular.

Mi padre quiso de inmediato que me fuera a estudiar al exterior, concretamente a una universidad inglesa. Yo ya había decidido que estudiaría ingeniería, porque me gustaban los números, pero antes de dejar Bolivia deseaba, por propia voluntad, cumplir con mis obligaciones ciudadanas y hacer el servicio militar. Me había graduado de bachiller a fines de 1944 y en enero del 45, sin consultar con mis padres, me presente en el cuartel de San Jorge, donde me examinaron, me raparon el cabello a cero y me dieron plaza de 24 horas para presentarme con todos los implementos necesarios. Como era un poco miope y usaba lentes desde mis 12 años, tuve que quitármelos, y cuando me incorporé al cuartel mi vista no era precisamente de águila.

No quiero acordarme del lío que se armó en casa cuando mamá me vio con la cabeza pelada y sin lentes, listo para encuartelarme. Ni quiero acordarme tampoco de la furia de papá que me quería ver hecho todo un universitario ingles. Sin embargo, debo reconocer que luego del sofocon vieron que nada tenían que hacer y me ayudaron a alistarme poniendome unas cuantas prendas en una petaca de madera, cuadrada y dura, con correas y candado, que todvía la conservo.

Me asignaron a lo que se llamaba la Escuela Motorizada y recuerdo muy bien que fuera de mis amigos Toto Diaz, companero de Colegio, y Eduardo López, el resto eran chicos muy humildes, pobres, que entraban al cuartel porque siquiera allí tenían comida y vestido. Nosotros eramos 200 soldados, parte del contingente paceño, que compartimos con otra tropa que venía desde distintos puntos del país. En el cuartel no solo aprendí a conocer el verdadero sentimiento de los jovenes paceños y del altiplano, sino de todos los bolivianos de mi edad y debo reconocer que mi experiencia fue increíblemente útil y me lleno de satisfaccion. Mis primeros jefes fueron el mayor Suárez Guzmán, luego general de Ejército y alcalde de La Paz; el capitán Renán Monje Roca, más tarde almirante; y el Sub-teniente Hoz de Vila.

Me comporté bien y asimile el rigor de la vida cuartelaria, levantándome a las 5 de la mañana para asearme con agua helada el torso desnudo, luego correr hasta el cansancio gritando en coro, desayunando sultana con una marraqueta dura, comiendo el rancho de lagua de maíz y fideos, y durmiendo donde fuera, las mas de las veces entre el montón de cuerpos sudados y hambrientos.

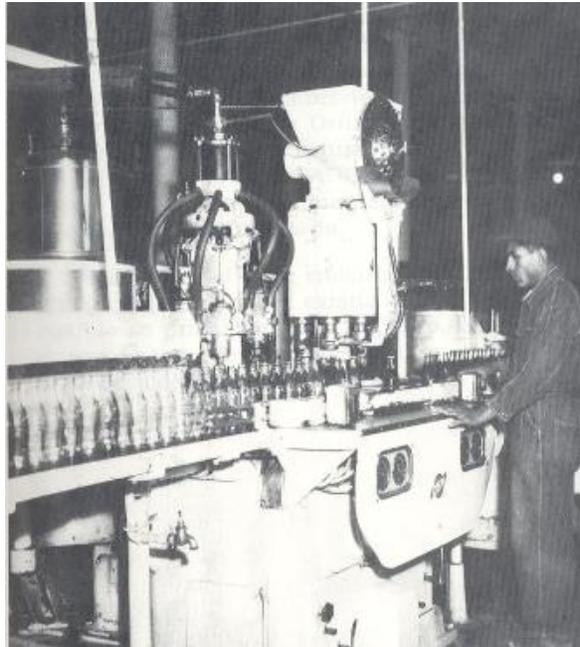
Pese a que mi situación era mejor que la de los soldaditos que eran mis compañeros, los castigos no me fueron ajenos, porque, a mis años, seguía con el ánimo de hacer travesuras y tomarles el pelo a los sargentos. En resumen, no me gustaba que abusaran de los reclutas y les hacía ver a los superiores que nuestros campesinos no solo que no eran tontos, como ellos creían, sino que eran más vivos e inteligentes que los mandamases.

Como cuando entre al cuartel yo sabía conducir automóvil perfectamente, me incorporaron a la sección tanques, donde aprendí a manejar los temidos aunque todavía muy pequeños blindados. Luego pase al sector de motocicletas, donde me converti en un experto y los hice rabiari a mis superiores ganandoles en carreras y en algunas oportunidades haciendolos rodar entre la tierra y las piedras con alguna trampa. Los castigos eran el pan diario y cuando no me enviaban al "solitario" durante toda la noche, que era como para ladrar de frío, me quedaba encerrado los domingos en el cuartel haciendo trabajos un tanto viles.

Pese a la estrictas prohibiciones para abandonar el cuartel en la noche, en un carnaval me escape con la complicidad de varios soldados que eran mis amigos. En la casa de una chica me disfrace de "pepino" y nos largamos a bailar a una linda fiesta que habia en el entonces famoso "Utama". Al encontrar allí a uno de mis comandantes, brincando con una mascarita, no pude contenerme y le di con la matasuegra, primero una vez, y despues hasta ponerlo furioso. Pero fui tan incauto que para beber algo y descansar del calor, me saque la capucha, momento en que escuche la voz del superior a mis espaldas que me decía: "¡Soldado Lonsdale, al cuartel!". Ahí se me acabo la fiesta y no me acuerdo cuantas noches tuve que pasar en el "solitario", aterido de frío y maldiciendo mi tontería.

Por entonces en Bolivia viviamos una época muy incierta y llena de violencia. Despues de la guerra del Chaco se había producido una sucesión de gobiernos militares, que aun con buenos propósitos y la cooperación de civiles calificados, no podían ni gobernar bien ni satisfacer por tanto al pueblo. Toro, Busch, Quintanilla y Peñaranda habian pasado por el Palacio Quemado con suerte diversa, y Villarroel estaba entonces de presidente, enfrentando a la furia popular después de los luctuosos acontecimientos de 1944, cuando muchos ciudadanos destacados, entre ellos Carlos Salinas, Canciller, Ministro y Embajador, padre de mi futura esposa, fueron asesinados a sangre fría. Aunque Villarroel no admitia haber tenido conocimiento de los fusilamientos de Oruro y Chusipata, el malestar era creciente contra el entorno militar del presidente, la logia RADEPA, y sus colaboradores civiles, principalmente del Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Deje el cuartel y me embarque hacia Inglaterra, cuando en La Paz existía olor a pólvora, y cuando se producían, casi a diario, manifestaciones de repudio contra el gobierno, al que se lo acusaba de nazi y masacrador.



Primera línea Dixy para la elaboración de Coca Cola, 1941.

ESTUDIANTE EN LONDRES

Cuando me embarque en Buenos Aires rumbo a Europa, a bordo del barco hindu "Yohila", en Julio de 1945, la guerra había terminado en el viejo Continente, con la derrota alemana. Sin embargo, en el Pacífico Sur, los japoneses continuaban con sus combates suicidas con las fuerzas norteamericanas. Durante un mes hice la travesía por el Atlántico, rumbo a Londres, por la misma ruta que semanas antes había estado infestada de submarinos nazis y que habían dejado un cementerio de barcos mercantes y de guerra en las profundidades del océano. La conversación con los marineros durante el trayecto no podía escapar a la guerra, a las emergencias, y a la fantasía propia de los hombres del mar, que contaban historias fantásticas de enfrentamientos con las "manadas de lobos".

Si mi tío Alejandro llegó a Londres al concluir la Primera Guerra Mundial, a mí me tocó llegar a la ciudad cuando las ruinas todavía estaban amontonadas en las calles y cuando el recuerdo de los "raids" aéreos de la Luftwaffe, seguían siendo una pesadilla para el pueblo inglés. Coincidentemente llegué a una Inglaterra que se apretaba el cinturón, donde faltaba todo, y donde diariamente, mañana y tarde, no comía otra cosa que pescado. A mis amigos latinos les decía que me estaban apareciendo escamas en el cuerpo y si bien las escamas no aparecieron, yo, desde entonces, no he sido muy afín con el pescado.

Ingresé en la Universidad de Loughborough, que era una universidad técnica comparable con la M.I. T. de los Estados Unidos, por el gran entrenamiento en disciplinas de ingeniería que se dictaban, con la particularidad que una semana los alumnos asistíamos a clases con capa y toga y la otra a la fábrica de la propia universidad, donde, siendo alumnos, trabajábamos como obreros, comiendo pescado, naturalmente.

Mi residencia en Loughborough se llamaba Hazlerig Hall, era un hospedaje enorme, de estilo gótico, donde el contraste estaba entre la pátina oscura de las piedras centenarias y el verde suave pero luminoso de los prados húmedos que mirábamos a través de las ventanas. Todo en el interior era piedra y madera y desde los comedores hasta los dormitorios se lucían los viejos y sólidos entablados. Un reloj de pared, que estaba sobre la chimenea del salón de estar, me marco cada hora de mi vida durante cinco años y si al comienzo lo odié, por impertinente, con el paso del tiempo me acomodé tanto a ese modo de vivir, que lo sentí familiar. Era como la voz pausada y británica de mi padre.

El régimen de estudios era muy duro comparado con el que yo estaba acostumbrado a llevar, sin embargo, el tiempo me alcanzaba para leer mis libros de estudio y literatura universal, asistir a clases, hacer mis prácticas, apreciar la música clásica y asociarme a mis compañeros latinos y anglo-sajones, con quienes hacíamos disparates mayúsculos, buscábamos chicas para ir a bailar los sábados y hacíamos competencias tremendas de tragos en los "pubs".

Fue por entonces, cuando ya hacía un año que estudiaba en la Universidad, que cierto día uno de mis profesores me preguntó: "¿Tú eres boliviano o colombiano. Lonsdale?". Le contesté que era boliviano y mi profesor con un aire muy británico me dijo: "Los ingleses sólo colgamos a los ladrones y criminales, ¿cómo es posible que en tu país lo cuelguen de un poste al Presidente de la República?". Yo me quedé mudo, porque no sabía nada, y el buen "mister", sin decir una palabra, me entregó el periódico, que seguramente no registraba una sola noticia de Bolivia desde hacía años, donde se leía que Villarroel había sido derrocado en una insurrección popular y colgado, junto con algunos de sus colaboradores, en un farol de la Plaza Murillo.

Afortunadamente para mí, aunque no para el país, mis compañeros británicos ignoraban dónde estaba Bolivia, ni les importaba un comino de lo que sucedía fuera de Inglaterra una vez que la guerra, había terminado. Así que el sangriento y bochornoso episodio del colgamiento de

Villarroel pasó desapercibido entre los estudiantes y sólo yo me puse a pensar sobre las barbaridades que sucedían en la política boliviana.

En 1948 me había convertido en un tipo popular, tanto por mi comportamiento en los estudios cuanto por mi amistad con todo el mundo. Fue cuando me eligieron presidente del Club Latino donde estábamos representados unos ocho países latinoamericanos, desde México a la Argentina, con 50 bulliciosos muchachos que hacíamos contraste con la severidad y el silencio que guardaban los otros compañeros de la Universidad. En el año siguiente, el penúltimo de estudios para mi, me eligieron presidente del Club Internacional, lo que ya era cosa seria, porque ahí estaban incorporados siquiera 1000 alumnos extranjeros de unos sesenta países. De los 5000 que en total tenía Loughborough.

Ese año, como presidente de los estudiantes extranjeros, me correspondió organizar la fiesta de Navidad, lo que era una tradición en las Universidades inglesas. Para hacer la fiesta era indispensable el árbol navideño, con el inconveniente que el árbol no se lo podía comprar y debía ser robado. Para robar un pino respetable teníamos que buscarlo en los bosques aledaños, aledaños podían ser los bosques que estaban a 20 o 30 kilómetros de Loughborough. Para colmo, la policía se movilizaba por todas partes en esas fechas, en defensa de los árboles, y ser sorprendidos por los guardias significaba dormir un par de días en algun calabozo.

Sin embargo, conformamos un "comando", un auténtico "comando" de jóvenes ingleses y europeos que habían combatido en la II Guerra, y con ellos llevamos a cabo la operación. Al final, despistando a la policía con nuestros vehículos que amagaban a velocidad por todas partes haciéndose perseguir por la policía y avisándonos por "walky talky" donde se encontraban, conseguimos el árbol mas grande de la temporada, que incluso tuvimos que cortarlo en la base para que entrara al hall que no tenía menos de 5 o 6 metros de altura. Fue un triunfo total y en aquella Navidad neblinosa de 1949, con una bufanda, uniforme de la universidad, que me llegaba hasta la rodilla, disfrute tomando ponche caliente, y observando la seriedad con que el Alcalde y el Jefe de Policía, que estaban invitados, miraban nuestro bello trofeo.

Eramos, los de Loughborough, rivales eternos con la Universidad de Nottingham. En una oportunidad, por esos meses, se anunció la visita a Nottingham de la Princesa Isabel, hoy Reina de Inglaterra. Al saberlo, hubo una reunión de mis compañeros universitarios, y decidimos que los rivales no quedaran bien parados ante la visita oficial de la Princesa. Para eso se conformó otro "comando" y como contábamos con todos los elementos necesarios en nuestra fábrica-universidad, nos fuimos la noche anterior hasta Nottingham, a 15 o 20 kilometros de distancia, y con nuestros equipos de soldadura sellamos la reja principal de ingreso de manera que fuera imposible abrirla. Al día siguiente se armó la de San Quintín entre los estudiantes de Nottingham, que estuvieron a punto de sufrir un ridículo irreparable. Como represalia unos días mas tarde nos invadieron la Universidad, echándonos a los que estamos allí a la piscina y robándose una hélice de avión que guardábamos con orgullo porque era el recuerdo de un gran as de la RAF, ex-alumno de Loughborough. Posteriormente, luego de arduas negociaciones, nos la devolvieron.

Mi hermano Carlos estaba conmigo en la universidad y además estábamos en el mismo año porque, siendo yo mayor, el no había entrada al cuartel, así que nos habíamos igualado. Carlos estudiaba mecánica cuando yo estudiaba electricidad y teníamos, inclusive, cursos en común. Para que decir que Carlos era mi amigo íntimo y eso se había hecho mas intenso con la distancia de nuestros padres y de la patria lejana. Lamentablemente, estaba decidido que Carlos no viviera lo suficiente ni siquiera para recibir el fruto de su esfuerzo en la Universidad. En aquella Navidad del 49, cuando nos divertíamos tanto, Carlos se enfermó gravemente y todas mis esperanzas se vinieron al suelo cuando una tarde me citó su médico y me dijo que Carlos padecía de un cancer incurable. Tuve el dolor de tener que llamar por teléfono a mis padres en La Paz, lo que no era nada común, y decirles la verdad. Carlos regresó de inmediato a Bolivia, con pretextos, y murió en junio, el mismo día que yo empezaba mis exámenes finales pensando en él.

Me gradué en julio de 1950, habiendo llegado el último año a ser Presidente de la Universidad, hasta entonces el primer latinoamericano que era elegido en tal cargo. Muerto Carlos, solo habíamos quedado en Loughborough tres bolivianos, mis amigos Bueno y yo. Julio Bueno vive hoy en Seattle. Washington, y es ingeniero aeronautico en la Boeing. Y Jaime regresó a Londres, donde esta instalado desde hace mucho tiempo.

En cuanto acabé el último exámen me embarque hacía Sudamérica, con mi hermano menor Ronnie, que ya estaba conmigo en el colegio, dejando atras cinco años de realizaciones y una pena profunda. Como no había regresado en tanto tiempo, llegaba con inmensos deseos de ver a mi madre y a mi padre y de caminar, otra vez, por mis calles de Sopocachi, donde sin duda estarían esperandome mis amigos de la infancia. Volví cambiado, hecho un hombre, pero con el mismo sentimiento de carino hacia mi país y con una gran inquietud interna por saber si había logrado mi primera meta o si todavía no estaba preparado para enfrentarme con éxito a la vida.

MATRIMONIO Y REVOLUCIÓN

Como ingeniero electricista, mis posibilidades de trabajo y de surgir eran limitadísimas, por entonces, en Bolivia. Mi padre, preocupado por ayudarme, me sugirió que trabajara en ventas, con su socio Macdonald. Sin embargo, pese a que agradecía las inquietudes de papá, me parecía inaceptable, como alternativa, dedicarme a vender, habiéndome roto el lomo para obtener una profesión liberal en Europa. Fue así que tome la decisión de regresar a Inglaterra para adquirir experiencia y práctica en la General Electric donde tenía un cargo seguro.

Antes de regresar a Inglaterra, me encontré, en una fiesta que daba Jaime Bueno, con la que sería mi esposa. Era Rosario Salinas Estenssoro, Bebe, una muchacha a quien yo conocí desde que era niña y con la que me encontraba a menudo en casas de familiares o amigos comunes, ya que Bebe era por el lado Estenssoro, prima hermana de los Vásquez Estenssoro, y yo, por Vasquez, era primo hermano también. Así que sin ser parientes entre nosotros, teníamos parientes cercanos de uno y otro lado y eso, en una ciudad como La Paz de entonces, era como para que nos viéramos todos los días.

En aquella fiesta donde Jaime, Bebe, celebraba su bachillerato, y nosotros, con Jaime, nuestra graduación como profesionales en Loughborough. Luego de esa oportunidad, nos seguimos viendo con Bebe, y en mayo de 1951 formalizamos nuestro noviazgo y decidimos casarnos en el año siguiente, cuando yo regresara de Europa. Así fue que partí nuevamente hacia las islas, enamorado, de novio, y pensando en que el tiempo pasara rápido para volver a La Paz y casarme.

Cuando se avecinaba mi retorno a Bolivia fijamos con la familia la fecha de la boda y nos decidimos por el 12 de abril de 1952. Con el tiempo suficiente viaje por primera vez en avión de Londres a Nueva York y estando allí me entere que en las calles de La Paz corría bala y habían muertos, ante una insurrección encabezada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario. La situación era muy confusa a la distancia y mientras unas noticias decían que el levantamiento popular había fracasado, otras afirmaban lo contrario. Recurrí a algunos compatriotas amigos en Nueva York para enterarme de noticias más claras y lo cierto es que nadie sabía nada.

Aborde, de inmediato, un avión hacia Bolivia, esperanzado en poder llegar a mi boda y en Lima se me acabó la esperanza porque la revolución había sido en serio y el tráfico aéreo había quedado suspendido. Ya me entere allí que estaba a cargo de la presidencia el Dr. Hernán Siles Zuazo hasta que retornara de su exilio en Buenos Aires el Dr. Paz. Y me entere también de los momentos que se estaban viviendo en el país, con centenares de muertos, presos, perseguidos, exiliados, y todo lo que produce una catástrofe de esa naturaleza. Por cierto no sabía nada de los míos, ni de mis amigos, pero sobre todo, mi martirio era mi boda, que había sido suspendida nada menos que por la Revolución Nacional.

Yo he sido toda la vida un hombre puntual y hasta soy motivo de comentario de la gente que hace compromiso conmigo. Por lo general a nadie hago esperar ni un minuto y tampoco me gusta que me hagan esperar. Sin embargo, en la cita más importante de mi vida, me atrase 24 horas, nada menos. Llegue al Alto el día 13 de abril de 1952, seguramente que en el primer avión que aterrizaba desde que empezó la lucha. Al bajar hacia la ciudad, me di cuenta de lo que habían sido los combates y me quede sorprendido de ver a las multitudes armadas, encaramadas en camiones y camionetas, cantando eufóricas, y deteniendo el tráfico por cualquier motivo. Uno que otro carabinero se podía ver por ahí, plegado a la muchedumbre, y luego la autoridad estaba en la calle, encima de esos camiones repletos de gente vociferante.

Con el paso de los meses el gobierno movimientista adoptaría medidas extremas que, buenas y malas, son todavía temas debatidos por los políticos y de entero conocimiento del país.

Una de las medidas trascendentales, seguramente la que mas impactó por su significado político, fue la nacionalización de las minas. Con el decreto de nacionalización, se revirtieron al Estado las minas estañíferas de Patiño, Aramayo y Hochschild. Cuando comentábamos con mi abuela Maria lo sucedido, años después, a ella le venían a la memoria los nombres de Patiño y Aramayo, principalmente, y no dejaba de contarme de la primera vez que había oído hablar de ellos en Oruro y de como se fueron convirtiendo en los hombres mas poderosos del país.

"Menos mal que don Simón se ha muerto hace tiempo y que no ha visto todo esto", me decía. "Pensar que el que era tan rico y trabajador ya no tiene nada en Bolivia y que nosotros, que eramos tan chicos a su lado seguimos adelante". "La gota labra la piedra, como dicen, a el lo fueron derrumbando poco a poco". "No te olvides, hijo, si tienes éxito prepárate a que te lo hagan pagar por envidia". "Que cosas tiene la vida", repetía, mirando hacia el pasado.

Nos casamos con Bebe el 19 de abril y luego de una corta luna de miel en Copacabana, salimos volando hacia Londres, vía Miami y Nueva York, porque la situación no estaba para bromas en Bolivia, y además yo era conocido como anti-movimientista, lo que era la pear recomendacion ante los muchachos del Partido y ante el enloquecido entusiasmo de los milicianos. Mientras Bolivia iniciaba un cambio trascendental en su vida política, yo, casualmente, en coincidencia, empezaba también una nueva vida al lado de Bebe.

Como la Revolución, nuestra vida la empezamos pobremente los recién casados, en el pueblito de Rugby, donde tenía rni trabajo-estudio, y donde instalamos nuestro pequeño hogar, en una casita alquilada de un barrio humilde, lleno de estudiantes y trabajadores. Bebe se encontró de golpe frente a un mundo extraño, raro, cosmopolita, como es la Gran Bretaña, donde nuestras primeras amistades eran de Australia, India, Nueva Zelanda, Estados Unidos, Canada, etc.

En Rugby me dedique íntegramente a mi mujer, mi trabajo y mi estudio y de golpe y porrazo nos dimos cuenta con Bebe que ya nada teníamos que hacer allí. En 1953 regresamos a Bolivia, en un barco, el "Reina del Pacífico", que zarpó de Liverpool hacia Arica, un verdadero crucero de un mes, que nos permitió visitar buena parte del Caribe. El barco era de bandera inglesa, y nos llevó por las playas blancas y las aguas turquesas de Cuba y Jamaica. Afortunadamente lo hicimos entonces, porque hoy, con sólo perder 24 horas en un viaje, uno quiere volverse loco.

En agosto de 1953 nació en La Paz nuestra primogenita Cynthia Elizabeth y con su llegada tome el trabajo que me había ofrecido rni padre y me hice cargo de todas las representaciones que tenían que ver con ingeniería en la Macdonald. Me quede en la empresa hasta 1957 en que ya era Gerente Tecnico, pero también habían liegado apresurados los hijos: Tommy en 1955 y Eddie en 1956.

Pasado el vendaval político y pese a que nada tenía que ver con el MNR, un día fui llamado por el entonces Presidente de la Corporacion Boliviana de Fomento, Alfonso Gumucio, un gran patriota, a quien llegue a admirar mucho, quien me pidio que lo colaborara como ingeniero electricista, pero en forma gratuita, como "recompensa" por haber tenido la oportunidad de estudiar en el exterior, es decir, como si el Partido me hubiera pagado algo de mis estudios. En la misma situacion que mi estuvieron Jaime Balcazar y Hernán Dietrich, con quienes hicimos varios proyectos, entre otros, parte de los estudios de las fábricas de leche Pil, el prediseño de la planta Generadora de Electricidad de Cochabamba, y eventualmente trabajos en Corani y en una Planta Eléctrica en Santa Cruz. He ahí a los inspiradores del "servicio civil obligatorio", pero, además, gratuito.

GISBERT, EL REVOLUCIONARIO

En los años que estuve prestando mi "servicio civil obligatorio" en la CBF, conocí a un personaje notable, que me hizo entender bastante al dirigente populachero y decidido, amante de "su" revolución, que se hacía presente en las oficinas, a media fuerza, apestando a alcohol, y que en las noches se preciaba de patear falangistas, "hasta que le dolían los pies".

Ruben Gisbert era algo así como un capataz en esos años de la Corporación. Era la representación del poder revolucionario en la administración pública. Un control para todos quienes trabajaban allí y tenían que hacer sus aportes "voluntarios" al Partido, asistir a las grandes concentraciones "espontaneas" y con frecuencia hacer guardia armada cuando se denunciaba alguna intentona "restauradora" de parte de los "rosqueros".

Cuando lo conocí, Gisbert ya estaba en decadencia, porque su vida libertina lo estaba consumiendo y su poder era cada vez menor, pero, según me comentaban quienes le conocieron, su influencia en los primeros meses que siguieron al triunfo de abril fue inmenso porque de todos quienes mandaban entre los sindicatos y trabajadores públicos, era quien tenía más méritos de lucha, un verdadero héroe en los combates callejeros del 52, donde había recibido varias heridas.

Gisbert era un tipo fornido, con los lobulos frontales muy pronunciados, tenía una ceja cortada y su bigote, espeso, parecía comido por las hormigas, tal su descuido. Vestía un traje con anchas solapas, seguramente que el único, y que parecía prestado porque las mangas le llegaban casi hasta los nudillos de sus manazas que remataban en unas uñas negras.

Cuando estaba lúcido y aparecía afeitado y sonriente, era locuaz y respetuoso, y sin que uno le preguntara nada, él contaba de sus inicios en el Partido, allá por 1942; de las buenas y malas épocas cuando gobernaba Villarreal y del tiempo pasado entre la clandestinidad y las prisiones. No tenía otra charla que esa, que además lo alborotaba.

Supo de malos tratos, de hambre y de frío en el panóptico y en la isla de Coati, en el Lago. Durante ese tiempo su primera mujer vendía chicharrón y picantes en los mercados y con la ganancia exigua, mantenía a cuatro hijos pequeños y le alcanzaba para hacer envíos semanales de conservas, chuño y maíz a su marido, que iban a parar infaliblemente en las barrigas vacías de los gendarmes de Coati. Ruben Gisbert era un hombre que aguantaba los golpes y el frío, pero el hambre era algo que le hacía claudicar. Llegaba a humillarse y a llorar ante sus guardianes por un plato de agua caliente.

Un domingo, cuando la guardia estaba descuidada, recibió de los cocineros un pollo entero, guisado en una cazuela, a cambio de un anillo de oro que aun conservaba escondida entre sus ropas. Como un perro rabioso, gruñendo a la vista de otros miserables reclusos, se zampó el pollo íntegro en diez minutos y tal era su apetito que luego trituró los huesos con sus poderosas mandíbulas caninas hasta dejar la cazuela limpia. En la noche tuvo unos terribles dolores en el torax y el vientre, que lo hicieron revolcarse por el suelo, pero al día siguiente se le caía la baba recordando su gran y mezquino banquete de la víspera.

Pese a que en La Paz no se produjeron hechos importantes cuando sucedió la guerra civil de 1949, los movimientistas prominentes tuvieron que ponerse a buen recaudo bajo el riesgo de prisión o exilio. Ruben Gisbert, conocido ya por matón, no hubiera tenido lugar donde esconderse si no hubiera sido por un compadre suyo que lo llevo, un atardecer que olía a muerto, a la fricasería de la Clotilde. Fue como encerrar un ratón en una alacena. Escondieron a Rubén en el último cuarto del boliche y allí se quedó, de mal humor, sentado en un catre desvencijado, hasta que la Clotilde, con su sonrisa llena de oro, le trajo un gran plato de picante surtido y una botella de cerveza, que lo puso feliz.

Rubén no se encontraba muy dispuesto a aguantar encierros, menos en esas circunstancias, cuando le gustaba la chola y oía ruido de dados, que eran su especialidad.

Ante el espanto de la Clotilde, Gisbert se apareció en la sala donde los parroquianos bebían y jugaban al cacho, y el fresco "asilado" les ganó dinero a todos, además de un fardo de cervezas que las invitó. Para no tener visitas impertinentes, que lo pusieran en riesgo, hizo cerrar las puertas, y se armó una farra fenomenal con la Clotilde de un lado a otro, cocinando, bebiendo y bailando, hasta que la rindió el cansancio.

A las seis de la mañana salieron al frío los borrachos que aun podían andar y a los otros Gisbert los sacó a empujones. Cerró otra vez las puertas, puso las aldabas, y se fue directo al cuarto de la Clotilde, lascivo, con hipo, y con los bolsillos repletos de billetes. Se plantó frente a la puerta abierta de la pequeña habitación azul y entre gritos y risotadas desalojó de allí a las dos ayudantas de cocina que dormían en el suelo, y luego se zambulló entre las cinco mantas calientes de la chola, que lo recibió con golpes y arañños, hasta que se le entregó. Antes de un día el huésped refugiado, se había convertido en el dueño del boliche, y en esa habitación azul, donde el bestial Gisbert haría crujir maderas y golpearía paredes, lo velarían siete años después, muerto de un tiro.

Rubén Gisbert consiguió a su primera mujer utilizando también sus métodos brutales, reñidos con toda galantería. En una fiesta carnalera había bailado y bebido con la joven Tomasa, cocinera en una casa particular, y la convenció para dar una vueltita por la calle oscura, helada y desierta de lo que entonces era El Alto. Sin importarle el viento ni los cinco grados bajo cero, la poseyó de pie contra una pared que apestaba y a los nueve meses exactos nació el primer hijo de ambos, y Gisbert, risueño y bellaco, lo llamó el "Paradito". Con sus posteriores influencias lo haría trabajar de mensajero en un Ministerio y el pobre chico, concebido entre la borrachera y la escarcha, sería luego el sostén más firme de su madre, aunque su padre le quitaría siempre la mitad de su sueldo, dizque para el Partido.

Tomasa le fue fiel, le dio tres hijos más después del "Paradito" y fue estoica al martirio que la sometió el macho en sus noches de lujuria, cuando la echaba a golpes a la calle, con sus críos, y él se instalaba a beber durante horas y a veces días con conocidos del lugar. Si faltaba la cerveza y menudeaba el aguardiente, entonces las juergas acababan en feroces peleas donde Gisbert masacraba a puñetazos, patadas y mordiscos a sus invitados, época en que se hizo de triste fama por su crueldad y traición.

Rubén vivió los últimos años de su vida más cerca de la Clotilde, quien se convirtió en una movirientista de rompe y rasga, que en las jornadas de abril se batió a tiros en las calles de La Paz, al lado de su concubino. El local de cinco mesitas donde se servían picantes, fricase y tragos, fue siempre punta de encuentro y tertulias bullangueras entre sindicalistas y politiqueros de baja manta, y a la vista de todos, en un gancho colgaba a modo de trofeo, una gorra militar agujereada por un balazo.

La Clotilde, más emancipada que Tomasa. No le toleró muchos abusos a Gisbert y habiendo recibido una paliza memorable en un Día de Difuntos, decidió vengarse y esperó acurrucada en la cocina, pese a sus magulladuras, hasta que la fiera ebria se durmió en el cuartito azul. Entonces lo amarró de pies y manos con correas de cuero y con saña le pinchó los testículos con uno de sus topes de plata. El borracho berreó hasta ponerse morado durante el suplicio, y juró mil veces no volverle a tocar ni un pelo ni levantarle la voz en lo que le quedara de vida. En el hospital. Gisbert sufrió lo indecible porque creyó que había quedado impotente, acabado sexualmente, pero le llegó la tranquilidad cuando estuvo a punta de violar a una de las chicas que hacían el aseo y que él la sorprendió en el baño. La presencia de otros enfermos hizo que Gisbert no pasara directamente del hospital a la Carcel.

Una madrugada le tocaron la puerta a la Clotilde y se levantó, sonámbula, como tantas veces, para abrirle la puerta a este hombre que un día llegó de refugiado y que se convirtió en su

amo. Rubén Gisbert estaba apoyado junto a las graditas de piedra, muerto. No tenía ni una gota de sangre en la ropa y sólo tenía vacío el ojo derecho. Un grupo de borrachitos, asustados, estaba al otro lado de la calle. La mujer llamó por su nombre a uno de ellos y este le contó que al "compañero" Gisbert le habían metido una bala de 38 en el ojo, cuando se peleaba por nada y con nadie.

La Clotilde hizo llamar a su rival y la causa de sus celos. Tomasa, y la pobrecita abandonada llegó corriendo con el "Paradito". Las mujeres desvistieron al difunto, le taparon con algodones el agujero del ojo, y le chantaron un viejo saco negro, sin los pantalones, que Gisbert los había quemado en una de sus juergas. Así, en calzoncillos y con saco negro, lo pusieron a Rubén Gisbert en el cajón y pese a haber sido tan mal padre y peor "marido", el "Paradito" y las dos cholas no dejaron de gemir ni un minuto a su lado, y en la noche se emborracharon los tres, con los del sindicato y los "compañeros" que llegaron a dar el pésame.

Cuando me contaron toda esta historia, me interesó, porque reflejaba lo que sucedía en el país, y la personalidad de alguna de nuestra gente.



Flotilla de la empresa en los años 60.

EN ESTADOS UNIDOS

Una mañana, como les pasa a todos, me mire al espejo y me dije: "¿quien soy yo?". Tenía 30 años por entonces y no me podía quejar de lo que había hecho, pero me parecía poco. Creía, además, que gran parte lo debía a la ayuda o al nombre de mi padre, a su influencia, y eso no me satisfacía. Era yo un Gerente de la Macdonald, director de unas cuatro o cinco empresas, entre las que estaban la Algodonera Boliviana con mi entrañable amigo Jose Romero Loza, y la propia VASCAL, donde mi padre y mi tío Alejandro me habían hecho ingresar y donde la experiencia me hizo aprender de qué se trataba el negocio. Era catedrático de Ingeniería Electrónica, por exámen de concurso, en la UMSA y la Escuela de Ingeniería del Ejército. No estaba mal del todo pero, repito, me entró la duda, ¿era yo "Jorge" Lonsdale o era el hijo de "Tommy" Lonsdale? Decidi que no viviría tranquilo si no lo averiguaba, y esto tenía que hacerlo en otro ambiente, sin influencias. Habiéndome educado en Europa, decidi que debía probar en los Estados Unidos, un país sumamente competitivo, donde yo sería uno más.

Hable con Bebe y afortunadamente coincidimos en que yo debería marcharme a Estados Unidos, primero solo hasta poder llevarla a ella y a los niños. Después de consultar en la Embajada Norteamericana, me decidí por un excelente curso para ingenieros, de un año en la Universidad de Purdue, que me daría el "master" en Administración Industrial.

Me fui a Purdue y allí me tuve que rajarse el lomo y rebanarse los sesos, en el primer trimestre sobre todo, porque las exigencias del estudio eran enormes y porque yo había dejado de estudiar varios años. Al cabo de once meses termine el curso de manera plenamente satisfactoria, sali tercero entre ciento cincuenta alumnos y al graduarme ya me estaba entrevistando con una cincuentena de empresas, entre las que muchas tenían relación con mi padre y las eludi diplomáticamente. Dos compañías me interesaron de verdad, una de consultores, Touche Ross, y la National Distillers. Opte por la segunda porque, en el fondo, lo que a mi me interesaba era ser ejecutivo y no consultor. Entre pues a la división Kordite de la National Distillers, donde no conocía a nadie. Eso era lo que deseaba.

Conmigo la empresa contrató a diez "masters" de las mejores universidades americanas desde Harvard a Stanford y a cada uno de ellos los estaban destinando a sus Estados de origen, por la ventaja que esto les daba para empezar a trabajar. A mi, como latino, no muy bien vistos en Estados Unidos, me aconsejaron donde "no " debia ir a trabajar. Y me dijeron que, por ejemplo, en ciudades como Nueva York, Chicago, Miami, Los Angeles, y tantas otras, habían demasiado latinos y eso me crearía una situación más difícil para mi trabajo. No obstante, como yo estaba en un plan de Hernan Cortes, de quemar mis naves, me incline por Nueva York y puse como condicion que me destinaran allí. Llegue a Nueva York en un viejo automóvil que humeaba y que lo habia comprado en 200 dólares, transportando mis pocas pertenencias y lleno de confianza e ilusiones.

A poco de llegar a Nueva York, deje el pequeño hotel donde me alojaba y alquile una casita vacia en Forest Hills, en Queens. A traves de una vecina española a la que acudí en busca de consejo para hacer las instalaciones de luz y teléfono, me entere que en la casa vecina vivía una familia boliviana. Ni corto ni perezoso encarnine mis pasos hacia allí, llame a la puerta y me atendio una simpatica señora con una hermosa sonrisa. Hechas las presentaciones, la señora era Clemencia, esposa de Walter Montenegro, a quienes yo no conocía, aunque ellos si conocían a mis padres. Walter trato, por todos los medios, de disuadirme en mi empeño de radicarme con mi familia en Nueva York. Le parecía sencillamente una locura que dejara Bolivia donde mi situación era buena. "Ustedes sueñan con las calles doradas de Nueva York y no se dan cuenta de lo difícil que es abrirse camino aqui", me decía el nuevo amigo que acababa de conocer y que se condolía de mi decisión. Al final, viendo que toda reflexión era en vano, los Montenegro me ayudaron enormemente, empezando por prestarme platos, ollas y utensilios de cocina. Por mi parte compre

camas y algunos muebles y días después pude traer a Bebe y los chicos, para que ella, poco a poco, hiciera de la casita un hogar acogedor a tono con ese lindo barrio neoyorquino.

Con Bebe hicimos grandes amistades en Nueva York que perduraran por siempre. Desde luego Walter y Clemencia era con quienes estábamos más a menudo, así como con Marcial y Teresita Tamayo, cuando Marcial se desempeñaba como Embajador en las Naciones Unidas. Tuvimos asimismo, una relación amistosa muy grande con Coco y Polita Balcazar, Dick y Martita Uriona, Coco y Miriam Bedoya. Eramos un pequeño grupo de residentes bolivianos, muy amigos, que nos reuníamos en cuanto oportunidad teníamos y sobre todo para pasar los fines de semana juntos. Walter y Marcial fueron mis profesores de la política boliviana caminando los tres por las calles de Forest Hills. Yo a cambio les enseñaba bridge.

VENDEDOR

La familia y los amigos eran las grandes compensaciones que yo tenía en aquellos tiempos de Nueva York. De lunes a viernes mi vida era muy ocupada porque desde temprano, empezaba con mi actividad de vendedor de bolsas de plástico fabricadas por la Kordite de la National Distillers. Durante un tiempo hice los recorridos a pie y luego en mi automóvil, por las rutas que yo mismo me trazaba en las noches, para visitar panaderías, dulcerías, ferreterías y grandes tiendas tipo Woolworth. También en esa época tenía que visitar las lavanderas que habían empezado a utilizar masivamente el plástico de polietileno. Poco a poco me fui convirtiendo en un vendedor porque cualquier cosa me podía faltar menos la tenacidad para convencer y vender mi producto. A veces me pasaba horas hablando y hablando, pero por lo general, terminaba la jornada satisfecho de haber vendido más que el día anterior.

La verdad es que hubieron épocas en las que no descansaba ni en las fechas más importantes. En la Noche Buena de 1959, conducía mi automóvil de vuelta a casa, pensativo y cansado, contemplando las luces y la nieve acumulada en las aceras de Brooklyn, cuando de repente vi una lavandería que no había cerrado todavía. Estacione y me baje resuelto a vender mis plásticos a como diera lugar. En la puerta del negocio había una estrella de David, así que me prepare a enfrentarme con un hueso duro de roer. El propietario estaba solo haciendo numeros en el mostrador y en cuanto entre levantó la cabeza sin atenderme. Cuando comence a hablar, me cortó en seco y me dijo que no tenía tiempo para nada y que me largara. Le dije que mi producto era nuevo y que escuchara y el hebreo no me contestó siquiera. Entonces deje mi rollo de película sobre el mostrador y volvi a mi auto para sacar el soporte metalico. Cuando volví, al minuto, mi rollo de plástico estaba tirado sobre la nieve y el hombrecito calvo empezaba a bajar la cortina de metal. Corrí y lo detuve y me metí dentro de la lavandería, casi arrastrandolo conmigo. El hombre se asustó primero, porque me creyó loco, despues me empezó a recriminar por mi insolencia, luego me dijo que yo no tenía idea de lo que era vender, y finalmente terminó quedándose con todo lo que le ofrecí, aunque debo reconocer que no gane mucho porque el buen hombre me regateó hasta las once de la noche. Cuando llegué a casa, media hora mas tarde, pocos minutos antes de la media noche, encontré a Bebe alarmada y a los chicos inquietos pensando que pasarían la Navidad sin mi. Bebe creyó que me había ocurrido un accidente o que me había ido de farra olvidandome de la fecha, pero le conte la historia y desde luego que me creyó porque no tenía ni cara de accidentado, ni menos de borracho, y si de agotado por haber ganado los dólares mas difíciles de mi vida.

Así me pase los meses, descubriendo lo que tenía que aprender. Una vez me llegó la oportunidad esperada y esa si que no se me escapó. Fue cuando visité una de las grandes panaderías de Nueva Jersey, en Hoboken, donde nació Frank Sinatra. Si no recuerdo mal la panadería se llamaba "Fisher" y si digo que era grande es porque ocupaba unas cuatro manzanas, donde se elaboraba el pan para toda Nueva York, o por lo menos, sin exagerar, para Manhattan.

Por entonces el pan molde, cortado o no, se envolvía en celofán y ya desde hacia tiempo rondaba por mi cabeza la idea de reemplazar el celofán por el plástico.

Con esa idea audaz me vinculé con la panadería "Fisher" y lo primero que hice fue trabar amistad con un simpatico hombre, de origen polaco, que era el jefe de producción, y que se llamaba Viktor. El polaco Viktor, unos veinte años mayor que yo, resultó siendo mi padrino, porque dispuso de su tiempo para escucharme, sacrificó sus momentos de descanso, e incluso hasta un costo económico de la empresa, porque me permitió hacer algunas prácticas para probar diferentes películas de diversos pesos, roces, claridad, etc. Mientras yo estaba totalmente concentrado en mis pruebas, el bueno de Viktor me contaba sobre las atrocidades de la guerra en Europa, el bombardeo de Varsovia, la rendición, la lucha en la clandestinidad, la destrucción del "getto" judío, la muerte de su hermana mas querida, y la vez que se escapó de un pelotón de fusilamiento de la SS. "Los alemanes no nos dejaron nada para comer", me decía este héroe de la

resistencia. "A veces pasaban semanas sin que viera ni probara un trozo de pan mientras la gente moría y ahora pasa por mi vista todo el pan de Nueva York", se lamentaba Viktor.

El resultado de mi paciente trabajo culminó con éxito. Entonces invite a mis jefes de Kordite a ver los experimentos que había hecho en la panadería "Fisher". Francamente el potencial que se abría para el polietileno era inmenso, y luego de un análisis me llamaron a la sede de la fábrica en Rochester. Allí me recibió el Presidente de ese rubro de plásticos de Kordite, quien, después de las palabras de circunstancia a que son tan aficionados los norteamericanos, me propuso que me hiciera cargo del proyecto de sustituir el celofán por el plástico en la envoltura del pan, con el cargo de Gerente de Producto.

A los once meses de haber comenzado mi trabajo con la National Distillers estaba instalado en Rochester, con mi familia, como Gerente de un nuevo sector, y lo anecdótico del caso fue que me convertí en jefe de los nueve jóvenes graduados que habían contratado, de costa a costa, conmigo.

Antes de hacerme cargo de la gerencia del producto en Rochester, tuve que pasar por una prueba de aptitud. Me hicieron viajar de golpe y sin previa aviso desde Nueva York hasta San Antonio en Texas, y allí me recibió el Dr. Phillip Dose, un psicólogo industrial, quien me sometió a toda clase de tests, para conocer mis aptitudes y mis puntos flacos. Después del bombardeo de preguntas, que duró desde las 10 de la mañana hasta las 5 de la tarde, el Dr. Dose me preguntó cuál sería mi aspiración máxima en ese momento, convencido que le diría que deseaba ser un Premio Nobel o el Presidente de la Ford, sin embargo le conteste que mi ambición sería convertirme en director de una orquesta popular. Me miró sorprendido y me dijo: "Señor Lonsdale. le estoy hablando en serio". Y yo le conteste: "Yo también, Doctor". Sucedió que por entonces yo admiraba mucho a los grandes directores populares como Glenn Miller, Tommy Dorsey. etc.

GERENTE

Como uno de los gerentes de Kordite trabajé con tesón y entusiasmo, rodeado de profesionales estupendos con quienes se podía hacer una gran labor. Mi iniciativa con el polietileno aplicado a las envolturas de pan, nos había dado, en los primeros seis meses, una ganancia de dos millones de dolares, lo que me hizo, dentro del ambiente gerencial, un pequeño héroe en mercadeo, y desde luego que muy considerado entre mis colegas y mis jefes,

Pero estaba visto que mi destino en mis años de juventud eran el cambio y los viajes y por lo tanto no me extrañe cuando me invitaron a trasladarme a Londres, como Gerente de Mercadeo, a una nueva empresa que fue la Shorko, que no era otra cosa que una sociedad entre la famosa compañía petrolera Shell y Kordite, aprovechando el "know-how" que tenía Kordite en cuanto al polietileno y sus distintos usos, Así pues, a los pocos días me encontraba yo en Londres, esperando a Bebe y los niños que venían en el trasatlántico "United States", disfrutando de una travesía maravillosa, donde Cynthia, Tommy y Eddie, tenían quienes los cuidaran a bordo y a mi esposa la engreían invitándola a la mesa del capitán.

Nos instalamos en una muy buena casa en el bello barrio de Wimbledon, al sudoeste de Londres, donde se llevan a cabo los publicitados campeonatos de tenis. Mi vida de hogar, empero, solo se reducía a los fines de semana, ya que entre el lunes y el viernes estaba en el continente, en París como en Estambul, metido de lleno en el trabajo y sin tiempo para otra cosa que no fuera crear empresas.

Trabajé en la planificación y organización de doce fábricas de películas de plástico, puestas en Londres, París, Bruselas, Amsterdam, Dusseldorf, Milán, y en lugares de Grecia, Turquía y Egipto. Además tuve algo que ver con las plantas instaladas en India, Japón, Taiwan, Australia y Nueva Zelanda.

¿Como me las arreglaba para hacer tantas cosas y en tan diversos países? Pues partiendo de Londres todos los lunes, luego de las reuniones de comité, donde se informaba lo realizado la semana pasada y lo por realizar en la presente, y corriendo directo al aeropuerto, dando las últimas instrucciones -mi asistente por entonces era Alain Woodley- y embarcándome hacia donde tuviera que ir. Allí me estaba esperando otro asistente que, sin perder tiempo, me llevaba a la planta o a negociar con quien hubiera que negociar. La actividad era interesante y creativa y lo cierto es que en esos años yo no conocía la palabra descanso.

Comiendo de lunes a viernes, en buenos y malos restaurantes de toda Europa, aprendí lo que era la cocina europea, y con la compañía de buenos gourmets, me convertí, por costumbre, en uno más de ellos, y tal vez en el más exigente, porque mi compensación estando fuera de casa era, por lo menos, comer y beber bien.

Desde niño disfrutaba con la comida, ya fuera con nuestro alimento diario, hecho por las esmeradas manos de las viejas cocineras de la casa, con un toque de mi madre o de mi abuela, o de los deliciosos manjares en los días importantes, cuando todas las mujeres se pasaban en vigilia junto al horno y al fuego.

En Europa, convertido en asiduo visitante de lugares caros, no dejaba de extrañar los platos nacionales. Prepararlos en Londres no era nada fácil para Bebe, sencillamente porque no se conseguían los productos, ni mucho menos los aderezos. ¡Cuanto ansiaba comer alguna vez unas humintas, o un pastel de choclo o una lagua o un soltero! Sin embargo, el maíz en Europa, que no es tierno como el nuestro, era solo alimento para bestias. Poco más o menos sucedía con los menudos, que tampoco se los podía comer con mucha frecuencia en los países por donde yo pasaba vertiginosamente haciendo mis trabajos. Ni el ají de panza, ni el guiso de lengua, ni el fricase de cerdo, ni menos unas papas a la huancaína, eran posible concebir por esos mundos, aunque a uno se le cayera la baba de deseo. Como recordaba entonces la picana navidena

cocinada al vino por mi madre, o una nogada de lengua con la espesa salsa de nueces y arverjitas tiernas, o la infinidad de deliciosos picantes con que celebrábamos los cumpleaños familiares. Y en las vacaciones en Quillacollo, los choclitos tiernos con quesillo y los chupes de maní y papalisa que siempre ponía sobre la larga mesa, en una humeante sopera de loza, la abuela María.

En mis viajes semanales comía en cualquier lugar de Europa donde la empresa tenía actividades. Y comía mariscos, como pastas, arroces o carne de caza, indistintamente. Un día podía ser un lenguado al horno, otro un estofado de perdiz, y el tercero una langosta al vapor. Y por la noche, naturalmente, que otros tantos platos, y tan diversos como un mete con setas, un "borschtsch" ruso o unas angulas de Aguinaga. Cuando me era posible, y algún manjar me agradaba mucho, no tenía inconveniente en pedir la receta, para que Bebe la elaborara en casa y siempre con éxito.

En los años que yo viví en Bolivia, antes de trabajar con National Distillers, muy poca gente bebía vino con las comidas. Por su propia esencia, nuestras viandas se acomodaban más a la cerveza, que refrescaba la picazón tradicional de nuestros sazonados platos. Además, el vino, con picantes, definitivamente no va.

El vino fue otra de mis aficiones de sibarita que disfrute en mi estancia europea. Bebía tintos franceses y españoles o blancos alemanes o italianos o de Portugal o Hungría. Y bebí desde los "chateau" corrientes, hasta los inmejorables Laffite, Margaux o La Tour. Lejos de casa esas eran mis mayores satisfacciones.

Cuando había alguna vacación o algún viaje que no fuera exclusivamente de trabajo, aprovechaba de hacerlo con Bebe y como era costado por la empresa, siendo ambos bastante jóvenes, frecuentábamos los hoteles más caros en París, Roma o Ginebra y los restaurantes más afamados por su buena cocina y sus precios. Lo mismo hacíamos cuando podíamos viajar con los niños, para que conocieran de todo, y para que, fuera de los estudios y las buenas maneras de la casa, aprendieran algo de lo que era el exigente mundo exterior.

Mi rutina, entonces, era por ejemplo, llegar a París en la mañana, trabajar hasta la tarde, tomar el tren hacia Bruselas y dormir en un camarote. Trabajar desde temprano en la mañana, para salir otra vez, en tren o avión, hacia cualquier otro lugar donde pasaría la noche, esperando el viernes en que retornaría a Londres, para llegar al hogar y disfrutar de 48 horas que pasaban como un suspiro, hasta el directorio del lunes y la partida al aeropuerto. Los doce pasaportes que agoté en cuatro años atestiguan esa etapa vertiginosa de mi vida que además de hombre de empresa me hizo universal y mundano.

Al ritmo que trabajábamos, en un momento dado controlaba unos doce almacenes en Europa, hacia los cuales importaba productos plásticos desde los Estados Unidos para venderlos en distintos países y para seguir abriendo mercados. Hice una verdadera reestructuración en las comunicaciones de nuestras oficinas en Europa y la matriz de Nueva York, utilizando al mismo tiempo la computadora, el telex y el teléfono, para tener una información al día en cuanto a precios, volúmenes y embarques, que al comienzo, por la lentitud en las comunicaciones, nos causaba serios problemas. Ese fue otro logro del que me siento satisfecho y que lo reconocieron ampliamente mis superiores. Sin muchos aspavientos, constituimos, posiblemente, la primera conexión transatlántica con una computadora.

Fue en esos años de vértigo cuando conocí al Dr. Víctor Paz Estenssoro, entonces Embajador ante la Gran Bretaña, hombre de gran inteligencia, de mucho sentido común, y un líder nato que había conducido una Revolución que, con errores y aciertos, se ha inscrito entre los hechos más sobresalientes latinoamericanos en lo que va del siglo. Con el Dr. Paz a quien admiro y respeto y con su esposa, hicimos una verdadera amistad que la conservamos hasta el día de hoy.

Con ellos, como con los Calvo, los Bishop, los San Martín, Bosacoma etc., cada vez que podíamos, nos reuníamos en mi casa de Wimbledon para probar algunos platos nacionales, que los disfrutábamos plenamente, pero aquella era una rareza y lo corriente era que compartieramos durante nuestras amables tertulias, carnes rojas de buey, ternera o carnero, que era lo típicamente inglés.

En esos felices días de amistad, trabajo y amor, nacieron en Wimbledon nuestras "girlies". Vivían y María, las "guaguas" de la familia, que nos alegraron la vida y que nos hicieron notar que los años estaban pasando de prisa.

Durante mi estadía en Londres, tenía que viajar a Estados Unidos por lo menos una vez al mes, para informar, personalmente, de todas mis actividades y futuros planes y recibir el consentimiento de mis jefes. Es natural que entre tanto viaje por avión, día tras día, alguna vez me tendría que pegar un susto en el aire. Aconteció, precisamente, en uno de mis viajes a Nueva York. Partimos de Londres con un amigo colega de la Shell, en un avión mas bien vacío, lo que nos permitió tendernos a nuestras anchas ocupando los tres asientos, pues íbamos en clase turista. Me acomode con una almohada y una manta para dormir unas cinco o seis horas, pero no pasaría una hora cuando mi amigo Bryan, que estaba acostado delante mío, me despertó y me dijo: "Jorge, ¿Por que seguimos volando sobre Irlanda?". Le respondi que Irlanda ya estaba lejos, que no podía ser cierto. Bryan me dijo: "Bueno, pero seguimos volando sobre tierra". Me aproximé a la ventanilla y vi que efectivamente estábamos volando no sólo sobre tierra, sino sobre Londres mismo. Llame a la azafata y le pregunte que pasaba y ella me pidió que guardara silencio pero que el tren de aterrizaje estaba con problemas, que se había atascado, y que la tripulación no sabía si íbamos a echar un "panzazo" en Londres o si seguiríamos hasta Nueva York para ver si durante el vuelo se



Jorge Lonsdale, su esposa y su suegra, ingresando al Palacio de Bunkinham, Londres, julio de 1962.

bajaba el tren de aterrizaje manualmente. Yo me quede seco y Bryan cambió de color y se puso verde azulado, como una pintura de Gauguin. A los pocos minutos anunciaron por los altavoces que la nave estaba con problemas técnicos en el tren de aterrizaje y que habían dos alternativas: arrojar todo el combustible al mar y hacer un aterrizaje forzoso en Londres o seguir hasta Nueva York esperando que en la travesía se pudiera bajar el tren en forma manual. Se había decidido por la segunda opción y henos ahí a todos asustados con la tragedia de tener por delante todavía seis horas de sufrimiento sin saber que suerte íbamos a correr. Sinceramente, pese al susto, yo me dormí durante el vuelo, pero en momentos escuchaba a Bryan, que era católico, que no cesaba de rezar. Cuando volábamos sobre Boston, nos prepararon para la emergencia, y sudando frío todos los pasajeros empezamos a despojarnos de cualquier objeto punzante que lleváramos encima, sacarnos el paletó, quitarnos los zapatos y nos explicaron en que posición debíamos ponernos cuando pegáramos el panzazo en el aeropuerto Kennedy. Cuando vi las luces de Nueva York me persigne y confié en la pericia de los pilotos y el auxilio inmediato, que estaban de nuestro lado, lo que nos daba un buen margen de salir vivos. Bryan seguía con el rostra azulado y me miraba con cara de cordero degollado, como si no hubieran esperanzas. Yo lo trate de animar, palmeándolo, pero vi que era en vano y que más bien debía preocuparme de mí. Cuando empecé el descenso metí la cabeza entre mis piernas esperando el impacto y me quede así durante uno, dos o cinco minutos, que parecieron horas, hasta que sentí el remezón terrible, que casi me arranca del asiento, oí los gritos de la gente y el infernal ruido de la estructura del avión en contacto con la pista. Oía a quemado y a gasolina. Levante la cabeza y me cubrí con el brazo esperando el choque final y pude ver las chispas y el fuego que salían de debajo de la nave y como corrían al lado nuestro los carros bomberos echando espuma anti-fuego. Me quedé esperando el porrazo que no llegó y el avión se fue deteniendo hasta quedar quieto. En segundos se abrieron las puertas de emergencia y nos lanzamos velozmente por los resbaladores inflados y de ahí nos sacaron sin tocar tierra hasta la terminal.

Allí lo primero que hice fue echarme al garguero un whisky doble, mientras mi amigo Bryan recuperaba su color también apurándole al "scotch" de una manera tal que al poco rato quedo ebrio. Nos habíamos salvado de algo grave, pero pense que era la cuota de gusto que debía pagar ya que no hacía otra cosa que treparme a los aviones casi a diario.

En otra oportunidad, estando trabajando en una planta de fertilizantes en el centro de Turquía, me encontré por esas casualidades de la vida, con un viejo amigo de la universidad de Purdue, que era el Gerente General. Cuando acabamos nuestra labor nos disponíamos a partir hacia el aeropuerto para tomar mi avión a Estambul, cuando se precipitó sobre la ciudad un verdadero diluvio que inundó la pista, las calles y hasta las casas. No me quedó más remedio que salir de ahí conducido en un jeep por el experto chofer del gerente, por una carretera donde el agua tapaba casi toda la rueda y la única forma de guiarnos era mirando los postes de telégrafo que estaban a los costados. Durante dos horas que duro la travesía mirábamos como, casi al lado nuestro, se hundían los ómnibuses y los camiones que querían hacer lo mismo que nosotros. Daba pena ver a la gente sin ningún socorro, a la buena de Dios, esperando que bajen las aguas para que los pudieran rescatar. Finalmente nosotros llegamos a un pueblecito que estaba en altura y donde no había llegado el agua. Dejé el jeep y me encaramé en un colectivo, idéntico a los nuestros, con mujeres de pueblo vestidas de colores que semejaban polleras paceñas y cochabambinas, canastos con frutas y verduras, patos, pollos y olores diversos. Viajé como si fuera mudo, sin abrir la boca para nada, porque no deseaba, de ningún modo, que me descubrieran como extranjero, por las casas que habíamos oído decir del comportamiento de ciertos turcos con los occidentales. Llegado a Estambul, cada uno partió por su lado y yo paré un taxi para que me llevara al hotel. El taxista me miró con un desden absoluto, por la mugre que traía encima, y se ría a carcajadas cuando le dije que me llevara al Hilton, hasta que tuve que mostrarle un billete grande para que dejara de hablar disparates incomprensibles para mí y me llevara al hotel. Cuando quise entrar al Hilton me detuvieron en la puerta y me negaron el ingreso, solo por un rato, hasta que un conserje me reconoció. Volé por el lobby hasta el ascensor oliendo a diablo y llegué medio muerto a mi habitación, donde me di el baño de tina más largo y feliz que recuerdo haber tomado en mi vida. Estaba con los turcos hasta la Coronilla.

Con mucha mejor suerte me toco visitar Egipto. Instalamos una planta para hacer sacos de plasticos gruesos, que permitieran envasar los fertilizantes de la campiña egipcia y resolverles el serio problema que se les planteaba por la humedad del ambiente. El proyecto marchó estupendamente bien y trabajamos a gusto, pese a los 40 grados de temperatura diarios, y a cierta falta de comunicacion que teníamos con los técnicos medios y sobre todo con los trabajadores egipcios. Tan bien nos fue en nuestro trabajo para mejorar las milenarias tierras junto al Nilo, que el entonces Presidente Nasser, en persona, me felicitó y me entrego una condecoración por la dedicación y el empeño que pusimos en esta obra que era vital para su producción agrícola. Las veces que estuve en El Cairo, asociaba el bullicio y la forma de sus mercados con los nuestros y lo cierto es que por donde iba de viaje, siempre había algo que me hacía recordar a Bolivia, a sus cosas buenas y a sus cosas malas.

A propósito de personalidades que tuve la suerte de conocer a lo largo de mis correrías por Europa, tal vez la que mas me impactó, como a Bebe también, fue Su Santidad Juan XXIII, quien nos recibió en audiencia privada. Nos dió la impresión de estar conversando con alguien a quien ya habíamos conocido antes, de estar frente a un abuelo cariñoso. Bebe, que estaba esperando a nuestra hija Maria, se emocionó hasta las lagrimas, como me emocioné yo también. Creo que el Papa Juan ha sido la personalidad más impresionante que he conocido en mi vida y eso que he tenido oportunidad de conocer y hasta conversar, aunque fuera por minutos, con grandes hombres del siglo, como Churchill. Kennedy. De Gaulle. McMillan. Nixon. etc.

Otras personalidades interesantes que pudimos conocer por entonces fueron a la Reina Isabel y al Principe Felipe. Los vimos, al paso, en los llamados Garden Party, que son unas grandes reuniones en los Jardines del Palacio de Buckingham y al que fuimos invitados a través de nuestra Embajada en Londres. Indudablemente que la Reina nos pareció una mujer de extraordinaria personalidad y carisma.

Entre tanto, con el paso de los años y el descubrimiento de nuevos productos y nuevos usos a medida que iba creciendo nuestra empresa, me nombraron Vicepresidente de Shorko, representado a National Distillers, y con eso me convertí en el máximo representante de la compañía en Europa. Me imaginé, a ese paso, que no sería mucho el tiempo que me quedaba por vivir en Londres despues de cuatro años consecutivos.

Fue así que un día de esos llegó a Londres mi Jefe de Nueva York. Jack Bierwirth, a quien invite a cenar a casa. Cuando estábamos tomando el aperitivo me pidió que regresara a los Estados Unidos, con el propósito de instalar una nueva fábrica en Connecticut, con la última tecnología que habíamos logrado desarrollar en Europa. Se esperaba, con eso, ganar a la competencia americana. El reto era grande, y aunque Bebe y yo estabamos felices en Europa, acepté la idea.

DE VUELTA EN USA

Como he dicho, yo tenía, en cada lugar donde trabajaba, un asistente, empleado de la Shell, que la empresa lo ponía como mi secretario, cuidando que fuera competente y que pudiera asimilar toda la información posible del "americano". Fue así, que a lo largo de tanto tiempo, llegue a tener una docena de asistentes de diferentes nacionalidades, todos ellos excelentes personas. Cuando me disponía a dejar Londres, mis doce asistentes me hicieron una hermosa despedida, donde no faltaba nadie, y mi sorpresa y agrado fueron enormes en el momento que pasamos a cenar y me encontré con una gran mesa redonda, en la que estaban las banderas de los países más industrializados del mundo, países a los que pertenecían mis asistentes y donde yo había trabajado, y en el centro la bandera boliviana. Fue una velada inolvidable en la que me parecía, recordando los tiempos de universidad, las despedidas que les hacíamos a los profesores más queridos.

Regresamos a Estados Unidos para radicarnos en Trumbol, Connecticut, donde luego de unos 8 meses de trabajo, instalamos la planta de Bridgeport, grande y moderna, con todos los adelantos técnicos de entonces, complementados con los conocimientos que año tras año había acumulado yo en Europa.

Apenas concluido aquello, mis jefes me cambiaron de destino, y volví nuevamente a mi familiar Nueva York, donde llegué con mi crecida prole, muy distantes ya esos años en que caí un aerolito, solo, sin saber como me iría, y cuando mi amigo Walter Montenegro me dijo, poco menos, que tenía los cables pelados. Me destinaron a la oficina central en el rascacielo de la 99 Park Av., en el Departamento Internacional, directamente bajo las órdenes de Jack Bierwirth. Estuve primero a cargo de Europa, para aprovechar mi reciente experiencia allí, luego pasé a atender los asuntos en Asia, Africa y eventualmente America Latina.

Yo, para variar, viajaba una vez por mes a Mexico, negociando con Petroleos Mexicanos (PEMEX), la instalación de plantas petro-químicas para la producción de polietileno de baja y alta densidad, y en algunos casos del P.V.C. Habíamos logrado desarrollar un polipropileno cruzado muy importante que era codiciado en el resto del mundo y que teníamos urgencia de venderlo.

También estuve en Nicaragua, negociando la posibilidad de instalar una planta petroquímica, oportunidad en la que me tocó estar con Somoza, manteniendo frecuentes conversaciones sobre el tema, y de quien incluso fui huésped en más de una oportunidad. Viajé mucho por America Latina, entonces, y negociamos la instalación de plantas en el Brasil, Argentina y Perú. Desgraciadamente en Bolivia no se podía ni hablar sobre el tema por su minúsculo mercado, que aun poniendo la planta más pequeña, hubiera resultado totalmente antieconómica. Por entonces yo tenía uno de los jets de la compañía prácticamente a mi exclusivo servicio, y nuevamente estaba pasando gran parte de mi vida en el aire, donde trabajaba o descansaba como si estuviera en casa. Total que mi traslado a Estados Unidos no era tan cierto, porque mi vida la pasaba entre aeropuertos, hoteles y oficinas, fuera del país. Añoraba la vida de hogar, pero sabía que un poco más de esfuerzo bien valía la pena, y con esa mentalidad aceptaba todos los retos.

Y los retos no faltaban todos los días, hasta el punto en que a veces eran francamente anecdóticos. Trabajando ya en la oficina central en Nueva York, acababa de ver mi agenda para la jornada, cuando mi secretaria me dice que me llamaba con urgencia mi jefe Jack Bierwirth. Subí rápidamente al despacho de Jack y él me dijo si yo estaba al tanto del propósito de venta de "know how", para un proyecto petroquímico destinado a la Mitsubishi del Japón. "Algo he oído sobre el tema, pero nada tengo que ver con eso porque estoy ocupado de America Latina", le respondí, desconfiado. Se rasca la cabeza, mira por la ventana, y sin darse la vuelta siquiera me dijo: "Nuestro encargado en Asia está enfermo y este negocio no lo podemos perder. Te ruego que Viajes a Tokio". Alegué todo lo que uno puede alegar en un caso así: que no era mi sector, que

desconocía el medio, que no sabía de los detalles, que tal vez si me pusiera a estudiar lo que se tenía avanzado, etc.

Jack Bierwirth me estaba haciendo la consulta solo por cortesía, porque ya tenía decidido mi viaje para ese momento. Me dijo que el negocio era de por lo menos un par de millones de dolares y que a media día salía un avión a Tokio que debería tomarlo. Había dispuesto mis pasajes, viaticos y hasta me anunció que Bebe tendría mi equipaje listo en el aeropuerto Kennedy. Me entrego un archivo de unas 200 páginas y me dijo, socarronamente, que tendría un vuelo de 14 horas para leer todo de arriba a abajo y que en el aeropuerto de Tokio me esperaría Joe Maclasky que me acompañaría a las reuniones.

Dicho eso me dio unas palmadas en el hombro, me deseo suerte y yo baje, todavía incrédulo, a mi oficina, donde mi secretaria me entrego mi pasaporte con la visa japonesa. De nuestro edificio, de Park Avenue, caminé un par de cuadras hasta la Pan American, entonces en Plena Manhattan, y subi hasta el helipuerto, donde me acomodé en el helicóptero que me llevó directo al Kennedy.

Con una parada en Alaska, seguimos hasta Tokio, mientras yo me aprendía el mamotreto de la negociacion con los japoneses de la Mitsubischi. En el aeropuerto de Tokio me esperaba Joe, quien me acompañó hasta el Hilton, donde me tendí en mi gran cama y dormi unas cuantas horas hasta el momento de la reunión. Asi hacían las cosas los americanos y asi las hacían los de la National Distillers y por lo tanto no había más remedio que ponerse en onda.

Desayune con Joe y recibí de el las últimas ideas sobre la negociación que íbamos a emprender y con eso me quede perfectamente tranquilo y confiado. Llegamos a Mitsubishi y nos introdujeron a un gran salón, en torno a una enorme mesa para directorio, donde uno a uno, por orden de precedencia, de menor rango a mayor, se presentaban los participantes en la reunión, entregandonos sus tarjetas y recibiendo, al mismo tiempo, las nuestras. Luego de que hubieron ingresado nueve a diez personas, apareció el jefe de todos, el Vicepresidente de la empresa, con quien hice la última y más ceremoniosa venia y el intercambio de tarjetas.

Cuando nos estábamos sentando, el japonés levanto la mirada sobre sus lentes, me observó fijamente, y me dijo: "¿Jorge, el boliviano?". Yo me quede perplejo y le conteste afirmativamente. "Me llamo Buei Okumura y estudiamos juntos en Loughborough", hablo sonriente. Entonces si que me acorde de él, que estaba dos años inferior a mi, que era el primer japonés que llegaba a nuestra universidad después de la guerra, que lo había pasado bastante mal con sus compañeros, y que yo lo ayude personalmente cuando fue necesario desde mi situación de Presidente del Club Internacional de la Universidad.

Dicho esto y luego de un apretón de manos, Buei Okumura, que apenas se había sentado, se puso de pie y dijo no sé que cosas en japonés y todos los asistentes a la reunión se lavantaron, hicieron una venia, y se retiraron ordenadamente, tal como habían entrado.

Buei, con toda sencillez, me dijo que le encantaría recordar los años de Inglaterra y que, como era viernes, me invitaba a su casa a pasar el fin de semana. Yo estaba a punto de eludir la invitación, de disculparme ante mi antiguo condiscipulo, cuando senti el pie de Joe por debajo de la mesa y unas muecas que me hacia con la cara como si estuviera jugando truco. Acepte y sin mas trámites Buei se dirigió a Joe y le dijo que nos disculpara pero que la reunión quedaba postergada hasta el lunes. "Deme usted el placer de estar con mi amigo Jorge", le dijo.

Durante ese fin de semana con Okumura pude compenetrarme de la magnífica forma de vivir que tienen los japoneses y desde luego que, si ya los admiraba antes, los admiré mucho más todavía. Luego del trabajo agobiante del día el japonés sabe descansar en el hogar y disfruta mesuradamente, con una gran filosofía, de sus momentos libres.

Okumura me llevó por unos bellisimos barrios de Tokio, hasta que llegamos a su residencia, construida con todas las características del gusto Japonés. Al ingreso al hall tuve que quitarme los zapatos, imitando lo que hacía mi anfitrión, y ponerme unas pantuflas muy suaves con las que había que caminar por toda la casa, como sobre nubes. Entramos a mi habitación y fuera de un ropero me pareció vacía, porque mi lecho era una especie de esterilla que estaba tendida en el suelo. "Mira, eso me va a matar", le dije a Buei. El me contestó: "Jamás dormirás mejor en toda tu vida". Y tuvo toda la razón. Cuando quise abrir mi maleta que ya la habían recogido del hotel, encontré que estaba vacía y que, en el ropero, estaba todo delicadamente puesto y colgado. Había también allí lo que yo iba a necesitar para vivir a lo japonés en ese exótico y maravilloso fin de semana.

Lo primero que me puse fue un traje de baño, un poco curioso en cuanto a modelo, y así me fui a una especie de piscina interior, de unos 4 por 2 metros, donde, en el agua tibia y fraganciosa, me esperaba Okumura con su esposa y sus hijos. Supe después que, en familia, es costumbre bañarse desnudos. Recordaba Buei que a mí me gustaba el Martini y por tanto me preguntó que ingredientes necesitaba para hacer el mejor Martini. En pocos minutos teníamos a mano el gin Tanquery, el vermuth Italiano Noily Prat, y fue cuestión de mezclar las bebidas con arte para que estuvieramos recordando los tiempos de Loughborough y paladeando el mejor de los tragos.

Después de varios martinis, almorzamos en el calorcillo de ese baño, disfrutando de las delicias de la comida nipona y luego nos retiramos a nuestras habitaciones a descansar un momento. Terminada la siesta volvimos al agua tibia, con nuevas esencias, y recién nos pusimos a hablar de negocios, en la manera más clara y directa que lo había hecho en toda mi vida.

"¿Por que crees que deberíamos comprar esa tecnología de ustedes?", me preguntó.

"Porque somos los mejores y muy pronto vas a tener la competencia de Dow y de Monsanto", le respondí. Le explique que si aprovechaba nuestra oferta se adelantaría a su competencia en japon con una tecnología de primera calidad, imposible de igualar en ese momento.

Si no recuerdo mal, cerramos un negocio por dos millones y medio de dólares, donde nos comprometíamos a darle a la Mitsubishi información inmediata, además de enviar personal altamente capacitado que les permitiera a los japoneses arrancar en el curso de pocos meses con su planta de polipropileno. Era una transacción muy conveniente para ambas partes.

Quise hablar por telefono con Nueva York para informarle a Jack de la culminación de las gestiones y Okumura, con sabiduría y sorna me dijo que no hiciera tal cosa, que mis superiores esperaban que la negociación durara siquiera unos diez días y que, por tanto, me podía quedar el fin de semana en Tokio, en su casa, disfrutando de un merecido descanso.

El sábado y domingo nos fuimos a jugar golf, tenis, bridge, y la última noche alquiló un smoking y me llevó a su club, donde me observaban como a una rareza. Había una orquesta que tocaba tangos y el extraño "boliviano" que era yo, me convertí en un pequeño héroe haciendo unos pasos arrabaleros con las japonesitas que apenas me seguían pero que se esmeraron mucho. Fueron un par de días extraordinarios que me permitieron conocer las maravillas del Japón y de su gente.

El lunes le conte todo a Joe Maclasky, quien no podía creer que el asunto se hubiera despachado tan rápidamente. Hable por teléfono con mi jefe Jack, que se puso feliz, y le dije que todos los detalles se los daría al día siguiente en Nueva York. No pudo ser así, porque Jack me pidió que volara de Tokio a Copenhagen, donde estaría él para mantener una reunión conmigo. Ese lunes, en la tarde, estaba volando por sobre el polo norte hacia Europa, dejando atrás las islas y los mares de Oriente.

Fue, mas o menos, en agosto o septiembre de 1967, que el "chairman" de la National Distillers, Mr. John Bierwirth, padre de mi jefe directo, Jack, me dió la noticia de que la empresa había decidido ascenderme a Vicepresidente Ejecutivo de la misma. Me llamó una mañana y luego de referirse a mi trayectoria de los 10 o más años que estaba en National Distillers, me dijo que su decision era que yo me convirtiera en Vicepresidente Ejecutivo y que vería la posibilidad de hacerme también participar del Directorio, como Director Suplente. Me quede atónito, sin saber que responder. Luego de unos segundos en que mi vida paso por mi cabeza con imágenes vertiginosas, le conteste: "Le agradezco enormemente señor, pero quiero decirle que renuncio a mi cargo a partir de hoy". El que se quedó frío fue Mr. Bierwirth, quien me respondió: "Tu no me has entendido Jorge, te estoy ascendiendo". Tuve que decirle que si le había entendido, pero que yo, con ese ofrecimiento de ascenso, a lo más alto que podía llegar, había cumplido con mis metas y anhelos en los Estados Unidos y que había tomado la decision de regresar a Bolivia. De nada sirvieron las reflexiones de Mr. Bierwirth y de Jack, porque yo acababa de echar los dados sobre el tapete, convencido de que era un hombre totalmente realizado, que había cumplido con mi cometido, y que ahora me restaba contribuir con mi grano de arena al desarrollo de mi país.

A fin de cuentas yo me había convertido en un ejecutivo internacional, mencionado al lado de los más destacados hombres de los EE. UU. en el "Who is Who in the East", además de figurar en varios registros de empresarios mundiales. Había sido invitado por el Presidente Nixon a formar parte de un grupo de jóvenes empresarios para trabajar con el gobierno americano, lo que rechace por mi propia condicion de ciudadano boliviano. La meta estaba cumplida, no había nada más que hacer. Le comuniqué a Bebe de mi conversación con los Bierwirth y de mi respuesta y ella inmensamente feliz, se dispuso a embalar la casa para regresar definitivamente a Bolivia, luego de tantos años de ausencias y añoranzas.

Cuando le comuniqué mi decisión a mi amigo Julio Sanjines, entonces nuestro Embajador en Washington, se quedó tan sorprendido que pensó que yo me había vuelto loco. Trató de hacerme razonar para que me quedara, como muchos años atrás, otro buen amigo, Walter Montenegro, me había reflexionado para que regresara a Bolivia. ¡Cosas de la vida! Mi amistad con Julio Sanjines se ha prolongado en el tiempo y viene desde nuestros padres, cuando en el Chaco, mi padre sirvió bajo las órdenes del suyo.

EN BOLIVIA NUEVAMENTE

Cuando regresamos a Bolivia, después de una ausencia tan prolongada, nos encontramos con un país bastante cambiado, con posibilidades para trabajar, pero siempre al son de la política y de sus caudillos. Hacia tiempo que había sido derrocado el Dr. Victor paz Estenssoro. Nuestro amigo y embajador en Londres, y el hombre que hablaba más fuerte, por no decir el único, era el General Rene Barrientos Ortuño.

Barrientos, siendo un alto miembro del MNR pese a su condición de militar, y habiendo sido designado Vicepresidente de la Republica, junto a Paz Estenssoro, en las elecciones generales de 1964, se levantó en armas y lo hizo caer. El pretexto era que el Dr. Paz había hecho modificar la Constitución para permitir que lo reeligieran por otro periodo de cuatro años.

La cierto, empero, es que la gente ya estaba cansada con el prolongado gobierno del MNR y como era poco menos que imposible relevar esa administración a través del voto, que estaba controlado y dirigido por el gobierno, no se vio tan mal que un locuaz y arrojado milita, como era Barrientos, se hiciera cargo de la Presidencia.

El General Barrientos había subido al poder a punta de agallas y de ambición. Campesino del valle de Cochabamba, por tanto de procedencia humilde, se había abierto campo en la Fuerza Aerea, porque no le tenía miedo a nadie. Ascendió rápidamente en el escalafón hasta ser el general mas joven en el país y durante sus años de servicio fue conocido como trompeador y "macho" con las mujeres. Esas dos cualidades, que en Estados Unidos descalificarían a cualquier candidato al Congreso, eran más que suficiente credencial para que en Bolivia las masas lo veneraran. "Tata" Barrientos, le gritaban los campesinos, cuando el general se echaba una tutuma de chicha al seco y luego pasaba la noche en alguna casucha de por ahí.

Barrientos no sólo que había derrocado al presidente Paz, sino que le ganó de mano al General Ovando, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, y a algunos otros políticos y militares que pensaron que les había llegado la hora del poder con la caída del Dr. Paz. Sin embargo, Barrientos co-gobernó con Ovando durante todo el año 65 y parte del 66 y en ese año fue elegido, en comicios, Presidente Constitucional, acompañado en la Vicepresidencia por el Dr. Luis Adolfo Siles Salinas.

Cuando llegamos a La Paz, con Bebe y mis hijas menores Vivian y Maria -los tres mayores Cynthia, Tommy y Eddie, estaban desde agosto con mis padres-, Barrientos estaba en el apogeo de su popularidad. Además de no tener muchos contendores serios en el campo político ni militar, acababa de dar fin con la aventura guerrillera del "Che" Guevara, que lo había llenado de prestigio, aunque se ganara el odio de la izquierda. Barrientos tomó el caso del "Che" como algo personal, como un pleito propio que tenía que resolver a como diera lugar. Y el general no le dio tregua al guerrillero y sus columnas, persiguiéndolo desde Nancahuazu hasta el Río Grande y las cerranías de Vallegrande, donde las Fuerzas Armadas terminarían con él.

Mientras nos instalábamos y yo empezaba a planificar mi futuro, el comentario en todas partes era sobre la muerte del "Che", la complicidad con la guerrilla del Ministro de Interior de Barrientos, que había entregado el diario del guerrillero a Fidel Castro y el proceso militar que se llevaría a cabo en Camiri contra algunos colaboradores extranjeros de la guerrilla, donde se destacaba el filósofo marxista francés Regis Debray. Ese era el panorama que se vivía en Bolivia en las postrimerías del año 1967.

Yo ya había perdido la costumbre de vivir inmerso en el tráfigo político, que nunca me gustó, ni en el chisme y la copucha diarias sobre tal o cual personalidad de moda. Entendi de todas maneras que no podía ser visto como un gringo más, así que escuchaba todo lo que me contaban, para no desairar a nadie, pero las cosas se me entraban por un oído y se me salían por el otro. Ya

había cumplido mi primera meta, que era contestarme a la pregunta de quien era yo, y ahora quería cumplir la segunda parte, es decir, hacer algo importante en Bolivia, por encima de aquel dicho popular de que "nadie es profeta en su tierra".

Mis jefes de la National Distillers estaban seguros de que, en menos de un año, yo estaría de regreso de Bolivia. Pensaban, no sin razón, que un ejecutivo internacional, no tendría mucho campo en una nación turbulenta y sub-desarrollada, con un mercado raquítico. Por ser extremadamente bondadosos y tolerantes, los de la National Distillers me dieron licencia de un año en la empresa, sin embargo, mi jefe directo, Jack Bierwirth, que me conocía tozudo y de una sola pieza, me pidió que estudiase cualquier alternativa en la que National Distillers pudiera invertir en Bolivia, ya fuera en la división de petro-química, la división de bronce o por último la de licores.

Me puse, de oficio, a analizar cual de los rubros podría ser rentable en nuestro país y empecé descartando la petro-química porque instalar un reactor, por ejemplo, de polietileno de baja densidad, hubiera significado que funcionando solo durante tres días, copaba el mercado nacional de un año. Por entonces ni siquiera se podía pensar en mercados ampliados como los del Pacto Andino, porque eso estaba aun iniciándose. Siguiendo con la búsqueda de algo positivo descarte también los textiles. Porque una fábrica moderna hubiera llevado a la quiebra a todas las que existían aquí en ese momento. El rubro del bronce era caso perdido porque toda la producción de cobre nacional, esencial para el proyecto, no alcanzaba para trabajar durante un mes. Así de grave era pretender instalar un proyecto de regular envergadura, dado el paupérrimo mercado nacional.

Lo único que me pareció relativamente viable fue la división de licores. Jack me envió a uno de sus expertos para que analizara el mercado nacional y de inmediato el técnico se dio cuenta de que los productos que elaborábamos en Bolivia no tenían la calidad suficiente para competir en el exterior, básicamente, por la pobre calidad del alcohol, que era el producido en los ingenios azucareros del oriente y que no cumplían con lo mínimo requerido para la producción de bebidas finas. Sin embargo, luego de un estudio rápido, se vio que era factible instalar una torre, una columna rectificadora, que purificase la calidad del alcohol existente, y en base a ese alcohol mejorado producir bebidas como el whisky, vodka, gin, ron, que se cotizaran bien a nivel internacional. Por la estrechez del mercado interno, estábamos esperanzados que en un tiempo prudencial se suscribiera el muy anunciado Pacto Andino, que nos abriría la puerta a una masiva exportación.

Mientras tanto, en la larga década que estuve ausente, VASCAL había continuado con su lucha por imponer sus productos, teniendo como Presidente, durante todo ese tiempo, a don Jorge Urquidí, y alternándose en el directorio mi padre, mi tío Alejandro Vásquez, Alfred Double, A.B. Casey, John Guissani, Frank S. Lowe. Arturo Ivanovic y Rene Rojas. En esos años nada había sido fácil, no habían faltado conflictos con el gobierno y naturalmente los endémicos problemas laborales. No obstante, durante los sesentas, VASCAL abasteció parcialmente el mercado cruceño, por intermedio de distribuidores independientes, y algo también muy importante, en 1966, se funda en Cochabamba la segunda fábrica de la empresa, lo que fue resultado de un esfuerzo muy grande y de una decisión y un coraje admirables.

En ese mismo año, en febrero, vino a Bolivia el representante de Coca-Cola en Lima. Perú señor Donald Sisler, quien en nombre de The Coca-Cola Export Company, hizo un hermoso homenaje a mi tío Alejandro Vasquez. Le entregó un recuerdo en una gran fiesta que el señor Sisler organizó en el Círculo de la Unión, conmemorando los 25 años de la Coca-Cola en Bolivia. Yo no estuve presente entonces y desde la distancia lo sentí de verdad.

A mi regreso me reconfortó enormemente ver como la industria de las gaseosas, la herencia de la fabriquita familiar de Oruro, estaba viva y con renovada fuerza, luego de tres generaciones que venían desde don Braulio Maldonado, pasando por mi abuela María y perdurando con mi tío Alejandro. No dejaba de ser emocionante todo esto y por entonces yo no sabía todavía que destino me aguardaba en esta larga historia de mis antepasados.

DESTILERIA BOLIVIANA

Fue así que National Distillers diseñó una planta, con equipos netamente americanos, con el propósito de producir un alcohol de excelente calidad, que entonces no existía en el país. La planta fue construida en la Av. Chacaltaya, en La Paz, con el nombre inicial de National Distillers de Bolivia, que luego pasaría a llamarse Destilería Boliviana.

La Sociedad la conformaron la propia matriz norteamericana, Leslie Howson con un 10%, Gasser, de la Bélgica, con otro 10% y varios socios menores que tomaron un 5% de las acciones. Yo volví a convertirme en empleado de National Distillers y como tal, en su representación, era Presidente de la flamante industria instalada en Bolivia.

Como en Nueva York habíamos decidido que formaríamos una campaña moderna, administrada a lo gringo, es decir con la máxima eficiencia, me pidieron que yo me hiciera cargo de organizar un plantel de gerentes idóneos, y me acompañaron, inicialmente, Gonzalo Artieda en la Administración, Chinchoso Muñoz en Finanzas, Carlos Reyes en Mercadeo y Taddy Palenque en Producción. Como mi secretario designé a Lucho Navarro que tenía un trabajo muy similar al de mis asistentes en Europa, es decir mi brazo derecho, el hombre de confianza, que me ayudaba desde a pegar estampillas en los sobres hasta hacer los cálculos de la nueva fábrica, donde los estudios de factibilidad habían quedado bajo mi exclusiva responsabilidad. En base a esos estudios, debidamente analizados en Estados Unidos por diferentes expertos, fue que la National decidió seguir adelante con el proyecto.

El 8 de Septiembre de 1968 se constituyó formalmente la empresa y en el mismo mes se concluyeron las instalaciones que se habían iniciado en diciembre de 1967. La construcción se hizo a ritmo forzado porque no se podía perder tiempo y hube de lamentar tener que prescindir de los servicios de algunos técnicos nacionales y extranjeros que no se podían acomodar al plan de trabajo que nos habíamos trazado, donde la entrega era total. Creo que la suerte para que todo hubiera salido a pedir de boca y en las fechas previstas, se debió a que la abuelita Maria, ya nonagenaria, fue mi madrina que puso la piedra fundamental de las obras y que en esa oportunidad se emocionó muchísimo al ver a su nieto que seguía sus pasos y los de su padre, don Braulio, empeñado en mantener la tradición industrial. Con la abuelita, ese día bebimos champán y la recuerdo vestida impecablemente, como siempre, muy bien peinada, y maquillada con sus infaltables cosméticos Elizabeth Arden, que la ponían bonita como un sol.

A mi buen amigo Taddy Palenque, con quien estuve en Purdue, me lo "robe" de la empresa pública y como Gerente de Producción de la Destilería fue un puntal insustituible en los planes fijados. El me apoyó en la decisión de salir al mercado antes de la Navidad de 1968, para ganar clientela y satisfacer la curiosidad de un público que estaba a la espera de lo que haríamos. El 17 de diciembre se produjo la primera botella con la oposición total del Jefe de Montaje, el señor Whittiker, hombre de pocas pulgas, que llama a Nueva York para protestar y que, asimismo, me obligó a que yo hablara por teléfono con Jack Bierwirth, para proceder a poner en marcha la planta. La cierto, sin duda, es que Whittiker tenía razones valederas para oponerse, ya que yo ordené arrancar, con todos los cables eléctricos que conectaban las oficinas con la torre, a la vista, viéndose a través del patio, lo que era un peligro. Pero mi apuro era muy grande y finalmente el tiempo me dió la razón de ese hecho, que era como el del niño que despierta enloquecido en Navidad para ver que le ha traído el Papa Noel.

El resultado de la experiencia fue notable en lo que se refiere al alcohol y nos deja sorprendidos a todos. Cuando el Ing. Mario Balcazar, que entonces trabajaba con nosotros, nos dió los resultados del análisis, creímos que no podía ser cierto que hubiéramos obtenido un producto de tal pureza. Cuando informamos a Nueva York, la National Distillers envió un equipo de ocho expertos para ver que modificaciones habíamos hecho con la maquinaria industrial, que permitiera un resultado de esa naturaleza. Finalmente, después de muchas pruebas, tanto Mario Balcazar

como los técnicos estadounidenses llegaron a la conclusión de que todo el secreto estaba en la rectificación del alcohol en la altura. El único motivo y la diferencia, con una maquinaria similar trabajando a nivel del mar, era la presión barométrica menor de La Paz, que haría eliminar todas las impurezas, si bien con un desperdicio mayor de alcohol. Sin embargo del costo, fue la alta calidad en nuestra materia prima la que caracterizó a todos nuestros productos, que nacieron con un sello muy auténtico de real competencia.

Una de nuestras metas más caras era producir un buen whisky en Bolivia, pero el "scotch" y no el burbon que era el que producía la National en Estados Unidos. Fue así que la National Distillers nos puso en contacto con Stanley Morrison, proveedor de malta escocesa, y naturalmente que viajé a Escocia para negociar la compra de una malta que fuera parecida, en gusto, a la utilizada por Johnny Walker. El paladar para el "scotch" por esos años en Bolivia, era proclive al Johnny Walker, etiqueta roja, y eso es lo que yo buscaba porque además del mercado boliviano se adaptaba al gusto universal.

Pese a que recurrí a toda mi imaginación para convencer a los escoceses, estos me dijeron que era imposible satisfacer mi deseo, ya que Jhonny Walker tenía su marca y gusto tradicionales que no se los podía transferir a nadie. Finalmente logré que me vendieran una malta que era intermedia entre el Johnny Walker y el Black and White, otro whisky que también tenía gran aceptación en nuestro medio. Regresé de Escocia con el contrato que me aseguraba una malta de primera clase, certificada por los expertos catadores de los húmedos prados escoceses y esa malta de gran calidad fue la que le dió vida a lo que muy pronto sería nuestro "Bellows".

Para la entrega de "Bellows" al mercado, asistieron el entonces Presidente Gral. Alfredo Ovando, muchas personalidades del gobierno y algunos de los ejecutivos de la National de Nueva York, incluyendo, desde luego, a mi jefe Jack Bierwirth. En la oportunidad aprovechamos de hacer una degustación, conformando un panel de expertos y otro de jueces y ni uno solo entre veinte podía diferenciar, con certeza, cual era cual, entre "Bellows" y otras nueve marcas de whiskys conocidos. Sucedió lo que habíamos esperado, ni más ni menos.

Ademas del whisky, fabricamos gin, ron y vodka, que fue y sigue siendo uno de los pilares de la empresa. Fabricamos tambien un pequeño lote de burbon, trayendo el concentrado de la National de Estados Unidos, el Old Grandad. Pese a que la única diferencia era entre el agua boliviana y la norteamericana, algunos "expertos" nacionales se quejaron de la calidad del burbon, lo que no tenía sentido porque el agua nuestra era tratada electrónicamente y si de algo se podía vanagloriar nuestra empresa era, precisamente, de que obteníamos el agua mas pura que era posible, agua sosa, sin sabor de ninguna clase.

Hoy todavía seguimos asociados a la Destilería Serralles de Puerto Rico, a traves del ron Don "Q", otro de nuestros productos ademas de los licores Marie Brizard que los fabricamos eventualmente.

A TODA VELA

Destilena Boliviana fue un modelo de empresa dentro de la industria nacional, porque, desde el comienzo, tome como ejemplo a la matriz norteamericana con todos sus mecanismos de administración y producción con que yo había trabajado no hacía mucho tiempo. Fue así que empezamos constituyendo un Directorio fuerte, con delegación de autoridad y responsabilidad, donde, de acuerdo a ley, no se permitían relaciones cercanas de parentesco. Esa fue una innovación porque hasta entonces los directorios en Bolivia solo habían sido mero formalismo. Se los podía comparar con un sello que se lo estampaba en cualquier sitio. Asimismo, conformamos un cuerpo de ejecutivos profesionales y organizamos comités que de manera rápida y directa trataban asuntos de las diferentes áreas de la fábrica. El Comité Ejecutivo era el más importante porque reunía a los gerentes con la presidencia, para analizar lo que se había hecho la semana anterior y lo que se haría la próxima. Eran reuniones de una hora para asumir decisiones y punto.

Aunque, como hemos visto, la mayoría accionaria de Destilería era norteamericana, yo hice que todo el personal fuera boliviano, con el deseo de dar trabajo a los nuestros y de aprovechar los talentos nacionales que muchas veces son postergados sin miramientos. Por primera vez una empresa en Bolivia tenía, un asesor legal, gerente de relaciones públicas o gerente de producción industrial. En la parte legal, por ejemplo, estaba mi querido y recordado amigo el Dr. Guido Valle, prematuramente desaparecido. En las relaciones públicas, ahora tan importante en todas partes, mi entrañable Walter Montenegro, aquel amigo de mis primeros pasos en la Nueva York desconocida. A cargo de las relaciones industriales un hombre de enorme capacidad, que acababa de regresar de Venezuela, mi noble compañero del colegio, Jorge Díaz.

Personas como mi viejo amigo Jorge Tamayo Ramos, que entonces trabajaba en una empresa cruceña, me pidió autorización, que en realidad no era en absoluto necesaria, para transferir algunas de nuestras prácticas a su industria y así fue que la concepción moderna con la que se desenvolvía la Destilería sirvió para que también otras empresas se pusieran al día y logaran la mayor eficiencia.

A tiempo en que encarabamos con la mayor agresividad nuestra presencia en el mercado nacional, vimos que también teníamos que ocuparnos de las exportaciones y para eso el único camino que se abría era el Acuerdo de Cartagena que recién estaba naciendo. Yo, personalmente asumí la responsabilidad de buscar mercado en el Pacto Andino y para el efecto me incorpore a todas las reuniones que se llevaban a cabo en Lima, asesorando a la delegación boliviana en temas tan complejos como la petro-química. En los que era experto, y naturalmente que adquiriendo conocimientos sobre los mecanismos que regían el funcionamiento del organismo de integración regional.

El whisky y el vodka bolivianos estuvieron incluidos entre las primeras Decisiones que adoptó el Acuerdo de Cartagena, aprovechando el trato preferencial que se les daba a los llamados países de menor desarrollo relativo, que eran Bolivia y Ecuador. Ocho días después de haber entrado en funcionamiento la Decisión 28, el 8 de enero de 1970, yo regresaba al país luego de haber visitado Caracas, Bogotá, Lima y Santiago y habiendo cerrado negocios importantes, aunque todavía iniciales, para nuestros productos. Un mes después, el 8 de febrero, embarcamos el primer lote de exportación, que eran 200 cajas de vodka con destino a Lima y con eso Bolivia se convertía en el primer país exportador dentro de las modalidades impuestas en el Pacto, además que era seguramente la primera vez que exportaba un producto terminado.

No hay que olvidar que jamás los bolivianos habíamos tenido tradición de exportadores, que no fueran materias primas en bruto y que exportar licores y bebidas, que tienen un proceso sofisticado, no era tarea fácil. Pero se hizo y vendimos a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Chile y un par de veces a Taiwan. Nigeria y Corea del Sur. A pesar de nuestros esfuerzos, todavía

no hemos podido exportar nuestros productos a los Estados Unidos, si bien no perdemos la esperanza de que algún día lo hagamos.

Destilería Boliviana marchaba a toda vela y crecía de igual manera. Por su crecimiento se convirtió en un semillero de personal de primera clase. Lucho Navarro, que fue mi secretario durante un par de años, empezó a escalar posiciones en diferentes cargos, hasta que, por sus conocimientos generales, llegó a la Gerencia General. De igual modo lo siguió Pepe Córdova, que también fue secretario mío algunos años, y que ascendió sobre todo en la parte de mercadeo y exportación donde Pepe no tenía rival y yo me atrevería a decir que es el mejor que he conocido en esta materia en Bolivia. Vinieron luego muchos otros que fueron realmente valiosos para la empresa y para quienes guardo la mayor consideración, como por ejemplo, Carlos Jordan, Gonzalo Gutiérrez, Osvaldo Montero, Juan Carlos Peláez y Willy Terceros que aún siguen trabajando conmigo. Todos los que pasaron por Destilería han llegado a cargos gerenciales, han sabido aprovechar el conocimiento que se les ha dado, y son ahora valiosos hombres de negocios.

Otra persona que estuvo presente en el desarrollo de Destilería Boliviana fue Leslie Howson, un muchacho de gran imaginación, muy inteligente, un gran negociador, pero, como no podía ser completo, no tan bueno como administrador.

Cuando mi abuela María se divorció de Samuel Howson, allá por los años 30, Howson se caso con una bella joven beniana, Doris Alvión, y del matrimonio nació un hijo varón que fue Leslie. Resultó que Leslie era mi tío, pero por la diferencia de edad que yo le llevaba, aparecí más bien como su hermano mayor o su tío si se quiere. En cuanto se puso a andar la Destilería, Leslie entro en el grupo como Director Fundador y socio, durante varios años, y me colaboró con enorme eficiencia, producto de su talento y agresividad.

Años después, luego de haber diversificado sus actividades en muchos rubros, que le sacaron canas verdes, Leslie Howson hizo uno de los mejores negocios que boliviano alguno haya hecho en el exterior. Fue cuando se interesó en la compra de la Pepsi Cola de Buenos Aires, asunto que me consultó por teléfono y me hizo temblar, pero que lo llevó a cabo con el juego que permitía el cambio monetario de aquella época, y que remató de manera extraordinaria, luego de arduas negociaciones entre Buenos Aires y Nueva York. Leslie tuvo la generosidad de ofrecerme una participación por la colaboración que yo le había prestado, lo que no pude aceptar, sobre todo por razones éticas, ya que mi compromiso con Coca-Cola era un hecho que, fuera del negocio, involucraba la palabra. Leslie sigue viviendo en Buenos Aires y nuestras relaciones son tan buenas como cuando yo lo apoyaba con mi consejo y mi invariable amistad.

Antes que ocupara la Gerencia General Lucho Navarro, la ocupó el notable Taddy Palenque con la máxima eficiencia, y luego que se fue Lucho, se hizo cargo mi hijo Tommy, quien con conocimiento teórico pero sin experiencia y en una época extremadamente difícil, no tuvo éxito y yo tuve que dar un golpe de timón para enderezar las cosas y salvar a la Destilería de un descalabro seguro.

Destilería demostró, en una etapa de crisis, su capacidad de recuperación. Fue cuestión de que se hicieran algunos ajustes sobre costos fijos y mercado, para que al poco tiempo pudiéramos conseguir resultados favorables. La participación del equipo de VASCAL, dirigido por Titi Ivanovic, resultó gravitante para el cambio de filosofía que requería la Destilería y fue la única forma de lograr resultados halagadores. Ciertamente, estoy convencido de que se podría escribir toda una novela sobre la Destilería y su gravitación en la industria nacional. Tal su importancia.

Se dice que detrás de todo hombre de éxito hay una gran mujer. En mi caso Bebe me ayudó en los momentos más duros con sacrificio y cariño, además de una enorme inteligencia, para que yo pudiera dedicarme íntegramente al trabajo, mientras ella manejaba el hogar, preocupada de los hijos y nietos, con una devoción francamente admirable, que siempre se la agradeceré.

LOS AÑOS 70

Mientras tratábamos de abrirnos paso, generando trabajo y riqueza, como hombres emprendedores, en Bolivia sucedían situaciones graves en el campo político que producirían gran desconfianza e inseguridad. Todo empezó un domingo soleado de abril de 1969, cuando oímos en la calle y escuchamos por la radio, sin dar crédito, que el Presidente Barrientos se había estrellado en su helicóptero, muriendo abrasado por las llamas. Su final fue hondamente sentido en todo el país y sus exequias, en La Paz como en Cochabamba, no habían sido igualadas en emoción y congoja, según decían, desde la trágica muerte de Germán Busch.

A Barrientos le sucedió constitucionalmente el Vicepresidente Luis Adolfo Siles Salinas, civil poco conocido por el pueblo, que no tenía las mejores relaciones con las Fuerzas Armadas, y lo peor de todo, que cargaba a sus espaldas con la figura del Gral. Alfredo Ovando, el Comandante en Jefe, que jamás había ocultado sus ambiciones presidenciales. Ovando Candia tuvo en jaque al Dr. Siles Salinas, amagándolo día y noche sin darle tranquilidad. Si el Gral. Barrientos había tenido que recurrir a toda su habilidad y fuerza para contener a Ovando, el Dr. Siles, que no tenía ni ejército, ni siquiera un partido fuerte, estaba a merced de un manotazo del general. Y el manotazo que acabó con Siles y el gobierno constitucional llegó en septiembre de ese fatídico año de 1969.

El Gral. Ovando se instaló en el Palacio de Gobierno, obedeciendo a un presunto "mandato" de las Fuerzas Armadas y conformó un gabinete en base a militares y civiles "progresistas", que asumieron medidas de corte Populista. Causando malestar y preocupación en vastos sectores ciudadanos y entre los militares que se mantenían fieles a la memoria de Barrientos. Tardó poco más de un año el que se montara una conspiración de corte nacionalista contra el desprestigiado Gobierno Revolucionario de la Fuerzas Armadas, y en octubre de 1970, el Gral. Miranda encabezó un levantamiento que se produjo a medias, porque el cabecilla de la conspiración se recluyó tras los muros del Gran Cuartel General de Miraflores, pretendiendo derrocar a su contrincante dando órdenes por teléfono, en vez de ocupar el Palacio de Gobierno.

El Gral. Ovando se asiló, el Gral. Miranda desistió del poder luego de negociar con militares de ambos bandos y se constituyó un triunvirato, sin ninguna credibilidad, que sólo tuvo tiempo para jurar y luego dispersarse, porque el único que mostró decisión y deseo de poder fue otro general, que no estaba en el esquema, que era más Populista que Ovando, y que se llamaba Juan José Tórrez. Tórrez se hizo fuerte en El Alto y con el apoyo de algunas guarniciones y de los sindicatos de trabajadores, bajó hasta La Paz y entró triunfante al Palacio Quemado. En suma, la "movida" del Gral. Miranda, para desalojar a Ovando y sustituirlo por un militar nacionalista, resultó un triple salto mortal al vacío, ya que Juan José Tórrez accedió al poder todavía más comprometido con la izquierda.

El levantamiento contra Tórrez, se produjo el jueves 19 de agosto de 1971 en Santa Cruz, rematado en La Paz el sábado 21, luego de tres días de combates en las calles, entre los militares y civiles nacionalistas por un lado y algunas guarniciones leales a Tórrez, el Ejército de Liberación Nacional y grupos de trabajadores y universitarios por otro. Tórrez se vino al suelo cuando solo había estado algo más de diez meses en el gobierno.

La cabeza visible de la sublevación era el Cnl. Hugo Banzer Suárez, quien fue llamado desde su exilio en Buenos Aires, por la dirigencia de Falange Socialista Boliviana y el Movimiento Nacionalista Revolucionario y por otros grupos de personas independientes. Contó desde luego con el respaldo de las Fuerzas Armadas, aunque en su seno habían personalidades de mayor graduación que Banzer y de mayores ambiciones, que deseaban la presidencia. El Cnl. Hugo Banzer fue ungido en el mando y gobernó con el MNR y FSB, aglutinados en el Frente Popular Nacionalista, con muchos independientes y con el consenso de las Fuerzas Armadas. Siendo una administración de facto, Banzer tuvo lo que no tuvieron ni Ovando ni Tórrez, es decir a los dos partidos políticos más grandes de entonces, que participaron en el Ejecutivo ocupando amplias

áreas de poder y compartiendo responsabilidades desde el primer instante. Eso fue lo que le dio estabilidad a Banzer y aunque después rompiera con la cúpula de los dos partidos, sus bases populares permanecieron en la administración del Estado y Banzer pudo hacer un gobierno de desarrollo económico, que, con algunos sobresaltos más o menos graves, le permitieron gobernar siete años.

La estabilidad del gobierno del Frente Popular Nacionalista y luego sólo de la Fuerzas Armadas, hizo que se creara confianza para las inversiones y se generara trabajo. Fueron años en los que el que deseaba crear empresas lo podía hacer sin temores a estatizaciones ni expropiaciones imprevistas. Sin embargo, el gobierno de facto no debía permanecer indefinidamente, y Banzer convocó a elecciones generales en 1977, las que se llevaron a cabo en 1978 y fueron anuladas por el propio Banzer porque se cometió un fraude electoral sin precedentes. El vencedor de esas elecciones fraudulentas, el Gral. Pereda, ex-ministro del Interior de Banzer, disconforme con la decisión del presidente, se levantó en armas en Santa Cruz el 21 de Julio de 1978 y Banzer entregó el poder a las Fuerzas Armadas para que éstas a su vez se lo entregaran a Pereda de inmediato.

El Gral. Pereda apenas se mantuvo en el gobierno hasta noviembre de ese año y se derrumbó, ausente de apoyo y de ideas, en manos del Gral. Padilla, quien convocó a elecciones para 1980.

Durante la década de los 70, que tuvo sus luces y sus sombras, no solo fui el empresario dedicado a la producción y la búsqueda de mercados, sino que incursione en la más alta dirección del gremio empresarial, fui diplomático oficioso, hotelero, alumno de una academia militar y sobre todo consumado y paciente negociador, componedor de entuertos, siempre dispuesto a intervenir para contribuir a las buenas causas.

TOMMY LONSDALE

El 6 de septiembre de 1973, murió mi padre, de una embolia pulmonar. Se sintió indispuerto un domingo, en el Club de Golf, guardo reposo en su casa al día siguiente, pero hubo de ser internado y falleció sin hacer ruido, cuidando su flema inglesa. Estando en la clínica y cuando todo hacía suponer que se recuperaría, converso con mi madre, le habló de vender a ESTALSA la casa de la Avenida Arce y de mudarse a una mas pequeña que había comprado en una pintoresca callecita de Sopocachi, en la que todavía vive mi madre dedicada al tejido. Mamá salió confiada a hacer algunas diligencias y no lo volvió a encontrar con vida.

Su muerte fue muy sentida en toda la ciudad porque mi padre se hizo querer mucho con todos y una de sus características fue haber hecho culto de la amistad. El gringo que llegó, llamado por su tío Samuel Howson en 1924, teniendo apenas 25 años de edad, se había hecho boliviano combatiendo en la Guerra del Chaco, casandose con boliviana, y además queriendo a Bolivia apasionadamente, en su integridad. Era ingles en algunas de sus costumbres y hábitos y netamente criollo en otras. Tomaba su te con mi madre a las cinco en punto de la tarde -puntualidad taurina- y jugaba su cachito a partir de las siete en el Anglo American Club, donde era el rey. Comía sobriamente, cualquier cosa, como un austero caballero de las Islas Britanicas, pero así también se bebía media botella de whisky, entre la algarabía de los amigos. Pero eso si, bebía sin que se le moviera un pelo.

Thomas Lonsdale nació para la aventura y la guerra. Nació en todo caso para la acción y el riesgo. Cumplió sus 16 años como soldado de Su Majestad Británica en los campos de Francia, cuando ya París había sido salvada despues del Marne y se luchaba en la tediosa guerra de posiciones. El adolescente estuvo en las trincheras, hambriento y embarrado hasta las cejas, cavando con las manos en el fango para esconder la cabeza cuando tronaba el cañón Krupp. Le temblaron las manos y las rodillas cuando tuvo que calar la bayoneta y saltar a campo traviesa, con las primeras luces, sin saber si sería barrido por la metralla o atravesado por el filo del acero. Pero ni el obus, ni la bala, ni el hierro lo hirieron, sino los gases tóxicos. Vio morir a sus camaradas por asfixia, sin poder huir de la hecatombe, y él salió del crater donde estaba acurrucado, enceguecido, porque unos brazos anónimos y amigos lo salvaron. Mi padre fue evacuado del frente, con los pulmones dañados, con la experiencia de la muerte, cuando los chicos de su edad estaban aprendiendo sobre las guerras en los textos escolares. Ya viejo, cuando alguien le ofrecía un cigarrillo, el contestaba: "No gracias. Los alemanes me hicieron fumar en un día, por todo lo que me queda de vida".

Ya he descrito cómo, en 1932, se enroló en el ejército del Chaco y fue herido de bala en un brazo y curado por el General Kundt en persona. Cuando rni padre regresó de la Guerra del Chaco, en 1935, venía como todos a incorporarse a la vida de una nación en crisis, derrotada militarmente, y mas que nada a un medio donde existía desconcierto y donde las actividades estaban orientadas casi a la sola subsistencia. Sin embargo, el recurrió una vez mas a sus conocimientos de mecanica y ventas, y durante un par de años trabajó con su tío Samuel Howson, ganándose el pan con el negocio automotriz.

Alla por el ya muy lejano 1938, mi padre se separó de Howson y conformó una sociedad importadora con Hector Macdonald, un escoces muy trabajador que por entonces estaba en Duncan Fox. Formaron parte de la flamante sociedad los señores Giussani, Morrison y Fawcett, cada uno con un 20% de las acciones. La Gerencia General de la campaña la ocupó Macdonald y rni padre se hizo cargo de la Gerencia Tecnica. Se había conformado "Macdonald y Cia.", una de las mas grandes de Bolivia, que llegaría a tener sucursales en todo el país y en el Perú y Guatemala.

Su participación en la guerra con el Paraguay fue el mejor certificado de nacimiento boliviano que pudo tener. Como anécdota al respecto. Una vez mi buen amigo el Gral. Joaquín Zenteno Anaya, me invitó a participar en los cursos de lo que antes eran Altos Estudios Militares, pero apareció el inconveniente que para ingresar a la Escuela era necesario ser boliviano, pero además tener padre y madre nacionales. Cuando a Joaquín le comente que mi padre era un inglés que se había batido en el Chaco, no se habló más del asunto y tuve la satisfacción de hacer el curso y ser miembro de la promoción XIII, una de las mejores y donde conocí estrechamente a estuendos jefes militares.

Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, los servicios de inteligencia británicos se pusieron en contacto con mi padre para reclutarlo y enviarlo a algún lado. Como buen súbdito inglés colaboró con la Embajada en La Paz, siempre dispuesto a defender a su patria de origen, como lo había hecho con su patria de adopción.

Por eso años de la guerra en Europa, papá ya había hecho sociedad con Macdonald y estaba empeñado en velar por su mujer y sus hijos. Luego del trabajo arduo de la semana, los sábados iba con mi madre a casas de amigos o recibían en la suya y mi padre no dejaba de bailar una sola pieza, pese a que mamá no era muy aficionada a las contorsiones. Ni el charleston, ni el bugui-bugui arredaban a don Tommy cuando estaba embalado y feliz. Sin embargo, de la juerga pasaba al sosiego, y los domingos todos los amigos con sus esposas del brazo se iban a la tanda del cine Princesa, donde tenían boletos reservados y donde nunca se veía una cara desconocida.

Además del Golf, del que fue visionario fundador en Mallasilla, junto con Carlos Ormachea y del Anglo American Club, ahora llamado "Phoenix", donde lo recibían con gran alboroto, papá tenía sus grupos de amigos y el más frecuentado era el de los "Camarones". Sus amistades más asiduas entonces eran don Juan Cariaga, el Dr. Francisco Prudencio, don Miguel Zalles, Rene Rojas, Alfredo Montes, Chingolo Ascarrunz, Otto Mayer, Juan Denegri, Ernesto Barragan, Gonzalo Romero, mi tío Alejandro Vasquez, y muchísimos más. Entre sus amistades las habían de su edad, mayores, y también una legión que eran menores y con los que se divertía jugando al "dudo" o miroteando los "strep-teasse" del afamado "Maracaibo", donde tenía a su servicio a un varita del Transito, que no solo le cuidaba su automóvil, sino que, cuando era necesario, lo llevaba hasta la casa de la Arce y lo dejaba en la puerta.

En una oportunidad viajé con papá a Londres, porque era el experto para elegir la malta para nuestros whiskys que estábamos produciendo en la Destilería. Recuerdo que con el y mi hijo Tommy nos fuimos a un gran concierto, el "1812" de Tchaikowsky. Lo vi un poco cansado, dormitando, hasta que el primer cañonazo de la obra lo hizo saltar de su butaca. "Papá, me extraña", le dije, y él me contestó, de mal tono: "¿Y que quieres si se adelantan?".

Pero el viejo "clubman", que con todo derecho disfrutaba sus últimos años con la gente que más quería, tenía un corazón tan grande, era tan bondadoso y consciente, que ayudaba a la gente necesitada con la mayor discreción, sin hacer aspavientos. Nunca olvidare que cuando yo estudiaba en la Universidad en Inglaterra, hice amistad con un muchacho boliviano, que sin razón aparente me trataba con mucha deferencia. Un día el joven estudiante me confesó que mi padre le enviaba una modesta suma mensual, que le permitía cubrir sus gastos. El agradecimiento de ese hombre, ahora un competente profesional, fue eterno.

Además del amor que mi padre tenía por mamá y sus hijos, tuvo un cariño extraordinario por su suegra, mi abuela Maria. Vivía pendiente de ella y se pasaba horas conversando sobre las lejanas épocas de la Soda Water o haciéndole bromas picarescas que la ruborizaban y la hacían reír. Papá era, ciertamente, como un hijo más para Maria Maldonado. Lo acogió en su casa cuando Tommy -o Tom como le decía mamá- tenía 25 años y le entregó en matrimonio a su hija de 16. Vivieron bajo un mismo techo, comiendo en la misma mesa, durante muchísimos años, y papá nunca quiso que mi abuela se separase de él y cuando aquello sucedió, todos nos lamentamos, porque fue cuando se cayó y se fracturó la cadera, nada menos que a los 97 años.

Desde luego que con su carácter y su procedencia extranjera. Thomas Lonsdale nunca fue político ni se entrometió en ese tema que tanto nos apasiona a los bolivianos. Sin embargo, era amigo de todos los políticos, sin pretender jamás opinar mal ni menos ofender a los caídos, ni adular a los de arriba. Según decí mi padre, la política boliviana era como jugar al fútbol, donde un día perdí uno y ganaba a la semana siguiente: "No hay que apasionarse por estas cosas -me comentaba - porque vivimos en un medio tan pequeño que es tonto enemistarse con quienes te encontraras en todas partes, hasta en la sopa". Su consejo, tan sabia, fue un factor mas para que yo le huyera a la política como a la viruela.

El aporte de mi padre al desarrollo nacional y su condición de hombre de bien, hicieron que el gobierno boliviano lo condecorara con la Orden Nacional del "Condor de los Andes", presea que mi padre acepto con agradecimiento y gran felicidad.

Papá tenía una enorme vida interior y era muy espiritual. Sin ser católico, nunca dejaba de decirle a Bebe que rezara por el cuando fuera a la Iglesia. En el fondo era basicamente religioso y perteneciendo a la masoneria era muy respetuoso de las creencias ajenas. Cuando asistía a los oficios liturgicos, en matrimonios o bautismos, se lo veía sumergido en profundos pensamientos.

Sin duda que en el día de su muerte recordó su Iglesia de niño en Inglaterra, porque paso a la otra vida en paz consigo mismo y nos hizo una falta enorme cuando partió.



Don Tommy Lonsdale.



Doña María Maldonado, su hija Luisa, su nieto Jorge, su bisnieta Cyntia y su tataranieta Carolina. Cinco generaciones captadas en noviembre de 1973.

MARIA A LA ETERNIDAD

El 6 de septiembre de 1973 falleció mi padre, el 20 de octubre del mismo año nació mi primera nieta. Carolina Navarro Losadle, y casi un mes mas tarde murió mi abuelita Maria, el 18 de noviembre, antes de cumplir los 98 años.

Si mi padre no llegó a ser bisabuelo por muy poco, mi abuela María fue, durante un mes, tatarabuela. Las cinco generaciones nos reunimos en una tarde de noviembre en La Paz y cuando la abuela Maria sobrellevaba los últimos días de su vida, nos retratamos, como lo atestigua la fotografía que acompaña a estas páginas.

La abuela María murió de vejez, aunque si le hubiera hecho caso a mi padre y no se hubiera mudado de nuestra casa, no habría tenido el accidente que le afectó la cadera y que la debilitó tanto. A mi abuela no se le avisó de la muerte de papá, pero como era tan inteligente y estaba completamente lúcida, es posible que se diera cuenta, ya que resultaba inevitable que nos viera de luto y lo mas evidente todavía, que su querido yerno Tommy cortara de pronto sus visitas, algo que para ella resultaba absolutamente imposible de entender. Creo que mi abuela sabía que papá había muerto y tal vez ella se murió de pena.

En sus últimos años tuvo que dejar la apacible y querida Cochabamba y venirse a La Paz, porque muerta ya su hermana Transitó, que la acompañó siempre, y teniendo a sus hijos y nietos aca, no se justificaba que pasara su senectud sola. Mi abuelita pasó el resto de su vida cobijada por mi madre.

Además de su familia paceña, que éramos sus dos hijos y sus seis nietos, tres Lonsdale y tres Vasquez, la abuela tuvo en La Paz a un nieto político y un bisnieto político cochabambinos. Jaime Teran, casado con mi hermana Marilu y Lucho Navarro, mi yerno. Con ellos y también con nosotros recordaba su vida en Cochabamba y nos causaba gracia hablándonos en quechua,

diciendonos algunas ironías muy finas que no se podían expresar tan bien en castellano. Todos los 14 de septiembre, a primera hora, la abuela convocaba a sus dos “llajtamas” cochabambinos y a quienes quisieran participar, para desayunar con champan. El amor por su tierra lo mantuvo hasta el final y bien entrados sus noventa años todavía daba sus pasitos de cueca, muy al ritmo, coqueteando con el pañuelo y con sus ojos chispeantes de travesura. Su influencia fue tal en nosotros que yo considero a Cochabamba como mi segunda ciudad, lo que demuestro con las actividades industriales que he realizado allí.

Sus últimos años los pasó disfrutando con toda su familia y gozando de una envidiable salud, al extremo que no tenía inconveniente en bañarse en la piscina de la casa de mis padres, nadando muy suavemente de espaldas, flotando podríamos decir, rodeada de los nietos y bisnietos que metían una gran algazara, pero que estaban listos a socorrerla, extremo que nunca sucedió.

A sus 80 todavía hacía levantar a los que podía, a las 7 de la mañana, para hacer media hora de ejercicios. Ella se movía cautelosamente pero estaba vigilante con los jóvenes, a quienes reprendía si trataban de flojear. Después del esfuerzo y de sus pullas graciosas, invariablemente pasábamos a desayunar y nos invitaba frutillas con nata, que eran un manjar, y que resultaba como una suerte de recompensa para quienes la acompañaban en su gimnasia.

Mi abuela no sólo quería enormemente a su yerno, como hemos dicho, sino que su amor era tan grande que trascendía de la propia familia. Era amiga del mundo entero y para todos eran sus atenciones. Cuando vivía en Cochabamba, por ejemplo, resultaba que media ciudad eran sus parientes, con lo que ella se consideraba dichosa. Y en La Paz, reunía a sus amigas todos los sábados y sin importar para nada las diferencias de edad jugaba canasta y se comía algunas masitas con el te.

Con Bebe tenía una relación encantadora y le preguntaba sobre la moda y los cosméticos con la curiosidad de una jovencita. La felicidad suprema para todas las nietas, era cuando la abuela anunciaba que iba a abrir sus baúles. Entonces las mujeres de la casa se juntaban en torno a ella y doña María Maldonado abría las petacas con olor a naftalina y rosas y sacaba maravillosos encajes, cintas, telas antiguas, sedas y las iba regalando a cada una. Mi hija Cynthia se vistió hasta sus 5 o 6 años, luciendo los encajes de la abuelita que Bebe se los cosía.

Con su muerte se cerró una época familiar y en el fondo una época histórica si tomamos en cuenta que María Maldonado vivió el último cuarto del siglo pasado y casi tres cuartos del presente, habiendo crecido entre carretas y mulas y habiendo visto la llegada del tren, luego del automóvil y finalmente de los aviones, empezando por los biplanos y terminando con los Jumbo. La abuela paso de las velas y los candiles de aceite en Potosí a la tenue luz eléctrica que se daba por horas en Oruro y de allí al alumbrado público, el cinematógrafo, la radio y vio azorada por la televisión, como el hombre llegaba a la luna. A sus cortos años oyó los lamentos de los que volvieron de la guerra con Chile, jovencita supo de lo que pasaba en el Acre y en plena madurez rezó por su hijo, su yerno, sus amigos, que tuvieron que marchar al Chaco.

Nosotros los descendientes seguimos fieles a su memoria, vivimos orgullosos de ella, y solo deseamos hacer lo que ella haría en nuestro lugar. Las modernas oficinas de Río Seco llevan su nombre para perpetuar su recuerdo.

UNA NEGOCIACION OPORTUNA

A mi llegada del exterior Hector Macdonald, me invitó a que me reincorporara a la empresa, donde yo había estado despues de graduarme en Inglaterra. Quería que ocupara una de las gerencias. Lo primero que hice fue preguntarle si estaba dispuesto a diversificar sus actividades, tendiendo al rubro industrial o agricola. Vi que él sólo estaba dispuesto al comercio, lo que no me resultaba atractivo, porque yo pensaba que era necesario crear industrias, que era como alargar los pantalones, en un país como Bolivia cuyo desafío estaba y esta en el sector productivo. Tampoco había disposición para transformar la empresa llevando a su seno ejecutivos jóvenes, que a mi juicio era necesario para darle oxígeno y hacerla mas eficiente.

Como me di cuenta que no existía ninguna coincidencia en lo que se refería al trabajo, decidí seguir un camino independiente y así lo hice, con mucha suerte, aprovechando mis excelentes relaciones con la National Distillers.

Trate de aprovechar mi experiencia en plasticos adquirida en Estados Unidos y compramos la campaña Plastix, para cuyo manejo invite a mi antiguo amigo y "boy scout" de juventud, Fernando Illanes, que ya había trabajado con National Distillers en Nueva York. Desde entonces he estado relacionado de una manera u otra con el y nos une un gran lazo de amistad. Le colaboró en esa tarea otro ingeniero joven, Carlos Tadic, con quien también me une un gran afecto. Esta fue la primera industria en la que trabaje en Bolivia e invite al Directorio al Dr. Alvaro Torrico con quien sigo ligado por relaciones fraternas. La siguiente empresa que dirigí en Bolivia fue Destilería que ya la conocemos y luego vino Vascal.

A la muerte de mi padre, en 1973, mi madre, mi hermano Ronnie, mi hermana Marilu y yo, heredamos algo más del 20% de las acciones de Macdonald. Morrison tenía el 5 o 6%. El 70% y algo más lo controlaba Macdonald, así que era imposible intentar nada sin su entero consentimiento.

Asimismo habíamos heredado las acciones que tenía mi padre en Vascal que eran, poco mas o menos, el 24% de la empresa. Como Macdonald tenía intereses muy importantes en Vascal, un 33%, se nos ocurrió la idea de cambiarle las nuestras en Macdonald por las suyas en Vascal. Sin embargo mi hermano Ronnie, que es catedrático y vive en Chicago desde hace muchos años y que vino para los funerales de papá, hizo algunas cifras muy cuidadosas, y nos dimos cuenta que las acciones que teníamos en Macdonald valían mucho mas, en una proporción de tres a uno, que las que don Hector Macdonald tenía en Vascal. Ahí se nos planteó una duda que nos tuvo cavilando durante unos días. Al final, decidimos que lo mejor, aun cuando perderamos efectivamente, era tener el control de una de las empresas, que ser minoritarios en las dos, y me empeñé en el trueque de acciones, negociación que duro cuatro años porque Macdonald no quería soltar ni lo uno ni lo otro. Finalmente, luego de transpirar en interminables horas de reuniones, los Lonsdale nos convertimos en mayoría en Vascal.

Mientras yo negociaba a brazo partido con Macdonald, comenzó una fuerte presión familiar para que me incorporara a Vascal y colaborara con la empresa. Sobre todo mi madre y mi tío Alejandro insistieron mucho en que entrara a conformar el grupo. Ante esto, asumí la decisión de hacerlo, aunque Destilería me quitaba un tiempo enorme como para dedicarme a otro negocio tan importante. Entré al Directorio, en mayo de 1974, exigiendo dos condiciones: que me haría cargo de la Presidencia Ejecutiva, y manos libres para cambiar algun personal y modernizar la empresa, pues estaba convencido que la administración, al contrario de Destilería, no era lo suficientemente ágil.

En Bolivia es común escuchar agrias críticas a las empresas por el nepotismo, es decir, por el favoritismo hacia los parientes en las mismas. En un país pequeño como el nuestro, es cierto

que existe el nepotismo y yo no creo que sea necesariamente malo, porque no entiendo que una empresa se tenga que privar del conocimiento, la experiencia, la habilidad de una persona, simplemente porque esta sea pariente de otra. Y algo más, yo sigo declarando que Vascal es una empresa familiar, donde pueden trabajar hermanos, hijos, sobrinos y primos, con la única salvedad que sean todos idóneos y no ocupen el cargo exclusivamente por favor, porque eso, naturalmente, es inadmisibles. Sería absurdo pensar, por ejemplo, que en Vascal, mi yerno Lucho Navarro, no fuera Gerente General, por ser mi pariente. Creo y lo sostengo, que Lucho es uno de los mejores Gerentes que tiene la industria boliviana y resultaría insensato privar a la empresa de ese valor.

En el curso de los años, varios parientes míos han trabajado y siguen trabajando en la empresa. Basta citar a John Giussani, mi conuñado, que empezó en el Directorio el año 1959, y trabajó hasta 1975, es decir 16 años. Actuó como secretario de Actas desde que era muy joven, y por supuesto que tiene un conocimiento impresionante de lo que es Vascal. John tuvo que abandonar el Directorio cuando decidimos aplicar en la empresa la nueva Ley de Comercio, dentro de la cual se prohibían los parentescos cercanos en los directorios. El trabajo realizado por John lo recordamos con gran cariño, porque fue una labor realmente eficiente.

Asimismo, tenemos el caso de mi primo hermano Alex Vásquez Estenssoro, quien ingresó a la empresa en enero de 1968 permaneciendo hasta febrero de 1979, ocasión en que Vascal decidió becarlo a los Estados Unidos para estudiar Administración de Empresas. El volvió al país el año 83, se reintegró con nosotros hasta el 86, trabajando en varias funciones ejecutivas de importancia, hasta que dejó la empresa para seguir la carrera docente como profesor en la Universidad.

También tenemos el caso del Dr. German Jordan, que es primo hermano político mío y que ha participado en el Directorio como Asesor durante un par de años, siendo de gran utilidad para Vascal por su interés y capacidad en el trabajo.

Siguiendo la norma legal, comence por cambiar el Directorio, quedandome yo en el mismo representando a la familia y lamentando que se retirara mi conuñado, John Giussani, Lucho Navarro, que ya era mi yerno. Alex Vasquez. Mi primo hermano, Jerry Jordan, mi primo político y por último mi tío Alejandro Vasquez. Ingresaron al Directorio personalidades como Guido Valle, que luego de su sentida muerte sería sustituido por el Dr. Carlos Gonzales, y el Dr. Fernando Rojas Herrera, en reemplazo de su padre el Dr. Rene Rojas, quien había colaborado con mi tío Alejandro y con mi padre durante mucho tiempo. Mantuvimos en el directorio de Vascal a Frank S. Lowe, que sigue con nosotros, como decano, y de cuya experiencia muy rica no podemos prescindir.

Un año más tarde llamé de nuevo a Taddy Palenque y en conjunto empezamos vigorosamente a modernizar la empresa y a planificar su crecimiento. De ese impulso surgió con el tiempo la nueva fábrica de Coca-Cola en La Paz. Edificada en Río Seco. La Planta de Río Seco se comenzó a construir el 9 de marzo de 1979, conmemorando el cumpleaños de mi abuela Maria y fue el segundo granito de arena que puse en Bolivia, luego de Destilería que había sido el primero. Dos años después se construyó una nueva planta de Coca-Cola en Cochabamba e invite a mi yerno, Lucho Navarro, para que se hiciera cargo de la misma, sacándolo de la Gerencia General de Destilería, Lucho Navarro, como Gerente Regional en el valle y hombre de gran habilidad y confianza, hizo que la planta levantada en Piñami se convirtiera en un modelo en todo el país.

Si una acción oportuna fue haber negociado las acciones de Vascal con Macdonald, otra no menos afortunada fue haber recuperado a Taddy Palenque, que había dejado la Destilería después de cinco años, donde por su capacidad y esfuerzo había terminado siendo Gerente General. Taddy, por sus grandes condiciones, fue contratado por Plasmar, donde hizo una gestión brillante, y en un año yo lo tenía de vuelta en el grupo como Gerente General de Vascal. El caso de Taddy ha sido el único a lo largo del siglo, en el que alguien que no fuera de la familia, hubiera gerentado la empresa.

A Taddy le pedi que en el plazo de un mes me hiciera un diagnóstico de por que la empresa no vendía mas y apenas copábamos el 2% del mercado nacional, con peligro de perder la representación de Coca-Cola. Taddy me llamó a las tres semanas y escuetamente me dijo cual era el mal que tanto nos preocupaba: "No vendemos mas porque no tenemos suficientes camiones para repartir. No podemos comprar los camiones porque no tenemos dinero. No tenemos dinero porque no trabajamos con bancos. No trabajamos con bancos porque no tenemos cuentas corrientes". Ahí estaba el meollo del asunto, que por otra parte no era del todo culpa nuestra, ya que en aquellos años no había una gran confianza en el sistema bancario, como hay ahora, y por tanto las empresas trabajaban al contado y acumulaban su circulante en cajas fuertes, al extremo, divertido por cierto, que la mayor parte del año no habían cajas fuertes en el mercado. Modos sui generis de actuar, pero ciertos.

Como considere acertado el criterio de Taddy, tome contacto con varios bancos, no todos dispuestos a colaborarnos. Si hay que hacer justicia, fue el Banco Popular del Perú el primero en escucharnos y su Gerente, Miguel Fabri, el que facilitó la operación, pero no con un préstamo a Vascal, sino personalmente, a Jorge Lonsdale y Luis Palenque. Así obtuvimos el primer credito y nos embarcamos en la compra de cuatro camiones, con los que empezamos a disputarnos el mercado repartiendo botellas por todas partes.

Al tener los cuatro nuevos camiones en plena actividad nos vimos forzados, también, a romper todos los promedios de producción y comenzamos por no darles tregua a las máquinas, que empezaron a trabajar en tres turnos. La maquinaria, diseñada para no descansar, cumplió a la perfección, y pulverizamos todas las estadísticas un 31 de Diciembre, en que Taddy se compró, de su propio bolsillo, una caja, que era la que quebraba el record absoluto.

LUCHO NAVARRO

Conocí a Lucho Navarro cuando regresé del exterior, en el año 1967. Por entonces era un joven a quien le decían "Bebe" -yo empecé a decirle Lucho porque era duplicar el apodo con mi mujer- y que frecuentaba mucho la casa de mis padres, porque era primo hermano de Jaime Teran, esposo de mi hermana Marilu. El venía de Cochabamba, para estudiar mecánica en el Instituto Pedro Domingo Murillo. Mientras estudiaba, necesitaba trabajar, y mi padre le pidió a Leslie Howson que lo ocupara en el taller. De inmediato observé que era un muchacho con grandes condiciones y le ofrecí que me colaborara. Cuando fundamos la Destilería Boliviana fue mi primer secretario, mi asistente, y con Nancy Sarmiento, que era la secretaria, hicimos de todo, desde barrer, hasta los estudios de factibilidad, en la oficina que teníamos en el penthouse donde queda el actual Ministerio de Energía e Hidrocarburos. Lucho se dio tiempo para estudiar Administración de Empresas en la Universidad Católica, hizo estudios serios en la Destilería y sin embargo no tenía problema en hacer las veces de mensajero llevando y trayendo la correspondencia del correo.

Como desde un comienzo Lucho mostró una gran aptitud para los números, no le fue difícil adquirir conocimientos de toda la parte financiera y aprendió mucho y rápidamente conmigo, al extremo que con el tiempo me acompañaba a negociar importantes asuntos, como fueron por ejemplo, los que negociamos en Nueva York con National Distillers, que culminaron con la compra de la Destilería Boliviana, en muy buenas condiciones de precio y plazos, porque a mis ex-jefes norteamericanos no les interesaba el negocio en Bolivia, que era extremadamente reducido, como lo hemos dicho antes. Lamentablemente Jack Bierwirth y su padre no están más en la National y hoy podría decir que la empresa se ha renovado totalmente y que no tengo relación con nadie.

En suma, que Lucho Navarro incursionó en todas las actividades empresariales posibles, pasando por mercadeo, producción, finanzas y administración, preparándose para los cargos más importantes.

Como muy a menudo debíamos trabajar con Lucho Navarro los fines de semana en mi casa, estando, por cierto, muy cerca de mi familia, Lucho y mi hija mayor, Cynthia, se enamoraron, se pusieron de novios, y se casaron. Hoy tienen cuatro hijos: Carolina, Lorena, y Pedro, nacidos en La Paz y Alejandra, la menor, que vio la luz en Michigan, Estados Unidos, donde Lucho y Cynthia estuvieron durante un tiempo para que Lucho perfeccionara su inglés.

Hemos dicho ya que Lucho estuvo como Gerente Regional en Cochabamba, donde prosiguió la fecunda obra que había desarrollado don Arturo Ivanovic, y ganó el mercado cochabambino con el levantamiento de la planta de Piñami, duplicando su capacidad de producción. De ahí pasó a la Gerencia Regional de La Paz, donde también realizó una gran labor y cumplida su misión allí se convirtió en el Gerente General de Vascal, en la oficina Central, desde donde me colabora estrechamente.

Lucho Navarro es hoy un hombre muy considerado y creo, sin temor a equivocarme, que está entre los gerentes más hábiles en el ámbito industrial boliviano, por sus múltiples cualidades. El próximo año, cuando yo me jubile, está planeado que Lucho se haga cargo del timón de la empresa, con lo que la quinta generación estará al mando de todo y se deberá preparar conscientemente la sexta, mis nietos, para el nuevo siglo que se avecina.



El señor Luis Navarro y el Ing. Jorge Lonsdale, con el Gral. Vargas, Ministro de Trabajo, quien inauguró la Planta de Piñami.

¡ADELANTE CON LA COCA-COLA!

Existen decisiones que deben asumirse en la vida y cuando se las toma tarde o mal no sirven para nada. Son las decisiones heroicas que hacen que la suerte se incline a un lado u otro. Eso sucede en la política, en la guerra, en el amor, y por cierto que en las finanzas. En Vascal. Un tiempo despues de mi ingreso en la empresa, tuvimos que adoptar una decisión crucial y así lo hicimos.

Llego el momento en que tuvimos que impulsar el sector "franquicia" o el sector de "sabor propio". Llamamos "franquicia" a las marcas internacionales, a las marcas registradas, tipo Coca-Cola, Fanta, Sprite, etc. Y "sabor propio" a nuestros productos nacionales, a los que fueron evolucionando y cambiando desde comienzos de siglo hasta la fecha. El mercado, por entonces, era mucho mas grande para los "sabores propios", copando un 70 u 80% y dejando apenas un 20 a 30% para "franquicia". La empresa no estaba en condiciones económicas de empujar ambos sectores, que tal vez hubiera sido lógico, así que se tuvo que tomar una decisión: apoyar el sector de "sabores propios" o el de "franquicias".

Después de un Directorio largo, tenso y muy discutido, donde definitivamente nos jugabamos la empresa, arribamos a una determinación que yo califico como histórica, porque modificó el camino de Vascal, y fue cuando llegamos a la conclusión de que pondríamos hasta nuestro último centavo en el sector de "franquicia". Una vez más habíamos echado los dados sobre el tapete y resultó que la Coca-Cola sería lo más importante en la empresa.

Aquel concentrado inventado por el señor at Pemberton en Atlanta en 1886, que luego pasó a Candler, para conformarse oficialmente como de The Coca-Cola Company, con un patrimonio de apenas 100.000 dólares, seguiría siendo el puntal de Vascal. La empresa, que posteriormente la y haría mundialmente famosa Mr. Woodruff, cuando durante la Segunda Guerra Mundial, embotelló, tanto en África como en Europa, para que los soldados norteamericanos la pudieran adquirir al precio de cinco centavos de dólar, estuvieren donde estuvieren, siguió con nosotros.

De la botellita clásica de Coca-Cola de 6.5 onzas que bebían con avidez los soldados norteamericanos en las pocas treguas de Guadalcanal o Montecassino, en Oriente u Occidente, la competencia obligó a que Coca-Cola pasara a fabricar la botella familiar de 26 onzas, que fue un acontecimiento; y luego la botella de un litro, de 33 onzas. Sin embargo, a medida que la Coca-Cola ha ido evolucionando en el volumen de sus productos ofrecidos al público, su competencia no se ha quedado atrás y le ha seguido los pasos.

Vascal, como primicia mundial, ha sacado en Cochabamba la botella "M D", con un contenido de un litro y media, es decir, de 50 Onzas. Esto es para nosotros un motivo de orgullo, ya que ha sido el resultado del esfuerzo y el tesón de nuestros ejecutivos, que luchando a brazo partido, logramos conseguir el apoyo de la Coca-Cola, para que además diseñara la nueva botella. Nos imaginamos, no obstante, que la imitación de la competencia no tardara en llegar.

La Coca-Cola en Bolivia, durante muchos años, ha dependido de Lima, que era la Oficina Central. Despues y basta ahora pasó a depender de Santiago de Chile. Durante la época que había que reportarse a Lima, el representante de Coca-Cola en Bolivia fue el señor Jaime Bascón, y trabajando solo, hacia las veces de nexo de nosotros con la matriz. Con nuestro crecimiento, se logro convencer a la Coca -Cola de que era necesario que establecieran una oficina en La Paz, lo que fue aceptado. Bajo el nombre de Soft Drink Services, la oficina fue gerentada primero por el señor Rolando Rivero, a quien le siguió Eduardo Ringeling, que apoyó enormemente las operaciones de las embotelladoras en Bolivia, y ahora lo tenemos a Hoche Pulcheiro, con quien desarrollamos la idea del "Litro y Medio" y existen nuevos proyectos que estamos seguros que

culminaran exitosamente, gracias, por cierto, a su gran conocimiento del negocio y a los excelentes vínculos que mantenemos.

No puedo dejar de recordar, en estos momentos, que durante mis primeros años como Presidente de Vascal, venía con gran entusiasmo y cariño desde Lima, el querido y recordado Ari van Der Brook, ese famoso gordo holandés, que sufría y transpiraba con las cuestas de las calles paceñas, pero que, sin duda, nos dio el primer impulso. Luego de Ari vino Rolando Safrana, desde Santiago, hombre muy conocedor del negocio, que prestó un apoyo invaluable a Vascal, y que gran parte de nuestros resultados se deben a que él fue nuestro "abogado" en la Coca-Cola. Le han seguido Lionel Hudson y Jorge Hurtado, con quienes trabajamos en la actualidad y con los que concretaremos muchos proyectos de gran beneficio mutuo.

No hay duda que la decisión asumida en aquel histórico Directorio que ocupa estas páginas fue fundamental, porque nos ligamos, como lo avizó hace casi medio siglo Alejandro Vasquez, al mejor producto y a la mejor empresa que podíamos pretender.

PRESIDENTE DE LA CEPB

El año 1973 fue muy agitado para mí y sobre todo extremadamente triste desde el punto de vista familiar. Sin embargo, en los primeros meses, me puse a la cabeza del poderoso gremio empresarial boliviano. Corría el segundo año de la administración del Gral. Hugo Banzer cuando mi nombre fue propuesto como candidato a la Presidencia de la Confederación de Empresarios Privados de Bolivia (CEPB). Por entonces yo representaba a Cochabamba en la Cámara Nacional de Industrias. Mi ocasional rival para el cargo era ese gran señor y amigo que es Hugo Villegas, formidable contrincante, de enorme carisma, representante de la Cámara Nacional de Comercio, que por sus cualidades me puso la situación muy difícil. Fue así que se produjo la elección, donde votaron las cámaras, asociaciones y federaciones afiliadas a la Confederación y la pugna electoral resultó tan reñida, que si no recuerdo mal, el resultado me favoreció sólo por un voto, 11 para mí y 10 para Hugo.

Una vez que gané por tan ajustado margen, invite a Hugo Villegas a que me acompañara en el directorio y la grandeza del perdedor de la elección fue tal, que aceptó participar como Primer Vicepresidente, con lo que mi gestión se vio apoyada y fortalecida para encarar de frente los grandes problemas que existían.

Durante los casi tres años que estuvimos a la cabeza de la CEPB trabajamos con gran armonía en bien del sector privado, como del país. La gran particularidad de nuestra gestión fue consolidar institucionalmente a la Confederación de Empresarios Privados, pues antes de ese período las Cámaras de Industria, Comercio, la Minería Mediana y la Banca, eran tan poderosas, tan fuertes por sí mismas, que no veían la necesidad de tener una organización cúpula por encima, pues cada uno de esos sectores tenía sus conductos propios y la influencia necesaria para llegar a los ministerios y autoridades, para negociar los requerimientos que se presentaban entre sus asociados.

Yo, sin embargo, desde siempre había sido un convencido de la necesidad de unir a toda la empresa privada nacional en torno a una institución matriz y pensé que existiendo ya la Confederación, había que respaldarla y fortalecerla para que en su seno se desarrollara una verdadera filosofía empresarial y con el acuerdo de sus miembros existiera en el país una sola voz del empresariado privado, pero una voz firme, concertada y unánime. Esa era la meta.

A poco de hacerme cargo de la Presidencia de la CEPB, el gobierno, por los problemas existentes, dejó cesantes a todas las agrupaciones gremiales y el propio Presidente de la República me invitó un día al Palacio y me pidió que me hiciera cargo de lo que se llamó la "coordinación" del sector Privado, nombramiento que me fue extendido por decreto supremo.

Me encontré con un poder inusitado en mis manos, que jamás lo habían tenido antes mis predecesores, pues yo podía decidir quien sería el "coordinador" en cualquier cámara, asociación o federación. No obstante, no abusé de tan significativo mandato, y respete a las personalidades que habían sido designadas democráticamente en cada uno de sus sectores. Lo positivo, en todo caso, fue que la Confederación se convirtió en el único nexo con el gobierno y en este sentido el Gral. Banzer nos ayudó a consolidar la entidad, que yo calificaría como uno de los aspectos más importantes de nuestra gestión. La otra fue separar la Empresa Privada del Estado, dándole una independencia política. Desde entonces la Confederación ha seguido creciendo y yo, como Past-Presidente, continúo permanentemente ligado a ella colaborando en todo cuanto me es posible.

La CEPB, fundada hace tantos años por mi gran amigo Jose Romero Loza, ha tenido como presidentes a las personalidades más notables en el campo empresarial privado y se ha convertido en una institución que, por su propio valor específico, tiene un rol fundamental en el acontecer nacional.

Quiero dejar expreso testimonio de agradecimiento a dos personas sin las cuales no hubiera podido realizar una gestión positiva: son mi Secretario Ejecutivo Dr. Hugo Sainz y María Isabel Artieda (Marujita).

DIPLOMATICO OFICIOSO

El enclaustramiento marítimo al que ha estado sometida Bolivia desde la ocupación chilena de nuestro Litoral, despojo sentenciado mediante el Tratado suscrito en 1904, cuando Chile nos puso la bayoneta en la yugular, ha sido un mal que ha enfermado a varias generaciones de bolivianos. Yo fui uno más de los afectados por esa tragedia, tal vez con mayor fuerza, por mi propia actividad industrial, que me hizo ver con la óptica del empresario lo injusto y brutal que es para una nación vivir sin contacto soberano con los puertos, bajo el permanente sometimiento a servidumbres de paso y doblegada esperando el cumplimiento de lo pactado con el escamoteador.

Desde joven, pese a que mi formación estaba alejada del tema diplomático, me preocupé por las sucesivas negociaciones que se hicieron con Chile y que fueron fracasando todas, una a una, a veces por ingenuidad nuestra y las más por la pérfida habilidad de quienes nos asaltaron en 1879. Creo firmemente que la pérdida del mar no es para Bolivia un problema emocional -como dicen los chilenos- sino que es un problema económico. Con esa inquietud en el ánimo, por cosas del azar, me convertí en un diplomático oficioso, lamentablemente con tan poca suerte que he tenido que sumarme como uno más de los que por incursionar en la materia se han chocado contra un muro.

Durante los años que me manejaba como "negociador" en el Acuerdo de Cartagena, me encontré en La Paz con el amigo ecuatoriano. Galo Montaña, con quien había estado en más de una reunión en Lima y al que invité a cenar a mi casa. Cuando conversábamos sobre los múltiples temas del Pacto. Galo Montaña me expresó que traía un encargo para mí del Ministro de Industria e Integración del Perú, el Gral. Luis Barandarián. El encargo era que quería verme con urgencia. Con Lucho Barandarián habíamos hecho una amistad muy cercana, precisamente por los asuntos de la integración andina, y pensé que su deseo de hablar conmigo estaba relacionado con el entusiasmo integracionista que reinaba entonces.

Viaje a Lima en cuanto pude para entrevistarme con él, y Barandarián me sorprendió con un planteamiento que no esperaba oír. Me dijo, sin rodeos, que había que aprovechar las ventajas del Acuerdo de Cartagena, para que Bolivia pudiera tener un acceso al mar, y donde participaran en la solución los países integrantes del Acuerdo, incluido Chile, desde luego. Me pidió reserva y que pensara en alguna fórmula que fuera atractiva para Bolivia y que le facilitara su vinculación con el mar y los mercados ultramarinos.

Como el ofrecimiento venía de un alto personaje del gobierno peruano, pensé que había que aprovechar la buena voluntad del Gral. Barandarián y en mi siguiente viaje a Lima le planteé lo que a mi juicio era una solución práctica, mientras la solución definitiva con Chile, de un puerto soberano y útil, se arreglara algún día. Le propuse a Lucho Barandarián que Perú le alquilara por 99 años, a un dólar por año, un territorio costero a Bolivia y le señale, como ejemplo, una zona adyacente a Matarani, donde existía la infraestructura portuaria y las comunicaciones camineras con nuestro país. La ventaja para los bolivianos estaría en que podríamos construir nuestros propios depósitos y almacenes y en algún momento construir hasta un muelle, si lo considerábamos necesario. A cambio convenimos con Barandarián en aprovechar conjuntamente el gas natural boliviano, en forma de un complejo petro-químico bi-nacional, que podría instalarse también en las cercanías de Matarani.

La iniciativa se puso en marcha, y yo me entrevisté con el Presidente Banzer, quien me pidió que hablara del tema con el Ing. Roberto Capriles, entonces Ministro de Energía e Hidrocarburos. Con él y con el Ing. Carlos Miranda nos pusimos a ver detalles sobre lo que se podría lograr a través del gas, y en el empeño participó la parte diplomática, mediante el Embajador peruano en La Paz, Luis Felipe Bustamante, y las conversaciones llegaron en el Perú a niveles del Presidente de la República y del Canciller.

Así como el asunto se había inflado con posibilidades de ofrecer un ejemplo de amistad y hermandad en América, así también se fue descomponiendo y fueron apareciendo trabas curiosamente alentadas por un funcionario de nuestro gobierno, hasta que la iniciativa se malogró definitivamente. Supongo que por nuestra propia idiosincracia mezquina que no nos permite reconocer nada bueno que no se nos haya ocurrido antes a nosotros.

Mi actuación de diplomático oficioso me dejó un sabor amargo y el temor de que todo cuanto intentamos hacer en el aspecto marítimo parece tener un halito de maldición.

HOTELERO

En Bolivia siempre habíamos hablado de fomentar el turismo y en toda conversación aparecía el tema, como la panacea universal que nos daría ingentes recursos. Sin embargo, hablabamos de las bellezas naturales y culturales de nuestro país, de sus costumbres, gentes, comidas, y muy poco se decía de la falta de buenas carreteras y menos de hoteles.

Resulta que a los turistas norteamericanos y europeos, les agradan los países exóticos, les apasiona el safari, no tienen inconveniente en caminar entre riscos y agotarse hasta que llega la noche. Pero, con excepcion de los "hippies", que cada vez existen menos, todo turista quiere llegar a su hotel, ducharse, comer bien y dormir mejor. El turista necesita de buena atención, necesita de servicios profesionales, porque de lo contrario no regresa él, ni nadie de sus conocidos. Los ejemplos de España y México, solo para citar dog casos, son una muestra de como se debe hacer infraestructura turística, aun con escasos recursos. Hoy el turismo les deja a ambos países, sobre todo a España, miles de millones de dólares anuales.

En La Paz, allá por 1975, no existían hoteles donde los turistas de nivel pudieran sentirse bien. Más todavía, ni nuestros amigos ejecutivos que nos visitaban tenían donde hospedarse con cierta comodidad. Fue por entonces que a mi primo Leslie Howson se le ocurrió la brillante pero peligrosa idea de levantar un hotel de primera, en pleno centro de La Paz. Habló conmigo y con otras personas y de pronto ya se había puesto en contacto con la Hollyday Inn, quienes empezaron a trazar los planos de un hotel moderno.

Constituimos, sobre la marcha, una sociedad de la que participaba el grupo Howson, el grupo de Jaime Quiroga -a traves del cual entró EMUSA y Mario Mercado- y nuestro grupo Vascal. Leslie Howson asumió la Presidencia del Directorio y yo, desde la Vicepresidencia Ejecutiva, me hice cargo, en la práctica, de la construcción del hotel. Mi experiencia en el rubro databa de los buenisimos hoteles donde me había alojado, por años, en todo el mundo. Sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal en cuestión de confort. Pero, así como a alguien le puede gustar la buena comida, ser un sibarita, así también ese sibarita puede que no sepa cómo se frie un huevo. Y yo estaba en la situación del gourmet exquisito que no sabía cómo freir un huevo.

Necesitábamos, con urgencia, un Gerente Administrativo para que me ayudara en la enorme tarea que nos habíamos impuesto. Nuevamente recurrí, con total acierto, a los servicios de Pepe Córdova. Pepe volvió a trabajar con nosotros y durante los cuatro años que duró la construcción del hotel, el fue mi mano derecha, manejando todos los detalles y hasta el último centavo con la mayor eficiencia y pulcritud. A través de un Comité Ejecutivo, que reunía yo semanalmente, se planeó cuidadosamente la construcción del hotel y nos convertimos en los responsables de todo. Adoptamos el nombre de "Hotel Plaza" y luego fuimos poniéndoles nombres a los distintos salones y rincones. Aparecieron el "Arcón de Oro", el "Utama", "Penthouse", "La Fontana" y en suma lo que hoy ofrecen las comodidades del "Plaza".

Como digo, habíamos empezado nuestro trabajo con la Hollyday Inn, pero tambien nos dimos cuenta que, por la alta calidad de la construcción, estábamos armando un Cadillac para ponerle el nombre de un autito de menor precio. Hollyday Inn es una cadena de hoteles muy conocida, pero en términos referenciales es más modesta que otras. Fue entonces que decidimos, de prisa, negociar con Hilton y así fue que recibimos su asesoramiento durante seis meses. Luego conseguimos los servicios de unos hoteleros suizos, Roger y Jean Pierre Piaget, y de Max Tribut, un frances que trabajaba con ellos en el "Cesar's" de Lima. Los tres vinieron a La Paz en el último año de la construcción y se encargaron de los últimos toques y el terminado final de lo debería ser un hotel de cinco estrellas.

De las miles de anécdotas que hubieron, que serían de nunca acabar, hubo una que más que anécdota casi fue una tragedia. Tiene similitud con lo que me sucedió aquella vez que me lance a producir tragos en Destilería, cuando la planta no estaba totalmente terminada.

Resultado que se nos había agotado el dinero y nuestro endeudamiento estaba al tope. Propuse, entonces, en una reunión de Directorio, que no había otra alternativa que arrancar las operaciones con el hotel inconcluso, como estaba. Alegue que esperar la terminación de los diez pisos para habitaciones era una perfecta locura. Luego de mucha discusión, concluimos en que, ciertamente, no quedaba otra alternativa que acabar dos pisos para huéspedes, preparar uno de los tres comedores, habilitar el hall de recepción, y generar algunos ingresos que cuando menos nos permitieran pagar los sueldos del personal que estaba trabajando con nosotros.

Como era natural, los señores Piaget echaron el grito al cielo y se opusieron al proyecto, amenazando con renunciar. Afirmaban que arrancar de un modo provisional era el desastre, el fin del hotel. Probablemente tenían razón, pero, por el otro lado, nosotros no teníamos plata, así que nos mantuvimos firmes y los Piaget se fueron. Yo convenci, no obstante, a Max Tribut para que asumiera la Gerencia General, con Mario Clavijo como su estrecho colaborador, y así fue que, en enero de 1979, el "Hotel Plaza" abrió sus puertas al público, cuando en su comedor, a falta de manteles, estábamos utilizando sábanas. ¡Cosas de la vida! Como a la larga la decisión probó ser correcta, nadie se acuerda. Si hubiese fracasado mis socios me hubieran echado la culpa. Fue otro gran riesgo que tome.

Pasados los años se hizo cargo de la Presidencia del Directorio Juan Carlos Quiroga, permaneciendo yo como Vicepresidente. Carlitos, colaborado por Pepe Palenque, hizo una gran negociación de la enorme deuda del hotel y ambos lograron estabilizar la empresa. Yo abandoné mis veleidades de hotelero que me habían costado horas de rebanarme los sesos, y con el pasar del tiempo vendimos la parte de Vascal al Banco Nacional.

Aunque el "Plaza" fue hecho un poco "a la boliviana", desde luego que se trata de un excelente hotel, construido con los materiales más finos, y que con el "Hotel La Paz" (ex-Sheraton), se ha constituido en un aporte real al desarrollo del turismo paceño y nacional, mucho más allá, de quienes solo se limitaban a hablar de nuestro bello Illimani, del Lago, de Yungas o Tiahuanacu, cuando en la ciudad no existía un solo lugar decoroso para dormir. Esa nuestra contribución y ese nuestro orgullo.

Estamos convencidos que muy pronto se abrirán las grandes rutas asfaltadas hacia el interior de la República y que se levantarán nuevas y hermosos hoteles. Entonces habrá sonado la hora del turismo y no dudamos de los beneficios que vamos a recibir, porque el turismo tiene aquella fascinante particularidad que es la de hacer ganar dinero a todos los que tienen alguna ocupación.

BANQUERO

El Banco del Estado había sido creado en noviembre de 1970, y uno de los últimos actos administrativos de trascendencia que realizó el gobierno del Gral. Banzer, fue promulgar su Ley Orgánica el 14 de Junio de 1978, ya que el 21 del mes siguiente, el Gral. Pereda lo derrocaba y se proclamaba Presidente.

La ley le dió gran dinamismo y solidez al Banco y en su cumplimiento se conformó un Directorio mixto, privado y público, el que era designado por el gobierno y donde me invitaron a participar como representante del sector privado, por la rama industrial. Yo, que no tenía tiempo para nada, que estaba a cargo de una increíble cantidad de responsabilidades, no fui capaz de negarme, y creo más por curiosidad que por otra razón. Mi única experiencia banquera antes, había sido de un par de años como Director en el Banco Hipotecario.

El último Presidente del Banco del Estado fue mi entrañable amigo don Jorge Tamayo Ramos, que ahora formaba parte del gabinete de Pereda en la cartera de Finanzas, y fue el quien conformó el flamante Directorio, que tenía como Presidente a Jorge Balcazar y como directores, fuera de mí, a Raul Boada, Juan Luzio, Carlos Alcázar, Juan Jose Rivera. Hugo Sáinz y Mario Paz Soldan. Era un Directorio muy idóneo, con profesionalismo y que partió por trazar un rumbo de mayor consistencia técnica a sus delicadas actividades.

En el Banco del Estado sólo estuve hasta 1980, pero preocupado por conocer su funcionamiento y luego por contribuir a darle la mayor operatividad posible, lo que pienso que se logró. El manejo, casi enteramente empresarial y moderno del Banco, le dio un nuevo derrotero que lo ha convertido en una institución mas sólida.

Pero, en nuestra gestión no todo fue observar porque tuvimos que librar verdaderas batallas campales con los ejecutivos del Banco. Yo, que representaba a la Camara Nacional de Industrias y Carlos Alcázar representando a la Camara Nacional de Comercio, luchábamos a brazo partido para tratar de modernizar y agilizar los controles administrativo-financieros que nos parecían enormemente pesados. Queríamos, como he dicho, manejar las cosas al estilo de la empresa privada.

En esa lucha conocí e hice amistad en el Banco con su Gerente General el Dr. Jose Luis Aparicio - Pepe Lucho para los amigos- quien despues de discutir y pelear conmigo una infinidad de veces, se jubiló y quiso investigar lo que era la empresa privada. Nada mejor que invitarlo a ver lo que era Vascal, donde, desde entonces es el Contralor, el administrador del dinero de la empresa, un valor incuestionable en el grupo, porque quien maneja los recursos es siempre el que ronca mas fuerte.

Hoy trabajan conmigo en mis tres empresas tres ex-gerentes generales del Banco, a quienes conocí y me di cuenta de su gran capacidad, mientras era director, que son el mencionado Jose Luis Aparicio, Jorge Bascope y Javier Pantoja. Un trio excepcional.

LOS ACONTECIMIENTOS EN 1980

1980 fue un año especialmente duro para los bolivianos, en primer término porque se esfumaban las posibilidades de vivir en democracia, no sabíamos hasta cuando; y en segundo, porque a partir de entonces empezaría un agudo deterioro económico a través de una inflación porfiada, que acabaría en la espiral hiperinflacionaria, de mas de veinte mil por ciento, donde pulverizaríamos todos los records americanos en la materia, hacia 1984.

Los antecedentes más inmediatos del golpe militar que encumbro en la Presidencia de la República al Gral. Luis Garcia Meza, están mas allá de que todavía eran tolerados algunos gobiernos militares en Sudamérica; mas allá de las ambiciones personales de los actores; en la forma miope y torpe con que se trató a la debilucha democracia que renació en 1978.

Es así que las primeras elecciones presidenciales en Bolivia, después de doce años, tuvieron como pañales el fraude. El fraude hizo que el Gral. Banzer decidiera anular los comicios y postergar al candidato oficial, Gral. Pereda, que era el ganador, lo que tuvo como consecuencia que ese candidato derrocara al gobierno, pero que, además, en vez de subir como un presidente constitucional, se transformara en un presidente de facto, con lo que nada se había ganado.

El gobierno del Gral. Pereda resultaba inaceptable, toda vez que lo que el país deseaba era retornar al sistema de derecho, luego que, desde la caída del Dr. Siles Salinas, sólo habían pasado por el Palacio Quemado administraciones militares, aunque muy diferentes, y de distinto corte unas de otras. Sin sustento, el Gral. Pereda fue derrocado por el Gral. Padilla y nadie reclamó nada, ya que Padilla anunció elecciones de inmediato, que era lo único que a gente quería oír.

Como sabemos las elecciones se llevaron a cabo en 1979, y ocuparon los primeros lugares, la Unidad Democrática y Popular y el Movimiento Nacionalista Revolucionario, quedando en un tercer puesto, muy lejano, Acción Democrática Nacionalista. En la instancia Congresal, cuando se tenía que elegir al presidente, ya que por supuesto ninguno tuvo la mayoría absoluta en las urnas, la elección se "empantanó", palabra que resonó durante días en nuestros oídos y que después haría resonar los caños de los fusiles. Se votó una y otra vez, hasta el cansancio, y como no fue posible que ninguno de los dos candidatos, Hernan Siles Zuazo y Victor Paz Estenssoro, obtuvieran la votación prescrita constitucionalmente, se eligió como Presidente Constitucional Interino al Presidente del Senado Nacional, el Dr. Walter Guevara Arce.

Pero el problema era que el Dr. Guevara no había sido candidato de nadie para ocupar la presidencia, y algo mas grave aun, muchas personas se preguntaban si la designación era verazmente constitucional o una burla de los políticos hacia el voto. La designación congresal se había hecho por un año, en que el Dr. Guevara debía convocar a nuevos comicios generales, pero pronto se habló que el Presidente se quedaría mas de un año, que por lo tanto las elecciones se postergarían y en fin todos los argumentos que ya conocemos de sobra cuando se prepara algo grande entre los salones congresales, las guarniciones y los cafes.

La historia sabida es que el 1º de noviembre de ese año de 1979, cuando se clausuraba la exitosa reunión de la OEA en La Paz, se levanto en armas el Gral. Alberto Natusch Busch, con un gran sector del MNR, y que depusieron al Dr. Guevara, que de gobierno Constitucional Interino paso a constituirse en una suerte de gobierno Constitucional Clandestino, ya que mientras las tropas del Ejército se enfrentaban en las calles al pueblo, el Dr. Guevara y su Gabinete se reunían en diversos lugares de la ciudad, todavía con la esperanza de retomar el poder.

El Gral. Natusch no pudo controlar el descontento callejero, que todos los días se traducía en muertos, y empezó a parlamentar con el Congreso, buscando una salida a la dramática situación. Se llegó a la tragicómica figura que sólo se puede dar en Bolivia, que, por ejemplo, el Gral. Pereda, virtual Presidente Constitucional, se hubiera convertido en Presidente de facto, y el

Gral. Natusch, Presidente de facto, por todos los costados, quisiera hacerse constitucional por la vía del Parlamento.

Finalmente Natusch se quedó aislado, "prisionero del Palacio" como dice uno de sus biógrafos, y recurriendo al decir popular, del golpe no salió "ni pato ni gallareta", y se tuvo que recurrir a otra ficción constitucional cual fue la de elegir Presidenta Constitucional Interina la Presidenta de la Cámara de Diputados, Sra. Lydia Gueiller Tejada, también con la encomienda de que convocara a elecciones a la brevedad posible.

Las elecciones generales se llevaron a cabo el 29 de Junio de 1980, nuevamente con la Victoria de Hernan Siles Zuazo y la UDP, seguido por el Dr. Paz Estenssoro y el Gral. Banzer. Ante la franca posibilidad de que Siles asumiera el mando, los militares se unieron en torno al Comandante del Ejército, el Gral. Luis García Meza, conocido como un auténtico y abierto anticomunista, admirador de los regimenes autoritarios. Antes que los parlamentarios se dieran cita en el Congreso para votar por el ciudadano que se haría cargo de la presidencia, García Meza, con el apoyo de las FF.AA., hizo renunciar a la Presidenta, y luego de una operación fulminante a la sede de la COB, donde fue asesinado Marcelo Quiroga Santa Cruz, se encaramó en el poder.

El nuevo gobierno quedó aislado internacionalmente, sin recursos económicos, y amagado desde dentro del país, aunque con una resistencia que no se pudo organizar como cuando el golpe de Natusch. El aparato de seguridad del Estado no estuvo quieto ni un solo día y reprimió duramente, como fue el caso lamentable de los asesinatos de algunos dirigentes miristas en un barrio de La Paz.

García Meza pudo mantenerse apenas un poco más de un año y los propios militares lo relevaron del mando. Le sucedió el Gral. Celso Torrelio, que, luego de unos meses, tuvo que correr la misma suerte, siendo reemplazado, también sin que sonara un tiro, por el Gral. Guido Vildoso. Sin embargo, la situación económica por un lado, que se agravaba día a día, y el cansancio ciudadano con los regímenes de fuerza, hizo que Vildoso, bien asesorado por sus colaboradores, atendiera el pedido de los mas importantes partidos políticos y del empresariado privado, de reconocerle la victoria de dos años antes, al Dr. Siles Zuazo.

Yo participe como testigo y como actor en todas las acciones que llevó a cabo la Confederación de Empresarios Privados de Bolivia. Para que el gobierno del Gral. Vildoso abriera las puertas a la democracia, y los documentos empresariales "¡Basta ya!" y "¡Democracia ya!", fueron, a mi criterio, fundamentales para crear conciencia entre los gobernantes y el pueblo de que había llegado la hora del cambio.

Asi lo entendió el Gral. Vildoso y resultó que, por un acuerdo parlamentario, que desde luego fue muy original, se borrarón los dos años de gobiernos militares, y como si nada hubiera pasado se instaló el Congreso y el Dr. Siles Zuazo fue ungido Presidente Constitucional de la Republica y Jaime paz Zamora asumió la Vice- presidencia.

Ya no es parte de nuestro propósito relatar lo que fue el gobierno de la UDP y las desastrosas consecuencias económicas que trajo a la Nación. Lo que si es cierto es que se restablecieron las libertades democraticas y se restituyeron las garantías ciudadanas. Empero, el caos a que llego la administración de Siles con el MIR, el Partido Comunista y otros aliados menores, fue tan grande, que nuevamente se tuvo que burlar la Constitución haciendo que el Dr. Siles Zuazo recortara en un año su mandato, lo que fue tan extravagante como el hecho que lo hicieran Jefe de Estado dos años después de haber ganado las elecciones.

La interpretación de la Carta Magna no ha sido, ciertamente, el lado fuerte de nuestra clase política.

OFICINA CENTRAL

Habiendo decidido delegar la Administración de la Destilería en mi hijo Tommy, vi que era conveniente para controlar bien todos los asuntos, crear una Oficina Central, desde la cual seguiría las operaciones de Destilería y Vascal, fundamentalmente, además del Supermercado Edibol en Calacoto; la industria de cosméticos Labol; y la industria de publicidad en plásticos Sacribol.

No era poco lo que había que atender y tuve que trasladarme de mi querida oficina en la Destilería, base y refugio desde mi regreso al país, y alquilar unas habitaciones en la Avenida Arce y armar ahí, en abril de 1980, la Oficina Central. Bajaron de la Destilería conmigo mi entonces secretaria Roxana Gutierrez y mi secretario Carlos Jordan. En septiembre del mismo año, cuando incorporamos Vascal a la Oficina Central, vinieron a trabajar en el nuevo despacho, el Dr. Jose Luis Aparicio, como Contralor. Taddy Palenque como Gerente General y Jaime Gonzales como Contador.

En mayo de 1981 Juan Carlos Pelaez (Caló) reemplazó a Carlos Jordan como mi secretario, llenándonos el ambiente con su picardía y humor. Después fue trasladado a Cochabamba ocupando varios cargos y ahora es Gerente de Mercadeo en S.E.A.S.A. Frut-All allí. En abril de 1982 le sucedió Willy Terceros (Joddy), quien habiendo trabajado conmigo en el "Plaza" ocupó después cargos gerenciales en Destilería, Vascal, Frut-All, y actualmente me coopera eficientemente en el club "Bolivar".

Lo cierto, viendo las cosas casi 10 años después, es que la Oficina Central se convirtió en una escuela de ejecutivos, porque por ejemplo, tuvimos también al Ing. Eduardo Peinado uno de nuestros grandes y jóvenes administradores, que ingresó a la Oficina Central apenas terminados sus estudios de ingeniería, en diciembre de 1980, realizando innumerables trabajos que le dieron una considerable experiencia, como, después de varios cargos, gerentar la Regional de Rio Seco, donde es responsable actualmente de ventas que sobrepasan los 10 millones de dólares anuales.

Desde abril de 1981 la Oficina Central esta en el viejo y legendario edificio de la Nicolas Acosta, que construyó mi abuela Maria. Es decir que las actividades de la vida nos han traído al antiguo lecho del río, a los orígenes de la empresa, a la vieja casona testigo de los éxitos y los desvelos de abuelos, hijos, nietos y bisnietos. Ahora esta convertida en el centro desde donde se dirigen grandes negocios, donde se deciden las nuevas empresas e inversiones, y donde sesiona un directorio bajo las luces tenues que se asientan sobre el cuero y el tapete verde, frente a un reloj de pared, que sin detenerse marca las horas con que transcurre nuestra existencia.

TENTACIONES PARA VOLVER A EUROPA

En 1983, cuando la crisis estaba en su auge en Bolivia, cuando hasta las ideas se nos congelaban de desesperanza e impotencia, se me presentó una magnífica oportunidad de volver a Europa y encabezar unos negocios que no creo que hubieran estado mal. Descarte la proposición, aunque venía de personas muy queridas, porque hace muchos años que decidí venirme a mi país y aquí me quedare pase lo que pase, seguro que las raíces de un árbol frondoso ya no se pueden arrancar: o muere, o destroza todo lo que está en su entorno.

Sucedió que en uno de mis viajes a Escocia, cuando compraba las maltas para la Destilería, decidí pasar por París para ver a los viejos camaradas de los años 60, y desde Nueva York le hice un telex a mi buen amigo Alain Woodley, aquel joven que había sido mi asistente en Londres, hijo de padre inglés y madre francesa, casado con una muchacha francesa y padrino de confirmación de mi hijo Tommy. Cuando llegue al aeropuerto De Gaulle, no me encontré con Alain, pero sí con un señor que portaba un letrero con mi nombre, y que de inmediato me hizo todos los trámites de aduana y me embarcó en un moderno Citroen, camino del hotel. Yo había reservado alojamiento en el George V y allí tenía que esperar a Alain Woodley una vez que me hubiera cambiado y puesto cómodo.

Con Alain hablamos desde las 7 de la tarde hasta las 2 0 3 de la madrugada, cena y tragos mediante, y quedó muy poco por decir sobre nuestras familias, negocios, política y tantas cosas que pueden conversar dos personas que trabajaron juntas durante años y que se encontraban también después de años. Cuando se despedía en la puerta de mi habitación, Alain me preguntó si me quedaría algunos días y como le dije que partiría en dos días -era un miércoles- me pidió que me quedara el día viernes mas, para asistir a una cena, a lo que accedi encantado.

El viernes en la tarde, cuando llegue al hotel, luego de unas actividades que había hecho en las afueras de París, me encontré con que en mi habitación había un smoking, con una camisa nueva, y una notita de Alain, donde me decía que la sospechosa cena era de etiqueta y que pasaría por mí, en su bello Citroen, a las 7 y media. Me acordé de mi querido Buei Okumura, en Tokio, que también me había alquilado un smoking.

El hombre que me había recibido tan gentilmente en el aeropuerto me paso a buscar en el auto de Alain y cruzando los Campos Eliseos me llevó a un club privado que estaba en alguna de las avenidas del Arco del Triunfo. Allí me dejó mi guía, y uno de los camareros más entorchados que estaba en la puerta me acompañó a través de hermosos salones, bellamente iluminados, hasta que Alain Woodley salió a mi encuentro. "¿Pero que misterios son estos?", le dije, y mi amigo se rió.

Lo seguí unos pasos y Alain me dijo: "Acá te he preparado una cena muy especial que te la mereces y que te la ofrezco con gran cariño". Cuando abrió la puerta me encontré con ocho de los doce asistentes que había tenido por toda Europa, cuando manejaba la National Distillers. Como en aquella oportunidad de mi despedida en Londres, había una mesa redonda, esplendidamente decorada y con las banderitas nacionales de cada uno de los comensales y por cierto la tricolor boliviana al centro.

Después de los grandes abrazos y las preguntas y respuestas de rigor, cuando estábamos cenando, Alain Woodley tomó la iniciativa, y levantando un poco su tono de voz, expresó: "Jorge: ya has hecho lo que deseabas al volver a tu patria. Siendo un ejecutivo internacional, has preferido lo tuyo, pese al atraso y al tremendo momento que se vive en Bolivia. Ahora queremos pedirte que regreses a Europa y decirte que todos los presentes estamos dispuestos a dejar nuestros cargos actuales para trabajar contigo, siempre que tu nos dirijas. Tenemos influencias, tenemos ideas y te queremos a ti como líder".

No pude menos que agradecer con emoción semejante ofrecimiento y decirles mi verdad: que era imposible. Alain Woodley es hoy el Director de Petro-química de la Shell en Londres y hace pocas semanas he recibido una invitación de él para asistir a la boda de su hija, a quien tuve en mis brazos cuando era una niña.

VASCAL 1989

El crecimiento de Vascal durante estos últimos 15 años ha sido realmente vertiginoso. Su patrimonio ha crecido unas 25 veces.

Simplemente para dar una idea de lo ocurrido en los últimos tres lustros, diremos, que, por ejemplo, en el año 1974, el ingreso bruto, es decir el total de las ventas de la empresa, no alcanzaba los 300 mil dólares, y que sólo en el año 1987, Vascal ha tributado al fisco, la friolera de mas de dos millones de dólares en impuestos. Esa, una elocuente comparación del enorme esfuerzo que se ha hecho, y resultados que hemos logrado.

Posiblemente nuestra industria se ha convertido en la más importante del país dentro de su rubro. Es la adaptación de una escuela de administración de empresas, para un país pequeño con un mercado sub-desarrollado. Y digo esto porque el tipo de administración que hemos logrado dar a Vascal es una suerte de síntesis del manejo moderno de las industrias tanto americana como europea.

Hoy trabajan en Vascal unas 700 personas, aproximadamente. Hay unos 30 o 40 ejecutivos, todos ellos profesionales, con excepción de tres o cuatro empíricos, de grandes condiciones. Todos empezaron en la empresa desde abajo y ascendieron paulatinamente. En la actualidad gerentan nuestras Plantas jóvenes profesionales menores de 35 años, que tienen bajo su responsabilidad el manejo de millones de dolares en ventas. En La Paz, esta Eduardo Peinado; en Cochabamba, Luis Galleguillos; en Oruro, Jaime Yapur. Y bajo estos tres gerentes regionales tenemos toda una brillante y prometedora muchachada, como son Fernando Quiroga, Fernando Aramayo, Walter Villegas, en La Paz. Joaquín Rojas, Enrique Cassio y Jorge Maldonado, en Cochabamba. De Vascal han salido hacia S.E.A.S.A. y Frut-All, gente de primera como Juan Carlos Peláez, Eddy Aliendre, Jorge Bascopé, Aida Mansilla, Enrique Sardán y una lista que sería muy larga enumerar, pero donde todos tienen su lugar y su valor. Por supuesto que ya nos hemos referido a la participación destacadísima que tienen en la empresa desde la Oficina Central Luis A. Navarro, como Gerente General, Jose Luis Aparicio, como Contralor y Jaime Gonzales, nuestro Gerente Auditor.

En el Directorio, que es a prueba de eficiencia, hemos tenido personalidades como el ex-Presidente de la Republica, Gral. Guido Vildoso, el Gral. Juan Lechin Suarez y el Lic. Juan Carlos Quiroga. Siguen trabajando con nosotros el Lic. Gustavo Luna, Vicepresidente del Directorio, el Dr. Fernando Rojas, Secretario, el Dr. Carlos Gonzales, Síndico, el Ing. Carlos Hein, el Dr. Alvaro Torrico y el Ing. Luis F. Palenque, hoy con licencia porque ocupa el Ministerio de Industria y Comercio. Son nuestros asesores en el Directorio, don Frank S. Lowe, el Lic. Alex Vásquez y el Senador Hector Ormachea.

Considero de la mayor importancia, dentro de la estructura de Vascal, el funcionamiento de un Directorio competente, como ya lo he dicho antes, que planifica, organiza y controla la ejecución de los planes a largo y corto plazo de la empresa. Ciertamente, debo confesar, que los directorios de Vascal son auténticas reuniones de trabajo, donde la inteligencia y el tesón de cada uno de los directores estan a prueba en cada encuentro. Un motivo más de orgullo para mí en este Centenario que ya nos toca las puertas.

ENSEÑANZA Y DEPORTE

Como he expresado en líneas anteriores, la docencia siempre me ha atraído y entre los años 1953 al 1957 enseñé, materias de Ingeniería Eléctrica en la UMSA como también en la Escuela de Ingeniería del Ejército, además, cuando regresé del extranjero, enseñé Administración de Empresas en la Universidad Católica. Una nueva oportunidad de participar en la formación humana se me presentó con I.D.E.A., el Instituto para Desarrollo de Empresarios Administradores, organización que se constituyó con el esfuerzo de la Confederación de Empresarios Privados y el apoyo de USAID, donde el gran impulsor fue Fernando Illanes entonces Presidente de la CEPB. Como Nano Illanes fue designado embajador ante la Casa Blanca, en mi calidad de Past-presidente de la CEPB me invitaron a hacerme cargo de la Presidencia de I.D.E.A. y así he vuelto a retomar el tema docente, esta vez animado hacia el perfeccionamiento de compatriotas empeñados en actividades empresariales y de administración, que tanta falta hacen en Bolivia. Estamos enseñando no solo lo mejor que sabemos los bolivianos, sino también la última tecnología en los EE. UU. porque debemos acortar la brecha educacional con los países mas desarrollados.

Pero también el deporte, y el "Bolivar", muy en especial, han sido mi gran pasión desde niño. Cuando se presentó la oportunidad para que yo asumiera la presidencia de la Academia, no pude menos que aceptar, aun sabiendo que no es tarea facil y que, por el contrario, muchas veces resulta extremadamente ingrata.

Mario Mercado, quien ha presidido a "Bolivar" durante más de 20 años, de manera excepcional, me sugirió una co-presidencia del club. El estaba cansado, y después de tantos años, necesitaba un fuerte apoyo, pero yo le contesté que no creía en dos cabezas para manejar una organización de ese tipo, que si le seguía interesando continuara él y si no que yo me haría cargo. Quedamos en que lo segundo era lo mejor.

El 15 de Junio de 1988, en una gran Asamblea en el Salón Azul del Gran Centro "Bolívar", fui proclamado Presidente, a pedido de Mario Mercado, de quien se leyo una carta proponiendo mi nombre. Al aceptar la denominación, entre gran cantidad de amigos y de hinchas, propuse a la Asamblea dos puntos: primero, que se nombrara a Mario Mercado Presidente Vitalicio; y segundo, que todos los colaboradores de Mario, permanecieran conmigo. Lo primero fue aprobado por aclamación, premiando a Mario por su extraordinaria gestión. Pero, lo segundo, no sucedió, ya que los directores salientes me expresaron que deseaban un descanso del fútbol y en suma que no estaban dispuestos a trabajar conmigo. Acababa de ser elegido Presidente y me dejaron solo y mi opción era o renunciar y mandar todo a rodar o remangarme la camisa y tomar el toro por las astas. Me incline por tal reto.

Como había quedado sin Directorio, sin secretario, y lo que es peor, sin Director Tecnico, me preocupe. Practicamente, "Bolívar" tenía un equipo campeón, su Presidente, y punto. Una vez mas recurrí a Lucho Navarro, en Vascal, y con su apoyo y consejo decidimos que había inmediata necesidad de un Gerente, un Jefe de Contabilidad y, naturalmente, un Directorio Técnico. Al Gerente y Jefe de Contabilidad los busque en mi propia empresa y además de grandes bolivaristas, resultaron un ejemplo de eficiencia, que han convertido al club, a mi juicio, en el mejor administrado que posiblemente hay en Bolivia. "Bolívar", hoy en día, no sólo se maneja como empresa, sino que tiene abierta su contabilidad a la hinchada y a los directores, que en cualquier momenta pueden ver la transparencia de su desempeño. Hicimos, casi simultáneamente, una auditoría externa, que confirmó el excelente estado financiero del club, que cuenta con un patrimonio de cuatro millones de dólares y una deuda de media millón.

Como Director Tecnico contrate a mi viejo amigo Ramiro Blacut y luego de un par de partidos perdidos, el equipo retomó su nivel e hizo un buen papel en la Copa "Libertadores de America", habiéndose clasificado frente a los equipos paraguayos y perdiendo por penales, es

decir, por azar, frente a Newell's de la Argentina. Cuando las cosas no marchaban debidamente, en los primeros partidos, la prensa me entrevistó para preguntarme si era cierto que yo iba a renunciar a la presidencia del club, como se rumoraba. Mi respuesta no deja dudas a nadie: "Jorge Lonsdale no renuncia cuando está derrotado, renuncia cuando está a la cabeza".

El equipo ha seguido cosechando éxitos, ha vuelto a ser campeón nacional y en la última versión de la "Libertadores" pasó a la segunda fase y fue eliminado por Millonarios de Bogotá, también por tiros penales, pero estamos seguros todos que el partido se perdió fuera de la cancha, o mejor dicho en arreglos en plena cancha, como lo mostro vergonzosamente la televisión.

Hoy tenemos a diez jugadores en la selección nacional y serían once si contamos a Takeo que está en préstamo. El camino se vislumbra ascendente y estamos seguros que somos rivales de riesgo para cualquier equipo y en cualquier latitud que se juegue.

Vamos a hacer de "Bolívar" una empresa y como creo firmemente en la renovación, formaremos gente joven y buscaremos también quien me reemplace en la Presidencia a la brevedad posible.

EL CENTENARIO

Como hemos visto a lo largo de las páginas de este libro, fue en el mes de mayo de 1889 que don Braulio Maldonado empezó a producir gaseosas en Oruro. No sabemos el día exacto en que salió de la fábrica artesanal la primera botella de "papaya", pero, para los fines de la conmemoración, tampoco tiene una importancia trascendental. Por eso mismo, hemos elegido como fecha para celebrar el Centenario, el 31 de julio, ya que en un 31 de julio de 1943. Alejandro Vasquez Maldonado, fundó la Sociedad Anónima Vascal. Quiere decir que los 100 años de actividad industrial de mi familia se han cumplido hace unos meses atrás, pero los recordamos ahora.

Pocas veces, en Bolivia, empresa alguna ha festejado un siglo de existencia. Difícilmente, por las condiciones propias del país, se puede sobrevivir tanto, en un mercado pobre, con entrabamientos graves para comerciar y comunicarse, y por si fuera poco, hasta con una sañuda hostilidad del medio. Por eso hoy, tenemos la felicidad de festejar nuestro Centenario, con la presencia del señor Presidente Constitucional de la Republica y la señora de Paz Estenssoro, a quienes admiro y respeto profundamente, y quienes me honran con su amistad. En este Centenario, Vascal sera distinguida con la Orden Nacional del "Condor de los Andes" y con la medalla al "Mérito Industrial", que otorga el Ministerio de Industria y Comercio.

Lamentablemente en ese solemne instante no estaran presentes los primeros héroes de la empresa, Braulio Maldonado, Maria Maldonado y Alejandro Vásquez, aunque confío que, desde el mas alla, nos acompañen y nos sigan dando fuerzas. Estaremos los continuadores, los bisnetos y tataranietos y además todos los ejecutivos y personal de Vascal, que nos han colaborado íntegramente, como otros nos colaboraron a lo largo del siglo que ha pasado.

De la carreta en que mi bisabuelo Braulio se trasladó de Potosí a Oruro con su mujer y sus pequeños hijos, cruzando el territorio nacional desierto y frío; de las mulas y llamas que transportaban sus pocas botellas de refrescos; hoy tenemos en Vascal una impresionante flotilla de mas de doscientos camiones que distribuyen nuestros productos por todas partes. En vez del telégrafo, cuando don Braulio tenía que esperar pacientemente para cerrar un pequeño negocio, hoy nos encontramos con las microondas y la televisión que en segundos nos permiten hablar con el Mundo y seguir los acontecimientos del planeta en el momento que se producen. Cuando con mueca burlona el viejo Maldonado leía a Julio Verne, imaginando a un mortal que llegaría a la Luna montado en un cohete, a nosotros se nos estrujó el corazón cuando vimos al primer hombre que puso el pie, vacilante y tímido, sobre la superficie polvorienta e ingravida del satelite terrestre.

Mi abuela María, que vivió casi un siglo, fue testigo de muchísimos adelantos, como hemos dicho. Ni que decir de mi tío Alejandro que fue, íntegramente, un hombre del Siglo XX.

Sin embargo, en mi caso, cuando estoy vislumbrando el amanecer de la nueva centuria, no sólo que he atravesado el Atlántico, de Nueva York a Londres, en tres horas, rompiendo la velocidad del sonido, sino que actualmente soy testigo de los mas extraordinarios adelantos científicos. Debo reconocer que me ha tocado vivir un tiempo en que, en cincuenta años, se ha avanzado más que en los quinientos anteriores. Desde el final de la II Guerra Mundial a hoy la transformación tecnológica ha sido absoluta, al extremo, desgraciado por cierto, que el hombre cuenta con el poder suficiente para destruir su mundo si lo desea, es decir, con un poder que, hasta hace poco en términos relativos, sólo se le podía atribuir aDios.

Nuestro país no ha participado, en la medida que debía, del gran desarrollo de las últimas décadas. Más que actor, el país ha sido testigo silencioso de las grandes transformaciones. Y como testigo silencioso ha recogido muy poco de los adelantos que día a día se atropellan a lo largo y ancho del planeta. Confiamos en que también nos esta llegando la hora de irrumpir en el progreso, de participar y competir con el resto de los pueblos. Como lo han hecho los llamados

"dragones" del Asia, así Bolivia puede convertirse en un "dragón", en América del Sur. Para que eso suceda debemos de partir de un ordenamiento institucional definitivo que norme la vida del Estado y que permita al boliviano desarrollarse integralmente, estudiando, produciendo, compitiendo, sabiendo tomar sus riesgos, y eliminando la mezquindad y el encono entre nosotros mismos.

Sin otra pretension que la de amar a mi pueblo y de haber contribuido en algo a que mejore, quiero expresar, como dice una de mis canciones favoritas, que en mi vida he tenido muchos exitos y mi cuota de derrotas, de las que supe levantarme, pero que lo mas importante para mi es que todo lo que hice, lo hice a mi manera.

© Rolando Diez de Medina. 2013
La Paz - Bolivia

BIBLIOGRAFIA

ARGUEDAS, ALCIDES.	Historia de Bolivia. Obras Completas. Bolivia en el Primer Centenario de su Independencia.
CESPEDES, AUGUSTO.	El Presidente Colgado.
CRESPO RODAS, ALBERTO.	Tiempo Contado.
CRESPO RODAS, ALFONSO.	Los Aramayo de Chichas.
FINOT, ENRIQUE.	Nueva Historia de Bolivia.
GEDDES, CHARLES.	Patiño Rey del Estaño.
GUACHALLA, LUIS FERNANDO.	Misión en el Paraguay.
OSTRIA GUTIERREZ, ALBERTO.	Un Pueblo en la Cruz.
QUEREJAZU CALVO, ROBERTO.	Masamaclay.
QUEREJAZU CALVO, ROBERTO.	Llallagua.
RIVAROLA COELLO, VICENTE.	Cartas Diplomaticas.

LOS AUTORES



Jorge Losadle nació en La Paz, en 1926, realizando sus estudios primarios y secundarios en el colegio La Salle, de donde paso a Inglaterra para graduarse como Ingeniero en Loughborough. Posteriormente hizo estudios de especialidad en la Universidad de Purdue, en Estados Unidos, Trabajo con National Distillers, primero en Nueva York, para luego ser su representante en toda Europa, con residencia en Londres, donde vivió muchos años.

Se ha destacado claramente en el campo industrial y empresarial, a la cabeza de varias actividades pioneras en Bolivia, como han sido los plásticos, licores, jugos y la tradición familiar de las gaseosas, que viene ininterrumpidamente desde hace un siglo.



Manfredo Kempff Suarez, cruceño, nació en 1945, habiendo realizado sus estudios primarios en Bolivia y secundarios en Santiago de Chile. Hizo estudios de derecho en Santa Cruz y La Paz e ingreso al Servicio Exterior en 1966, ocupando cargos diplomaticos en España. Paraguay y Mexico. Fue embajador en Madrid, en 1981. Actualmente esta dedicado a la actividad privada y además es columnista de "El Mundo" de Santa Cruz, "Última Hora" de La Paz y "Los Tiempos" de Cochabamba.